



*Varios Autores*

## **Bestiario 1: Una nueva vision**

Comentario [LT1]:

### **El autor de las semillas de acacia y otros extractos del diario de la sociedad de zoolingüistas**

Ursula K. Le Guin

*The author of the acacia seeds and other extracts from the Journal of the Association of Therolinguistic © 1974. Traducido por ? en Viajeros del tiempo, Ciencia Ficción 3, Editorial Caralt.*

*A finales del siglo XIX un científico muy conocido dogmatizó que la humanidad había aprendido todas las leyes importantes de la naturaleza, que ninguna otra cosa quedaba por conocer pues la precisión de los cálculos aplicados tan sólo podía dejar en el aire pequeños restos sin importancia. Conociendo los profundos cambios que desde entonces ha experimentado la ciencia, tal dogma ha llegado a ser una mera broma. Todavía, a veces, pensamos que efectivamente estamos en posesión de todos los conocimientos básicos y que ninguna cosa futura constituirá una sorpresa. En esta corta e ingeniosa pieza, cuyo título original es The Author of the Acacia Seeds and Other Extracts from the Journal of the Association of Therolinguistic, Ursula K. Le Guin sugiere que quedan muchas cosas por aprender: que la humanidad puede vivir durante un millón de años rodeada de seres inteligentes, cuyas formas artísticas se encuentran ante nuestros propios ojos, esperando tan sólo ser descifradas.*

## Manuscrito encontrado en un hormiguero

Los mensajes, escritos con exudación de glándulas sensitivas, fueron hallados sobre la superficie de infecundas semillas de acacia colocadas en hilera al final de un túnel estrecho e irregular, posiblemente una desviación de otro más profundo y vertebral de la colonia. Lo primero que llamó la atención de los investigadores fue el peculiar sentido del orden que manifestaba la posición de las semillas.

Los mensajes son fragmentarios y la traslación peca de aproximativa, en parte debido a la inexcusable necesidad de interpretar; pero el texto es rico en sugerencias, principalmente por su novedad con respecto a los restantes escritos fórmicos que conocemos.

### *Semillas 1-13*

(No deseo) pulsar las antenas. (No quiero) golpear. (Quiero) verter sobre secas semillas (mi) dulzura de alma. Pueden encontrarlas cuando (yo haya) muerto. ¡Palpa esta seca madera! (¡Soy yo quien) habla! (¡Yo estoy) aquí!

Como alternativa, este pasaje puede ser leído:

(No debes) pulsar las antenas. (No debes) golpear. (Puedes) verter sobre secas semillas (tu) dulzura de alma. Pueden encontrarlas cuando (hayas) muerto. ¡Palpa esta seca madera! Habla : ( ¡Yo estoy) aquí!

En el no muy conocido dialecto de las Hormigas es omitido el uso de pronombres personales, excepto los de la tercera persona de singular y plural y la primera del plural. En este texto que comentamos sólo aparecen las formas radicales de los verbos; de manera que no podemos decidir si se trata de una autobiografía o un manifiesto.

### *Semillas 14-22*

Largos son los túneles. Más largo es Lo-que-no-es-túnel. Ningún túnel puede alcanzar la longitud de Lo-que-no-es-túnel. Pues Lo-que-no-es-túnel posee más distancia que la que puede recorrerse en diez días (es decir, la eternidad). ¡Salve!

El signo traducido como «¡Salve!» corresponde a la mitad del acostumbrado saludo «¡Salve la Reina!», o «¡Larga vida a la Reina!», o «¡Hurra por la Reina!» – sin embargo, el signo correspondiente a «Reina» ha sido omitido.

### *Semillas 23-29*

Como la hormiga entre hormigas bárbaras es asesinada, así la hormiga sin hormigas parece sin remedio; pero permanecer sin hormigas es tan dulce como melado rocío.

No es propiamente un asesinato lo que se comete sobre las hormigas que se introducen en otras colonias. Aislada de sus compañeras, muere invariablemente en el curso de uno o dos días. La dificultad de este pasaje se encuentra en el signo «sin hormigas», que para nosotros toma el sentido, más propio, de «solitario», concepto, no obstante, para el que no existe signo alguno en el léxico fórmico.

### *Semillas 30-31*

¡Come los huevos! ¡Arriba la Reina!

En torno a la frase encontrada en la semilla 31 se ha desatado multitud de disputas. Se trata de un punto importante, ya que el sentido de todos los textos anteriores podría ser desentrañado plenamente a la luz de la última exhortación transcrita. El Dr. Rosbone arguye ingeniosamente que el autor, una obrera estéril y sin alas, suspira inútilmente por llegar a convertirse en un apuesto macho alado y fundar una nueva colonia, remontándose por los aires en el vuelo nupcial con una nueva Reina. Aunque, ciertamente, el texto permite tal lectura, estamos convencidos por nuestra parte que nada en el escrito supone cosa semejante, y menos todavía la frase que se lee en la semilla inmediatamente anterior, la número 30: «¡Come los huevos!» Su lectura, aunque sorprendente, no reporta duda ninguna.

En lo concerniente a nuestra postura, nos atrevemos a sugerir que la confusión resultante del texto de la Semilla 31 tiene origen en una interpretación etnocéntrica del término «arriba». Entre nosotros, la palabra «arriba» contiene una denotación benigna. No así, en cambio, no necesariamente así, repetimos, para una hormiga. «Arriba» indica el lugar de donde procede el alimento, de esto no hay duda; pero «abajo» implica la dirección de la seguridad, de la paz, del hogar. «Arriba» se encuentra el sol abrasador; la gélida noche... sin el refugio de los amados túneles... exilio, en suma, la muerte. Justo aquí es donde queremos señalar lo siguiente: este extraño autor, en la soledad de su abandonado túnel, abrumada por el desamparo, concibe lo que para una hormiga constituye la más abominable blasfemia: lo que expresa la correcta lectura de las Semillas 30 y 31: lo que .en términos humanos dice:

¡Come los huevos! ¡Abajo la Reina!

Un ya apergaminado cuerpo de pequeña obrera fue encontrado junto a la Semilla 31 cuando ocurrió el insólito descubrimiento del manuscrito. La cabeza había sido desgajada del tórax, probablemente por obra y gracia de las mandíbulas de algún soldado de la colonia. Las semillas, delicadamente dispuestas, como persiguiendo la gracia figurativa de un pentagrama musical, no habían sido tocadas. (La casta militar de las hormigas es analfabeta; más aún, puede atribuirse el desinterés del soldado a la ausencia de materia comestible en los objetos tan brillantemente dispuestos.) Ninguna hormiga de la colonia ha quedado con vida; fueron masacradas en el curso de una guerra con un hormiguero vecino, poco tiempo después de la muerte del Autor de las Semillas de Acacia.

**D'Arbay, T. R. Bardol**

### **Proclama de una expedición**

La extrema dificultad que presentaba el acceso a la literatura de los Pingüinos ha sido por fin subsanada por el empleo de filmadoras submarinas. Gracias a las películas al menos nos ha sido posible repetir y repasar con todo detalle las fluidas frases de tal escritura, hasta el punto de que, con tenaz empeño y paciente estudio, muchos elementos de este elegantísimo y rico acervo cultural han podido ser conocidos, aunque muchos matices (y tal vez la esencia) necesariamente queden ignorados.

Fue el Profesor Duby quien, al apuntar posibles filiaciones del escrito con el del Ganso Silvestre hizo realizable la tarea de formular el primer aunque rudimentario léxico pingüino. Así, pues, las analogías con el idioma delfín, que por entonces constituían estudio común, han resultado ser bastante equivocadas.

Verdaderamente, parecía extraño que señales manifestadas casi enteramente por alas, cuello y contorno general pudieran suministrar la clave de la poesía de estos literatos de agua, con su cuello corto y ridículas alas. Sin embargo, opinamos que no debiera parecer tan extraño si consideramos, a despecho de cualquier grosera apariencia que nos refute, que los pingüinos son pájaros.

Por el hecho de que los escritos pingüinos ofrezcan manifiesta semejanza de *forma* con la literatura delfín, no debemos abandonarnos en manos del prejuicio que la haría también partícipe de una similitud de *contenido*. Pues realmente ello no ocurre. Hay, de hecho, un idéntico sentido de la agudeza, extraordinarios brotes de humor, rica invención e inimitable gracia. De los miles de culturas literarias que coexisten en el acervo acuático, sólo unas cuantas despliegan el humor sobre todas las cosas, especialmente de manera sencilla y primitiva; y baste como ejemplo la confrontación entre la soberbia elegancia del Tiburón o el Tarpón y el alegre vigor de los escritos cetáceos. La alegría, la fuerza, el humor, son justamente caracteres del elenco literario de los autores pingüinos, sobre todo de muchos de los más fines *auteurs* focas. Ciertamente, la temperatura de la sangre constituye un nexo a considerar. ¡Pero, señores, la conformación del útero y el cerebro levantan una indiscutible barrera! Los delfines no ponen

huevos. Un mundo de diferencias se encuentra en este simple hecho. Sólo cuando el Profesor Duby nos hizo reconsiderar que los pingüinos son pájaros, que ellos no nadan sino que *vuelan en el agua*, sólo entonces, decimos, pudieron los zoolingüistas comenzar a estudiar científicamente, con todo el peso del término, la literatura marina de los pingüinos; sólo entonces, insistimos, los kilómetros de película empleados pudieron ser reexaminados con propiedad y, finalmente, apreciados.

Pero aún pesan sobre nosotros muchas dificultades de traslación.

Un satisfactorio y progresivo paso hacia delante ha sido dado ya en Adélie. Las dificultades de filmación de un grupo cinético en un agitado mar, tan espeso como una sopa de guisantes y plancton, a una temperatura del 31° Fahrenheit, han sido considerables; pero la perseverancia del círculo literario Ross Ice Barrier ha sido plenamente recompensada con, por ejemplo, la obtención de pasajes tales como «Bajo el iceberg», de la *Canción del Otoño*, pasaje conocido ahora mundialmente, gracias a la interpretación de Anna Serebryakova, del Ballet de Leningrado. Ningún homenaje verbal puede aproximarse siquiera a la sublimidad desplegada en la versión de Miss Serebryakova. No hay forma de reproducir por escrito la tan importante *multiplicidad* del texto original, tan bellamente ejecutada por los soberbios coros de la compañía del Ballet de Leningrado.

Evidentemente, lo que designamos como «traslación» más arriba, refiriéndonos al texto de Adélie, no es, si hablamos francamente, sino un compendio de meras notas, como un libreto de ópera huérfano de partitura. La versión del ballet es la versión verdadera. Ninguna palabra puede completarla. Quisiera ahora sugerir, aunque esta sugerencia sea acogida con actitudes de ira o desvergonzada risa, que, *para el zoolingüista* –tan opuesto al artista y al aficionado–, la cinética acuática del pingüino constituye el campo menos prometedor de su estudio, y menos todavía el correspondiente a los textos de Adélie, con todo su hechizo y relativa simplicidad, atreviéndome a destacar su mediocridad con respecto al Emperador.

¡El Emperador! Anticipo a mis colegas la responsabilidad de esta sugerencia. ¡Emperador! ¡El más difícil, el más arcano de todos los dialectos pingüinos! La lengua de la que el propio Profesor Duby ha subrayado: «La literatura del pingüino emperador es tan prohibida, tan inaccesible, como el mismo helado corazón de la Antártida. Sus bellezas pueden ser celestiales, pero no están a nuestro alcance.»

Posiblemente. No subestimo las dificultades: no al menos las que se relacionan con el temperamento del pingüino imperial, mucho más reservado y ascético que todos los restantes pingüinos. Pero, paradójicamente, yo sitúo mi esperanza en esta característica reserva. El emperador no es solitario sino que, por naturaleza, puede ser calificado de pájaro social, y habita en colonias, como la especie de Adélie, cuando llega la temporada de la reproducción; sólo que esas colonias son mucho más reducidas, mucho más tranquilas que las de Adélie. Los lazos entre los miembros de una colonia emperador son más personales que sociales. El emperador es un individualista. De aquí mi opinión de que la literatura propia del emperador sea solista y no coral, personal y no colectiva; de aquí también que pueda ser trasladada a términos humanos. Admito que puede ser una literatura cinética, en efecto, pero, ¡qué diferencia con esa elástica, polimórfica, vertiginosa

literatura coral de los mares! Un concreto análisis, una exacta transcripción pueden ser posibles por fin.

¡¿Y qué?! –dirán mis críticos–. ¿Vamos, sin más, a lanzarnos hasta Cabo Crozier, entre tinieblas y ventiscas, a sesenta grados bajo cero, por la simple esperanza de recuperar la problemática poesía de unos cuantos extraños pajarracos que habitan en esos lugares, en pleno invierno, entre las tormentas de nieve, a sesenta grados bajo cero, posados sobre hielos eternos con un huevo a los pies?

Mi respuesta, señores, es: Sí. Pues, al igual que el Profesor Doby, mi instinto me dice que la belleza de esa poesía constituye lo menos terrenal que podemos encontrar sobre la tierra.

A aquellos de mis colegas que se sienten fortalecidos y animados por el espíritu de la curiosidad científica y el riesgo estético, yo les digo que apelen a su imaginación: el hielo, las cortinas de nieve, las tinieblas, los prolongados alaridos del viento. En esa espantosa desolación una pequeña pléyade de poetas permanece agazapada. Están hambrientos, hace semanas que no comen. A los pies de cada uno, bajo cálido techo emplumado, yace un gran huevo que no teme los mortales zarpazos del frío. Los poetas no se escuchan entre ellos, no pueden cruzar recíprocas miradas. Tan sólo sienten *el calor* del otro. Tal es su poesía; tal es su arte. Como cualquier literatura cinética, ésta abandona la palabra y se condensa en el silencio; al contrario que otras literaturas cinéticas, ésta es principalmente inmóvil, tenue, inefablemente sutil. El fruncimiento de una pluma, el imperceptible soplo de un ala; el apenas escaso roce entre cualesquiera de sus partes. Entre la indecible, misérrima indigencia, la afirmación. En el reino de la ausencia, la presencia. En la muerte, la vida.

Señores, he obtenido una considerable subvención de la UNESCO y he organizado una expedición. Todavía tenemos cuatro plazas libres. El viernes zarpamos para la Antártida. Si alguno de ustedes quiere unirse a nosotros, sea bienvenido.

**D. Petri**

### **Editorial, por el presidente de la sociedad de zoolingüistas**

¿Qué es el Lenguaje?

Esta pregunta, capital para la ciencia de los zoolingüistas, ha sido contestada –cierto que un tanto heurísticamente– por la misma existencia de la ciencia. El lenguaje es comunicación. Este es el postulado sobre el que descansa nuestra teoría y nuestra investigación, y del que proceden nuestros descubrimientos; y es el hecho que esos mismos descubrimientos ratifican la veracidad del postulado. Pero al enunciar una pregunta, afín pero no idéntica, como qué cosa puede ser el Arte, nos encontramos con una ausencia de respuestas satisfactorias.

Tolstoi, en el libro cuyo título es esa misma pregunta, respondió de manera clara y rotunda: el Arte es también comunicación. Una definición semejante ha sido aceptada, según mi más profundo convencimiento, con excesiva precipitación, sin el menor asomo de revisión y crítica por parte de los zoolingüistas. Por ejemplo, para hacerlo notar de alguna manera, ¿por qué los zoolingüistas estudian solamente animales?

¿Por qué? Porque las plantas no se comunican.

Las plantas no se comunican; esto es un hecho. Por consiguiente las plantas carecen de lenguaje; muy bien; hasta aquí sigue funcionando nuestro axioma de base. Por lo tanto, es obvio, las plantas no tienen arte. ¡Un momento, sin embargo! Esta última aseveración *no* parte de nuestro postulado básico, sino tan sólo del indemostrado argumento tolstoiano.

¿Qué ocurriría si el arte no fuera comunicación?

¿O qué, si una parte de la producción artística lo fuera y la otra no?

Nosotros, animales en definitiva, capaces de realizar actos, sujetos a dependencias, buscamos (debo decir que con exceso) un arte comunicativo, activo, dependiente; y cuando lo encontramos no podemos menos que reconocerlo. El desarrollo de este poder para detentar, así como la habilidad en las matizaciones, constituye una reciente y gloriosa proeza.

Ante lo cual me permito insinuar que, pese a los prodigiosos progresos llevados a cabo por los zoolingüistas durante las últimas décadas, nos encontramos todavía en el umbral de una verdadera edad del dominio zoolingüista. Por ello mismo no debemos convertirnos en esclavos de nuestras antiguas tesis. Aún no se han abierto nuestros ojos a los vastos horizontes que ante ellos se despliegan. En suma, no nos hemos encarado con el casi terrorífico desafío de la Planta.

Si no en tanto que comunicación, el arte vegetal existe, y ello debe conducirnos a la revisión de algunos de los conceptos de nuestra ciencia y a preparar un competente equipo de técnicos. Pues no es tan sencillo eludir las exigencias críticas y técnicas que, necesarias para el estudio de los misteriosos asesinatos de la Comadreja, el erotismo del Batracio, la saga perforadora de la Lombriz, no son menos imprescindibles para afrontar el arte de la Secoya, la cadencia del Junco y muchas otras.

Esto ha sido irrevocablemente demostrado, paradójicamente, por el fracaso – noble fracaso, sin embargo– de los esfuerzos del Dr. Srivas, de Calcuta, al usar cámaras fotográficas con el objetivo abierto en exposición, a fin de registrar un léxico del Girasol. Su intento fue un desafío, pero condenado a la derrota. Pues su proyecto era cinético –un método apropiado a las artes *comunicativas* de las tortugas, las ostras y los perezosos. Había observado la extrema lentitud del movimiento de las plantas y sólo a partir de este dato debía ser resuelto el problema.

Problema que fue en aumento. El arte que él pretendía descubrir, si realmente existía, era un arte sin comunicación –y probablemente un arte exento de movimiento. Es posible que el Tiempo, ese elemento esencial, matriz y parámetro de todo arte animal conocido, no participe necesariamente del arte vegetal. Las

plantas pueden muy bien usar un compás cuyo modelo sea la eternidad. Es algo que desconocemos.

Realmente se trata de algo que no conocemos. Todo cuanto hemos podido averiguar al respecto es que el Arte considerado como vegetal es *completamente diferente* del Arte animal. Qué es no podemos decirlo, pues todavía no lo hemos descubierto. Aún con cierta inseguridad puedo afirmar que existe, y cuando sea demostrada su existencia y conocida su esencia, ésta no consistirá en una acción sino en una reacción: advertiremos que no se tratará de una comunicación sino de una recepción. Será exactamente lo contrario de cuanto sabemos y podemos identificar. Será el primer *arte-pasivo* que conozcamos.

Pero, ¿podemos verdaderamente conocerlo? ¿Podemos verdaderamente entenderlo?

La empresa estará llena de dificultades. Ello es obvio. Sin embargo no debemos desesperar. Recuérdese que, incluso en pleno siglo xx, muchos artistas y científicos no creían en la posibilidad de que el Delfín llegara a ser comprendido por el cerebro humano. Una actitud semejante por nuestra parte nos llevaría a ser el hazmerreír de nuestros sucesores, de tal manera que cualquier fitolingüista dirá a algún crítico de estética: «¿Advierte usted que eran incapaces hasta de leer las Berenjenas?». Así, sonreirán ante nuestra ignorancia; y mientras continuarán aumentando sus éxitos, registrando, por ejemplo, la lírica de los líquenes sobre la cara norte de Pike's Peak.

Y con ellos, o después de ellos, aunque al principio no más que como aventurero osado, aparecerá la figura del geolingüista, que, ignorando, casi despreciando, el delicado tránsito hacia la lírica liquen, querrá aprehender lenguajes todavía menos comunicativos, todavía más pasivos, enteramente atemporales: la fría y volcánica poesía de las rocas, cada una de las cuales será una palabra lanzada por la tierra desde tiempos inmemoriales, en la inmensa soledad, inmensa confraternidad del cosmos.

Nota: No es cierto que las plantas no se comuniquen, se ha comprobado que lo hacen mediante sustancias químicas segregadas por las raíces. Cuando un enemigo ataca a una planta, comiendo sus hojas por ejemplo, esta, segrega un agente químico que detectado por sus vecinas desencadena una serie de procesos defensivos, como la alteración del sabor de las hojas o la secreción de venenos.

## Los poseídos

Arthur C. Clarke

*The possessed*, © 1952 by Columbia Publications Inc.. Traducido por María J. Sabejano en *Alcanza el mañana*, relatos de Arthur C. Clarke, grandes éxitos BOLSILLO B-153 Ciencia Ficción-81, Ultramar Editores S. A., 1989.

*Se dirigieron hacia el futuro... en busca de algo oculto en el distante pasado.*

*Clarke, en uno de sus cuentos más originales, nos recuerda que lo grande y lo pequeño están relacionados; ambos aspectos forman parte del proceso que está actuando en el Universo. Un proceso que, en su totalidad, es indiferente al hombre. Puede que las incursiones del hombre en el Universo, si es que llega a realizarlas, sean más como las de los lemmings, que progresiones racionales.*

**Brian Aldiss**

*Si no me falla la memoria, he escrito sólo dos cuentos basados en ideas sugeridas por otras personas. Uno de ellos es este, y aquí confieso mi agradecimiento a Mike Wilson, que puede compartir su parte de culpa.*

**Arthur C. Clarke**

Y ahora este sol estaba tan cercano que el huracán de radiación estaba obligando al Swarm a volver a la obscura noche del espacio. Pronto ya no podría acercarse más; los ventarrones de luz sobre los cuales cabalgaba de estrella en estrella ya no podrían ser enfrentados tan cerca de su origen. A menos que encontrara un planeta muy pronto, y pudiera caer bajo la paz y seguridad de su sombra, este sol debía ser abandonado como ya lo habían sido tantos otros anteriormente.

Ya se habían buscado y descartado seis fríos mundos exteriores. O estaban congelados más allá de toda esperanza de vida orgánica, o si no albergaban entidades de especies que eran inútiles para el Swarm. Para que éste pudiera sobrevivir, debía encontrar huéspedes no demasiado distintos de aquellos que había abandonado en su sentenciado y distante hogar. Hacía millones de años que el Swarm había comenzado su viaje, barrido hacia las estrellas por los fuegos que produjo, al estallar, su propio sol. Aun así, el recuerdo de su perdida tierra natal era agudo y claro, un dolor que no moriría nunca.

Adelante había un planeta, arrastrando su cono de sombra a través de la noche barrida por las llamas. Los sentidos que el Swarm había desarrollado a lo largo de su extenso viaje se proyectaron hacia el mundo que se acercaba, se proyectaron y lo encontraron bueno. Los inclementes golpes de radiación cesaron cuando el negro disco del planeta eclipsó al Sol. El Swarm se deslizó suavemente en caída

libre hasta que golpeó la franja exterior de la atmósfera. La primera vez que había descendido sobre un planeta casi encuentra la muerte, pero ahora contrajo su tenue substancia con la impensada habilidad que da la larga práctica, hasta que formó una esfera pequeña y firmemente tejida. Su velocidad disminuyó lentamente, hasta que al fin flotó inmóvil entre la tierra y el cielo.

Durante muchos años cabalgó los vientos de la estratosfera de polo a polo, o dejó que los silenciosos disparos del alba lo arrojaran hacia el oeste, apartándolo del sol naciente. En todos lados encontró vida, pero inteligencia en ninguno. Había cosas que se arrastraban, y volaban y saltaban, pero no había cosas que hablaran o construyeran. Dentro de diez millones de años podría haber aquí criaturas con mentes que el Swarm podría poseer y guiar para sus propios propósitos; pero ahora no había señal de ellas. No podía adivinar cuál de las innumerables formas de vida de este planeta sería la heredera del futuro, y sin tal huésped estaba indefenso..., un simple esquema de cargas eléctricas, una matriz de orden y propio conocimiento en un universo de caos. El Swarm no tenía control sobre la materia por sus propios medios, pero aun así, una vez que se hubiera alojado en la mente de una raza sensorial, no había nada que estuviera fuera de su poder.

No era la primera vez, y no sería la última, que el planeta fuera vigilado por un visitante del espacio..., pero nunca por ninguno en una tan peculiar y urgente necesidad. El Swarm se enfrentaba con un dilema atormentador. Podía comenzar una vez más sus agotadores viajes, esperando poder encontrar definitivamente las condiciones que buscaba, o podía esperar aquí sobre este mundo, haciendo tiempo hasta que se levantara una raza que se acomodara a sus propósitos.

Se movió como la niebla a través de las sombras, dejando que los vientos vagabundos lo llevaran donde quisieran. Los toscos y malformados reptiles de este joven mundo nunca lo vieron pasar, pero él los observó, grabando, analizando, tratando de extrapolar hacia el futuro. Había tan poco que elegir entre todas estas criaturas; ninguna de ellas mostraba siquiera los primeros débiles brillos de una mente consciente. Pero si abandonaba este mundo en búsqueda de otro, podría recorrer el universo en vano hasta el fin del tiempo.

Finalmente tomó una decisión. Debido a su propia naturaleza, podía elegir las dos alternativas. La mayor parte del Swarm continuaría sus viajes entre las estrellas, pero una porción de él permanecería sobre este mundo, como una semilla plantada en espera de la futura cosecha.

Comenzó a girar sobre su eje, y su tenue cuerpo se aplanó hasta convertirse en un disco. Ahora fluctuaba entre las fronteras de la visibilidad..., era un pálido fantasma, un débil fuego fatuo que súbitamente se escindió en dos fragmentos desiguales. La rotación murió lentamente: el Swarm se había convertido en dos, cada uno de ellos una entidad con todos los recuerdos del original, y todos sus deseos y necesidades.

Hubo un último intercambio de ideas entre padre e hijo que al mismo tiempo eran gemelos idénticos. Si todo anduviera bien para los dos, se encontrarían nuevamente en el futuro lejano, aquí en este valle entre las montañas. El que iba a permanecer aquí, retornaría a este punto a intervalos regulares, indefinidamente; el que continuara la búsqueda enviaría un emisario si alguna vez

encontraba un mundo mejor. Y entonces se unirían nuevamente, sin ser ya exiliados sin hogar vagando en vano en medio de las indiferentes estrellas.

La luz del alba se derramaba sobre las montañas nuevas y desnudas cuando el Swarm padre se elevó para enfrentar al Sol. En el borde de la atmósfera, los ventarrones de radiación lo atraparon y lo barrieron irresistiblemente más allá de los planetas, para comenzar una vez más la interminable búsqueda.

El que quedó comenzó su igualmente desesperanzada tarea. Necesitaba un animal que no fuera de una especie tan escasa, que las enfermedades o los accidentes la hicieran extinguirse, ni tampoco tan pequeño que nunca pudiera adquirir poder sobre el mundo físico. Y debería multiplicarse rápidamente, de modo tal que su evolución pudiera ser dirigida y controlada tan suavemente como fuera posible. La búsqueda fue prolongada, y la elección difícil, pero al fin el Swarm seleccionó su huésped. Como la lluvia que se hunde en el suelo sediento, penetró en los cuerpos de ciertos pequeños lagartos y comenzó a dirigir sus destinos. Fue un trabajo intenso, aun para un ser que nunca podría conocer la muerte. Pasaron generaciones y generaciones de lagartos hasta que se produjo la más mínima mejora en la raza. Y siempre, de acuerdo con lo convenido, el Swarm retornaba a su cita entre las montañas. Siempre retornó en vano. No había mensajero proveniente de las estrellas que trajera noticias de mejor fortuna en alguna otra parte.

Los siglos se alargaron en milenios, los milenios en eones. De acuerdo con los estándares geológicos, los lagartos estaban ahora cambiando rápidamente. En realidad ya no eran lagartos, sino criaturas de sangre cálida, cubiertas de piel, que parían vivos a sus hijos. Todavía eran pequeñas y débiles, sus mentes eran rudimentarias, pero contenían las semillas de la futura grandeza.

Pero no sólo las criaturas vivientes cambiaban a medida que pasaban las épocas. Los continentes se separaban, las montañas se gastaban bajo el peso de las constantes lluvias. A través de todos estos cambios, el Swarm mantuvo su propósito; y siempre, en los plazos convenidos, iba al lugar de encuentro que se había elegido hacía ya tanto tiempo, esperaba pacientemente durante un rato y se alejaba. Quizá el Swarm padre todavía estaba buscando o quizá (era una idea terrible y difícil de aceptar) lo había alcanzado algún destino desconocido y había seguido el camino de la raza a la que había dominado anteriormente. No había nada que hacer más que esperar, y ver si la tenaz forma de vida de este planeta podía ser obligada a entrar en el sendero que conducía a la inteligencia.

Y así pasaron los eones...

En algún lugar del laberinto de la evolución, el Swarm cometió su error fatal y tomó el camino equivocado. Hacía cien millones de años que había llegado a la Tierra, y estaba muy cansado. No podía morir, pero podía degenerar. Los recuerdos de su viejo hogar y de sus destinos se estaban desvaneciendo: su inteligencia estaba decayendo aun cuando sus huéspedes estaban trepando la larga ladera que los conduciría al conocimiento de sí mismos.

Por una cósmica ironía, al dar el ímpetu que un día traería la inteligencia a este mundo, el Swarm se había consumido. Había alcanzado el último estado de parasitismo; ya no podía existir alejado de sus huéspedes. Ya nunca más podría cabalgar libre por sobre este mundo, conducido por el viento y por el sol. Para hacer el peregrinaje hasta el viejo lugar de encuentro, debía viajar lenta y penosamente dentro de mil pequeños cuerpos. Aun así continuaba la costumbre inmemorial, conducido por el deseo de reunión que lo quemaba con más voracidad que nunca, ahora que conocía la amargura del fracaso. Sólo si el Swarm padre retornara y lo reabsorbiera, podría conocer nueva vida y vigor.

Los glaciares llegaron y se fueron; las pequeñas bestias que ahora albergaban a la decadente inteligencia extraña, escaparon sólo por milagro de las garras del hielo. Los océanos conquistaron la tierra, y aun así la raza sobrevivió. Incluso se multiplicó, pero no podía hacer más. Este mundo no sería nunca su propiedad, porque muy lejos, en el corazón de otro continente, un cierto mono había descendido de los árboles, y estaba mirando hacia las estrellas con los primeros indicios de curiosidad.

La mente del Swarm se estaba dispersando, desparramándose entre un millón de pequeños cuerpos, y ya no era capaz de unirse y hacer imponer su voluntad. Había perdido toda cohesión, sus recuerdos se estaban desvaneciendo. En un millón de años como máximo, se habrían ido todos.

Sólo se mantenía una cosa..., la ciega urgencia que todavía, a intervalos, que por alguna extraña aberración se estaban volviendo cada vez más cortos, lo conducía a buscar su fin en un valle que había dejado de existir hacía ya mucho tiempo.

Recorriendo tranquilamente la senda de la luz lunar, el crucero de placer pasó la isla con su guiñante faro, y entró al fiordo. Era una noche calma y agradable, Venus se hundía en el oeste, más allá de las Faroes, y las luces del puerto se reflejaban apenas temblorosamente en las lejanas y quietas aguas.

Nils y Christina estaban extremadamente contentos. Parados uno al lado del otro contra la barandilla del barco, los dedos entrelazados, observaban las arboladas laderas que se deslizaban silenciosamente. Los altos árboles estaban inmóviles bajo la luz lunar, ni el menor soplo de viento removía sus hojas; desde charcos de sombra sus delgados troncos se elevaban pálidamente. Todo el mundo estaba dormido; solamente el barco se atrevía a quebrar el encanto que había hechizado la noche. De repente, Christina lanzó un pequeño gemido, y Nils sintió sus dedos apretarse convulsivamente sobre los suyos. Siguió su mirada: ella estaba mirando fijamente a través de las aguas, hacia los silenciosos centinelas del bosque.

—¿Qué pasa, querida?

—¡Mira! —replicó ella, en un suspiro que Nils apenas pudo escuchar.

—¡Allá, bajo los pinos!

Nils miró, y mientras lo hacía, la belleza de la noche se desvaneció lentamente, y terrores ancestrales llegaron gateando desde el exilio. Porque debajo de los árboles la tierra estaba viva: una sucia marea marrón se movía bajando las

laderas de la colina y se sumergía en las aguas oscuras. Aquí había un claro sobre el cual caía, no ensombrecida, la luz lunar. Estaba cambiando incluso mientras él observaba: la superficie de la tierra parecía estar ondulándose hacia abajo, como una lenta cascada que buscara unirse con el mar.

Y entonces Nils se rió, y el mundo estuvo cuerdo una vez más. Christina lo miró, sorprendida pero confiada nuevamente.

—¿No te acuerdas? —sonrió—. Lo leímos en el diario de esta mañana. Lo hacen cada tanto y siempre de noche. Está pasando esto desde hace días.

Se estaba burlando de ella, alejando la tensión de los últimos minutos. Christina le devolvió la mirada y una lenta sonrisa iluminó su rostro.

—¡Por supuesto! —dijo ella— ¡Qué tonta soy! Luego se volvió una vez más hacia la Tierra, y su expresión se tornó triste, porque tenía muy buen corazón.

—¡Pobrecitas —suspiró—. Quisiera saber por qué lo hacen. Nils se encogió de hombros con indiferencia.

—Nadie lo sabe —contestó—. Es nada más que otro de esos misterios. Yo no pensaría en eso, si tanto te preocupa. Mira..., pronto estaremos en el puerto.

Se volvieron hacia las luces en donde estaba su futuro, y sólo una vez Christina miró hacia atrás, hacia la marca trágica y sin sentido que todavía flotaba sobre la luna.

Obedeciendo a un impulso cuyo significado nunca habían conocido, las sentenciadas legiones de lemmings habían encontrado el olvido bajo las olas.

## El rey de las bestias

Philip José Farmer

*The king of the beasts*, © 1964 by Galaxy Publishing Corporation. Traducido por ? en *nueva dimensión* 51, Noviembre de 1973.

El biólogo estaba mostrándole al visitante el laboratorio y el zoo.

—Nuestro presupuesto —dijo—, es demasiado limitado para recrear todas las especies extintas conocidas. Así que devolvemos a la vida sólo los animales superiores, los más bellos que fueron cruelmente exterminados. Por así decirlo, estoy tratando de compensar la crueldad y la estupidez. Se podría decir que el hombre abofeteaba el rostro de Dios cada vez que aniquilaba una especie del reino animal.

Hizo una pausa, y miraron más allá de los fosos y los campos de fuerza. Los cervatillos brincaban y galopaban, mientras el Sol les iluminaba los flancos. La foca sacaba sus humorísticos bigotes del agua. El gorila atisbaba tras los bambúes. Las palomas mensajeras se atusaban las plumas. Un rinoceronte trotaba como un cómico acorazado. Una jirafa los miró con delicados ojos y luego volvió a comer hojas.

—Ahí está el dronte. No es hermoso, pero es muy raro, y totalmente inerte. Venga, le mostraré el proceso de recreación.

En el gran edificio pasaron junto a hileras de voluminosos y altos tanques. Podían ver claramente por las ventanas de sus flancos, y a través de la gelatina interior.

—Esos son embriones de elefantes africanos —dijo el biólogo—. Planeamos producir una gran manada y soltarla en la nueva reserva gubernamental.

—Casi se le puede ver irradiar felicidad —dijo el distinguido visitante—. Ama mucho a los animales, ¿no?

—Amo todo lo vivo.

—Dígame —dijo el visitante—, ¿de dónde obtiene los datos para la recreación?

—Principalmente de esqueletos y pieles que había en los antiguos museos. Y de libros y películas que hemos encontrado en excavaciones arqueológicas y que hemos logrado restaurar y luego traducir. ¡Ah!, ¿ve esos grandes huevos? En su interior están gestándose los polluelos del gran moa. Y casi a punto para ser sacados del tanque se hallan los cachorros de tigre. Cuando estén crecidos serán peligrosos, pero estarán confinados en la reserva.

El visitante se detuvo ante el último de los tanques.

—¿Sólo uno? —preguntó—. ¿Qué es?

—Pobrecillo —dijo el biólogo ahora triste—. ¡Estará tan solo! Pero yo le daré todo el cariño que pueda.

–¿Es tan peligroso? –preguntó el visitante–. ¿Peor que los elefantes, tigres, y osos?

–Tuve que conseguir un permiso especial antes de hacer crecer este –explicó el biólogo; su voz temblaba.

El visitante dio un paso hacia atrás asustado, apartándose del tanque. Y exclamó:

–Entonces, debe de ser... ¡Pero no, no se atrevería!

El biólogo asintió con la cabeza.

–Sí, es un hombre.

## El huevo

Howard Fast

Traducido por Rolando Costa Picazo en *Un toque de infinito*, relatos de Howard Fast, Ciencia-Ficción 3, EMECÉ Distribuidora, primera edición en 1974.

*No sólo se trata de un relato conmovedor, sino que nos ayuda a percibir mejor esas pequeñas cosas simples que nos rodean, que nos alegran la vida, pero que normalmente no valoramos lo suficiente.*

Fue un hecho afortunado, como lo reconocieron todos, que Souvan estuviera a cargo de las excavaciones –167-arco II, porque aunque era un arqueólogo de segundo orden, su hobby o afición lateral era las excentricidades de las ideas sociales de la segunda mitad del siglo veinte. No era simplemente un historiador, sino un estudioso cuya curiosidad lo llevó por los pequeños atajos olvidados por la historia. De otra manera, el huevo no hubiera recibido el tratamiento que tuvo.

La excavación tenía lugar en la parte norte de una región que en tiempos antiguos se había llamado Ohio, perteneciente a un ente nacional conocido como Estados Unidos de América en aquel entonces. Había sido una nación tan poderosa que había resistido tres incendios atómicos antes de desintegrarse, y por eso era más rica en tesoros enterrados que cualquier otra parte del mundo. Como lo sabe cualquier escolar, fue sólo en el siglo pasado que logramos llegar a entender las antiguas costumbres sociales de las últimas décadas de la era anterior. No es muy fácil superar una brecha de tres mil años, y es muy natural que la edad de la guerra atómica esté más allá de la comprensión de los seres humanos normales.

Souvan había pasado años de investigación calculando el lugar exacto para la excavación, y aunque nunca lo había declarado públicamente, no estaba interesado en refugios atómicos sino en otra manifestación de aquella época, una manifestación olvidada. Habían sido tiempos de muerte (el mundo no había visto antes tantas muertes), y por eso habían sido tiempos en que se había tratado de conquistar la muerte, mediante curas, sueros, anticuerpos, y mediante algo que le interesaba a Souvan de manera especial: el método de congelación.

A Souvan le interesaba sobremanera la cuestión de la congelación. Según sus investigaciones, parecería que al comenzar la segunda mitad del siglo veinte, se habían congelado órganos humanos así como también animales enteros. Los más simples habían sido descongelados y revividos. Algunos médicos habían concebido la idea de congelar a seres humanos que padecían enfermedades incurables, manteniéndolos luego en hibernación hasta que se hubiera descubierto la cura de la enfermedad en cuestión. Para entonces, en teoría, se los reviviría para curarlos. Si bien sólo los ricos aprovecharon las ventajas del método, fueron varios cientos de miles de personas las que lo utilizaron (no se conocía a ciencia cierta si alguien había sido revivido y curado), y los centros construidos a tal efecto fueron destruidos por los incendios y los siglos de barbarie y salvajismo.

Sin embargo, Souvan había hallado una referencia a uno de esos centros, construido durante la última década de la era atómica. Era subterráneo y aparentemente tenía compresores accionados por energía atómica. Los años de trabajo e investigación estaban apunto de dar fruto. Habían hundido el socavón a unos cien pies dentro de la materia como lava que estaba al sur del lago, y ya habían llegado a las ruinas de lo que parecía ser la instalación que buscaban. Ya habían penetrado en el antiguo edificio y ahora, armados con poderosos reflectores, picos y palas, Souvan y los estudiantes que lo ayudaban caminaban por las ruinas, pasando de habitación .en habitación y de sala en sala.

Sus investigaciones y cálculos no lo habían defraudado. El lugar era precisamente lo que había esperado: un instituto para la congelación y preservación de seres humanos.

Entraron en todas las cámaras donde estaban apilados los ataúdes. Parecían las catacumbas cristianas de un pasado remotísimo. La energía que impulsaba los compresores se había detenido hacía tres milenios y hasta los esqueletos dentro de los ataúdes se habían convertido en polvo.

—Ahí termina el sueño de la inmortalidad del hombre —pensó Souvan, preguntándose quiénes habrían sido esos pobres diablos y cuáles habrían sido sus últimos pensamientos antes de ser congelados para desafiar lo más ineludible del universo, el tiempo mismo. Sus estudiantes charlaban excitados, y si bien Souvan sabía que su descubrimiento sería recibido como uno de los más importantes de su tiempo, se sentía profundamente decepcionado. Él había esperado encontrar algún cuerpo bien preservado en alguna parte, y con ayuda de la medicina, al lado de la cual la del siglo veinte había sido bastante primitiva, volverlo a la vida y así obtener un informe directo de esas misteriosas décadas en que la raza humana, en un ataque de locura generalizado en el mundo entero, se había vuelto contra sí misma destruyendo no sólo el 99 % de la humanidad sino también todas las formas de vida animal existente. Sólo habían sobrevivido datos muy incompletos de las formas de vida de esa época, mucho menos de los pájaros que de otros animales, a tal extremo que las maravillosas criaturas aéreas que surcaban los vientos del cielo eran parte integrante de mitos más que de la realidad histórica.

El sueño dorado de Souvan, ahora destrozado, había sido encontrar un hombre o una mujer, un ser humano que hubiera sido capaz de arrojar luz sobre el origen de los incendios provocados por las naciones de la Tierra para destruirse entre sí. Por todas partes se veían importantes trozos de esqueletos que permanecían intactos, como un cráneo que presentaba un maravilloso trabajo de restauración en la dentadura (Souvan quedó impresionado por la eficiencia técnica de los antiguos), un fémur, un pie, y en un ataúd encontró un brazo momificado, lo que lo sorprendió. Todo esto era fascinante e importante, pero nada si se lo comparaba con las posibilidades inherentes a su sueño destrozado.

No obstante Souvan inspeccionó todo con gran cuidado. Condujo por las ruinas a sus estudiantes, y no se perdieron nada. Examinaron más de dos mil ataúdes, en los que no encontraron más que el polvo de la muerte y del tiempo.

Pero el sólo hecho de que la instalación hubiera sido construida a tal profundidad sugería que pertenecía a la última parte de la era atómica. Indudablemente los

científicos de la época se habrían dado cuenta de la vulnerabilidad de la energía eléctrica cuyo origen no fuera atómico, y a menos que los historiadores estuvieran equivocados, ya se utilizaba la energía atómica para la producción de electricidad.

Pero, ¿qué clase de energía atómica? ¿Cuánto tiempo podría funcionar? ¿Dónde había estado la planta de energía? ¿Utilizaban el agua como agente refrigerante? En ese caso, la planta de energía estaría en la ribera del lago, ahora convertida en vidrio y lava. Posiblemente no habían llegado a descubrir cómo se construía una unidad atómica autónoma capaz de producir energía por lo menos para cinco mil años. Si bien no habían encontrado una planta así en ninguna de las ruinas, había que considerar que la mayor parte de la civilización antigua había sido destruida por los incendios y por eso sólo habían sobrevivido fragmentos de su cultura.

En ese momento de sus meditaciones fue interrumpido por el alarido proferido por uno de sus estudiantes, cuya tarea era detectar radiaciones.

–Tenemos radiación, señor.

No era extraño en una excavación a bajo nivel, pero muy inusual a esa profundidad.

–¿Cuánto?

–De 003. Muy baja.

–Muy bien –dijo Souvan–. Guéenos, proceda lentamente.

Sólo faltaba examinar un recinto, una especie de laboratorio. ¡Qué extraño cómo los huesos perecían pero sobrevivían la maquinaria y los equipos! Souvan caminaba detrás del detector de radiaciones, y detrás de él todos los otros, desplazándose con gran lentitud.

–Es energía atómica, señor, ahora 007, todavía inofensiva. Creo que ésa es la unidad, la que está en el rincón, señor.

Del rincón se oía un murmullo muy débil.

Había una gran unidad sellada conectada por un cable a una caja de unos treinta centímetros cuadrados. La caja, construida de acero inoxidable, en partes todavía brillante, emitía un sonido apenas audible.

Souvan se volvió a uno de sus discípulos.

–Análisis de sonido, por favor.

El estudiante abrió una caja que llevaba, la puso sobre el suelo, ajustó los diales, y leyó los resultados.

–Es un generador –dijo, excitado–. Activado por energía atómica, más bien simple y primitivo, pero increíble. No demasiada energía, pero constante. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

–Tres mil años.

–¿Y la caja?

–Presenta algunos problemas –dijo el estudiante–. Parece que hay una bomba, un sistema de circulación, quizás un compresor. El sistema está funcionando, lo que indicaría que hay refrigeración en alguna parte. Es una unidad sellada, señor.

Souvan tocó la caja. Estaba fría, pero no más fría que los demás objetos metálicos que había en las ruinas. Bien aislado, pensó, maravillándose nuevamente del genio técnico de esos antiguos.

–¿Qué porcentaje –preguntó al estudiante– estima que está dedicado a la maquinaria?

El estudiante volvió a tocar los diales y estudió las agujas de su detector de sonido.

–Es difícil decirlo, señor. Si quiere algo aproximado, yo diría que un ochenta por ciento.

–Así que si contiene un objeto congelado, debe ser muy pequeño, ¿verdad? –preguntó Souvan, tratando de que no se notara que le temblaba la voz de ansiedad.

–Muy pequeño, sí señor.

Dos semanas más tarde Souvan habló por televisión. Habló para la gente. Con el final de los grandes incendios atómicos de hacía tres mil años se habían terminado las razas y los idiomas. Las pocas personas que sobrevivieron se juntaron y se casaron entre sí, y de todas las lenguas salió una sola. Con el tiempo se propagaron a los cinco continentes de la Tierra.

Ahora había medio billón de habitantes. Volvía a haber campos de trigo, huertos y bosques, y peces en el mar. Pero no existía el canto de los pájaros ni el grito de ninguna bestia, porque ni bestias ni pájaros habían sobrevivido.

–“Sin embargo, algo sabemos acerca de los pájaros.” –dijo Souvan, un poco nervioso porque era la primera vez que hablaba por el circuito mundial. Ya les había contado acerca de sus cálculos, la excavación y el hallazgo.

–“No es mucho, desgraciadamente, porque no ha quedado ninguna imagen ni representación de un pájaro. Pero durante nuestras investigaciones hemos tenido la suerte de encontrar algún libro que mencionaba a los pájaros, o un verso, una referencia en una novela. Sabemos que su hábitat era el aire, que volaban sobre alas extendidas, no como vuelan nuestros aviones impulsados por sus chorros atómicos, sino como nadan los peces, con belleza y gracia. Sabemos que algunos era pequeños, otros muy grandes, y sabemos también que estaban cubiertos por una pelusa que llamaban plumas. Pero cómo era exactamente un ave o una pluma o un ala, eso no lo sabemos, fuera de la imaginación de nuestros artistas, que tantas veces han imaginado a los pájaros.”

–“Bien, en el último cuarto que examinamos en el extraño lugar de resurrección construido por los antiguos en América, en la única célula de refrigeración que todavía funcionaba, descubrimos una cosita ovoide que creemos que es el huevo de un pájaro. Como saben, existe una disputa entre los naturalistas; algunos

sostienen que no es posible que una criatura de sangre caliente se reproduzca por medio de huevos, otros dicen que sí, que es igual que los insectos y los peces, pero esa disputa no ha sido resuelta todavía. Muchos hombres de ciencia de gran reputación creen que el huevo del pájaro era simplemente un símbolo, un símbolo mitológico. Otros sostienen con igual firmeza que los pájaros se reproducían poniendo huevos. Quizá podamos por fin resolver esta disputa.”

–"De cualquier modo, hora verán el dibujo de un huevo"

En las cámaras de televisión apareció una cosa pequeña, de una pulgada de largo, y toda la gente de la Tierra la miró.

–"He aquí el huevo. Lo hemos sacado de la cámara de refrigeración con el mayor de los cuidados, y ahora está en una incubadora que le hemos construido especialmente. Hemos analizado todos los factores que podrían indicarnos cuál sería el calor adecuado, y ahora que hemos hecho todo lo posible, debemos esperar. No tenemos idea de cuánto tiempo llevará la incubación. La máquina que se usó para congelarlo y mantenerlo fue probablemente la primera de su tipo que se construyó (tal vez la única), y seguramente se planeaba congelar el huevo por un período muy breve, quizá para comprobar la eficacia de la máquina. Sólo podemos tener esperanzas de que, tres mil años después, quede un germen de vida".

Pero Souvan tenía mucho más que esperanzas. El huevo había sido puesto bajo el cuidado de una comisión de naturalistas y biólogos, pero como él había sido su descubridor, Souvan podía estar presente en todo. Ni sus amigos ni su familia lo veían. Vivía en el laboratorio, comía y dormía allí. Las cámaras de televisión, fijadas sobre el minúsculo objeto en la incubadora de vidrio, informaban en la hora de su progreso a todo el mundo. Souvan, junto con la comisión de científicos, no podían apartarse del lugar. El arqueólogo se despertaba y en seguida recorría los silenciosos corredores para ir a mirar el huevo. Cuando dormía, soñaba con el huevo. Observó cientos de dibujos hechos por artistas sobre pájaros, y recordó antiguas leyendas de seres metafísicos llamados ángeles, preguntándose si no habían tenido origen en alguna especie de pájaro.

Él no era el único cuyo interés era fanático. En un mundo sin fronteras; sin guerras ni enfermedades, casi sin odio, no había sucedido nada tan excitante como el descubrimiento del huevo. Millones y millones de personas observaban el huevo en sus televisores. Millones soñaban con lo que podría llegar a convertirse.

Y luego sucedió. A los catorce días Souvan fue despertado por uno de los ayudantes del laboratorio.

–¡Está saliendo del cascarón! –exclamó–. ¡Venga, Souvan, que está saliendo!

Todavía en su ropa de dormir, Souvan corrió al cuarto de la incubadora, donde ya estaban reunidos los naturalistas y los biólogos junto a la máquina. En medio de las voces se oía el ruego de los camarógrafos pidiendo más espacio para la imagen. Souvan los ignoró, abriéndose paso para ver.

Estaba sucediendo. Ya la cáscara estaba agrietada, y mientras observaba vio un pequeño pico que se abría paso, seguido de una bolita de plumas amarillas. Su primera reacción fue de gran desilusión. ¿Así que éste era un pájaro? ¿Esta

minúscula e informe bolita de vida parada sobre dos patas que apenas si podía caminar, y que evidentemente era incapaz de volar? Luego su entrenamiento científico lo hizo razonar asegurándole que el infante no necesariamente se parece al adulto, y que el hecho de que emergiera vida de un antiguo huevo congelado era el milagro. más grande que hubiera presenciado.

Ahora se hicieron cargo de todo los naturalistas y los biólogos. Ya habían determinado, recomponiendo todos los fragmentos de información que poseían, y utilizando el ingenio, además, que la dieta de la mayoría de los pájaros debía haber consistido de raíces y de insectos, y ya tenían preparado todas las variaciones posibles de dietas, listos para ver cuál era la mejor para el velloncito amarillo. Trabajaron siguiendo el instinto pero también rezando, y por suerte hallaron una dieta adecuada.

Durante las semanas siguientes el mundo y Souvan observaron la cosa más maravillosa, el crecimiento de un polluelo que llegó a convertirse en un hermoso pájaro cantor. Lo trasladaron de la incubadora a una jaula y luego a otra jaula más grande, y luego un día extendió las alas e hizo el primer intento para volar.

Casi medio billón de personas gritaron de alegría, pero nada de esto sabía el pájaro. Cantó, débilmente al principio, luego cada vez con más fuerza. Hizo sus trinos, y el mundo escuchó con más interés que el que prestaba a sus grandes orquestas sinfónicas.

Construyeron una gran jaula de, treinta pies de alto, cincuenta de largo y cincuenta de ancho, y colocaron la jaula en el medio de un parque, y el pájaro volaba y cantaba dentro de la jaula como si fuera una veloz bola sonora.

Millones de personas iban al parque a ver el pájaro con sus propios ojos. Atravesaban los continentes y los anchos mares. Llegaban de todos los confines de la Tierra para ver el pájaro.

Quizás algunos de ellos sintieron que les cambiaba la vida, así como Souvan sintió que su vida había cambiado. Vivía ahora con los sueños y recuerdos de un mundo que había existido, un mundo en el que esos bailarines plumados eran cosa de todos los días, en el que el cielo estaba lleno de sus formas que planeaban, se precipitaban y bailaban. Vivir con ellos debe haber sido un goce sin fin. Verlos desde la puerta de la casa, observarlos, oír sus trinos de la mañana hasta el atardecer debe haber sido un éxtasis. Iba a menudo al parque (tan a menudo que interfería con su trabajo), se abría paso entre las inmensas muchedumbres hasta que se acercaba y podía ver el rayito de sol que había regresado al mundo desde la inmensidad de los tiempos. y un día; parado allí, miró la lejanía azul del cielo y supo lo que debía hacer.

Era una figura de fama mundial, así que no le fue difícil que el Consejo le diera audiencia.

Parado ante el augusto cuerpo de cien hombres y mujeres que administraban todo lo relacionado con la vida en la Tierra, esperó hasta que el presidente del consejo, un venerable viejo de barba blanca y más de noventa años, le dijo:

–Te escuchamos, Souvan.

Estaba nervioso, intranquilo, pero sabía qué era lo que debía decir y juntó ánimos para decirlo.

–El pájaro debe ser puesto en libertad –dijo Souvan.

Se hizo un silencio que duró varios minutos, hasta que se puso de pie una mujer y le preguntó, no sin amabilidad:

–¿Por qué dices eso, Souvan?

–Quizá porque, sin querer ser egoísta, estoy en condiciones de decir que mi relación con el pájaro es especial. De cualquier manera, ha entrado en mi vida y en mi ser, dándome algo de lo que antes carecía.

–Posiblemente lo mismo nos pase a todos, Souvan.

–Posiblemente, y por eso sabrán lo que siento. El pájaro está con nosotros desde hace más de un año. Los naturalistas con los que he discutido creen que un ser tan pequeño no puede vivir mucho. Vivimos por amor y hermandad.

Damos porque recibimos. El pájaro nos ha dado el don más precioso, un nuevo sentido de la maravilla que es la vida. Todo lo que podemos darle en cambio es el cielo azul, para el que fue creado. Es por eso que sugiero que soltemos el pájaro.

Souvan se retiró y los consejeros se pusieron a hablar entre ellos, hasta que al día siguiente anunciaron al mundo su decisión. Iban a soltar el pájaro. La explicación que dieron fueron las palabras de Souvan. Así llegó un día, no mucho después, en que medio millón de personas se agolparon en las colinas y valles del parque donde estaba la jaula, mientras medio billón más miraba en sus televisores.

Había miles de largavistas enfocados sobre la jaula. Souvan no tenía necesidad de ellos, porque estaba junto a la jaula. Observó cómo corrían el techo de la jaula, y luego observó al pájaro.

Se quedó sobre la percha, cantando con todos sus bríos, mientras un torrente de sonidos brotaba de su pequeña garganta. Luego, de alguna manera, se dio cuenta de la libertad. Voló, primero dentro de la jaula, luego en círculos, elevándose cada vez más alto hasta que sólo fue un aleteo brillante de sol, y luego nada más.

–A lo mejor regresa –dijo alguien que estaba cerca de Souvan.

Extrañamente, el arqueólogo deseó que no fuera así. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero sentía una alegría y una plenitud que nunca había experimentado en su vida.

## La herida

Howard Fast

*The wound*, © 1970. Traducido por Manuel Barberá en *El general derribó a un ángel*, relatos de Howard Fast, Colección Azimut de Ciencia Ficción, Intersea SAIC, 1975.

Max Gaffey insistía siempre en que, esencialmente, la industria del petróleo se podía resumir en una simple expresión: lo que debe hacerse, pero no dónde debe hacerse. Mi esposa, Martha, no sentía ningún aprecio por Max y afirmaba que era un destructor. Supongo que lo era, pero ¿en qué difería, por ese motivo, de cualquiera de nosotros? Todos somos destructores, y si en realidad no practicamos directamente la destrucción, invertimos para que otros lo hagan y nos sirva para enriquecernos. Por mi parte, yo había invertido los escasos ahorros a que puede aspirar un profesor universitario en unas acciones que Max Gaffey me proporcionó. Pertenecían a una empresa llamada Trueno S. A., y la misión de la compañía era utilizar bombas atómicas para extraer gas natural y petróleo aprisionados en los enormes depósitos de esquisto que tenemos aquí en los Estados Unidos.

El esquisto petrolífero no es una fuente de petróleo muy económica. Este está encerrado en el esquisto y alrededor del 60 por ciento del costo total está representado por los laboriosos métodos de extracción del esquisto de las minas, la trituración para liberar el petróleo y luego la separación del esquisto agotado.

Gaffey vendió a Trueno S. A. un método enteramente nuevo, con el cual se empleaban bombas atómicas sobrantes para la extracción del petróleo esquistoso. Expresado en términos muy simples, se practica una perforación muy profunda en depósitos de petróleo esquistoso. Luego, se introduce una bomba atómica, haciéndola descender hasta que se posa en el fondo de esa perforación, después de lo cual se obtura la perforación y la bomba es detonada. Teóricamente, el calor y la fuerza desarrollados por la explosión atómica Trituran el esquisto y ponen en libertad el petróleo, llenándose la caverna subterránea formada por la fuerza gigantesca de la bomba. El petróleo no arde debido a que la perforación está cerrada herméticamente y, de ese modo, con un costo comparativamente pequeño, pueden extraerse cantidades infinitas de petróleo – suficiente quizá para que dure hasta la época en que se produzca la conversión total de la energía atómica–, tan vastos son los depósitos de esquisto.

Tal, por de pronto, fue la forma en que Max Gaffey me explicó su idea, en una especie de acicateamiento mental mutuo. Sentía él la máxima admiración por mi conocimiento de la corteza terrestre y yo, a mi vez, sentía una admiración igualmente profunda por su capacidad para hacer que apareciesen dos, cinco o diez dólares donde antes sólo había uno.

Mi esposa no era tan complaciente con él ni con sus conceptos, y, por sobre todas las cosas, con el proyecto de introducir bombas atómicas en la corteza de la Tierra.

–Es un error –dijo Lisa y llanamente–. No sé por qué ni cómo, pero lo que sé es que todo lo relacionado con la maldita bomba está mal.

–¿ Pero no podrías mirar este asunto como una especie de salvación? –argüí–. Nos encontramos aquí en los Estados Unidos con bombas atómicas en cantidad suficiente como para aniquilar la vida en diez Tierras del tamaño de la nuestra; y cada una de ellas representa una inversión de millones de dólares. No podría estar más de acuerdo contigo cuando sostienes que son los objetos más aborrecibles y espantosos que ha concebido la mente humana.

–¿Entonces cómo puedes hablar de salvación?

–Porque mientras esas bombas están aquí inactivas, representan una amenaza constante, día y noche, la amenaza de que a algún general cabeza de chorlito o a un político sin cerebro se le dé por arrojarlas contra nuestros vecinos. Pero ya ves que Gaffey ha venido con la posibilidad de un uso pacífico para esas bombas. ¿No te das cuenta de lo que eso significa?

–Lo siento, pero no –reconoció Martha.

–Significa que podemos usar las malditas bombas para algo que no es suicidio, porque si eso se pone en marcha, será el fin del género humano. Pero hay depósitos de esquisto petrolífero y gasífero en todo el planeta, y si podemos emplear la bomba para abastecer al hombre de combustible durante un siglo. y eso sin tomar en cuenta los subproductos químicos, podemos sencillamente encontrar una manera de emplear provechosamente esas bombas inmundas.

–¡Ah! No es posible ni por un momento que lo creas –replicó burlona Martha.

–Lo creo. Sin duda alguna, lo creo.

Y sospecho que lo creía. Revisé los planes elaborados por Gaffey y sus asociados y no pude descubrir ninguna falla. Si la perforación se hacía debidamente, no habría desprendimientos nocivos. Sabíamos eso y poseíamos los conocimientos necesarios para hacer la perforación; se había demostrado por lo menos en veinte explosiones subterráneas. El temblor de la Tierra carecería de importancia a pesar del calor, no se produciría ignición de petróleo. y no obstante el costo de las bombas atómicas, la economía sería monumental. Más aún, Gaffey insinuó que alguna componenda entre el gobierno y Trueno S. A. estaba en estudio y que si resultaba tal como se había proyectado, las bombas atómicas no costarían a Trueno S. A. nada en absoluto, pues todo el asunto sería aceptado como un experimento de la sociedad.

Después de todo, Trueno S. A. no poseía ningún yacimiento de esquisto petrolífero y no actuaba en la industria petrolera. Era sencillamente una organización de servicio dotada del conocimiento requerido y que a cambio de una remuneración, si el procedimiento daba resultado, produciría petróleo para otros. No se habla mencionado cuales serían los honorarios, pero Max Gaffey, contestando a mi pregunta, sugirió que yo podría adquirir algunas acciones, no sólo de Trueno S. A., sino también de General Shale Holdings, una compañía financiera.

Yo tenía en total unos diez mil dólares de ahorro disponibles y otros diez mil en títulos de American Telephone y del gobierno. Martha poseía también un poco de dinero suyo, pero eso lo dejé aparte y, sin decirle nada, vendí mis acciones y títulos de Telephone y del gobierno. Las acciones de Trueno S. A, se vendían a cinco dólares cada una, y yo compré dos mil. Las de General Shale se vendían a dos dólares y de éstas compré cuatro mil. No vi nada inmoral –tal como se considera la inmoralidad en el comercio– en los procedimientos adoptados por Trueno S. A.. Su relación con el gobierno no era distinta de las relaciones de varias otras compañías y mi propio proceso de inversión era perfectamente serio y honorable. Ni siquiera recibía información secreta, pues la idea de usar la bomba atómica para extraer petróleo de esquistos ha tenido amplia publicidad, aunque poco se la ha creído.

Aun antes de que se llevase a cabo la primera explosión de prueba, las acciones de Trueno S. A. subieron de cinco a sesenta y cinco dólares cada una. Mis diez mil dólares se convirtieron en ciento treinta mil y un año después este valor se duplicó a su vez. Las cuatro mil acciones de General Shale subieron a dieciocho dólares, y del profesor modestamente pobre que yo era pase a ser un profesor modestamente rico. Cuando por fin, casi dos años después de que Max Gaffey me vino con la idea, realizaron la primera explosión de bomba atómica en un pozo horadado en un yacimiento de esquistos petrolíferos, yo había dejado atrás las simples ansiedades de los pobres, y había desarrollado un modo de vida enteramente propio de la clase media alta. Nos convertimos en una familia de dos automóviles, y mi Martha, que tan enemiga había sido de la idea, me acompañó a comprar una casa más grande. Ya en la casa nueva, Gaffey y su esposa vinieron a cenar y Martha misma se despachó dos martinis puros. Luego fue muy cortés hasta que Gaffey se puso a hablar del bienestar social. Pintó con palabras un cuadro venturoso de lo que podría rendir el petróleo esquistoso y lo ricos que podríamos ser.

–¡Ah, sí, sí! –convino Martha–. Contaminar la atmósfera, matar más gente con más automóviles, aumentar la velocidad con la que podemos dar vueltas zumbando sin llegar precisamente a ningún sitio.

–¡Oh, eres una pesimista! –opinó la esposa de Gaffey, que era joven y bonita, pero no un gigante mental.

–Claro que el asunto tiene dos aspectos –admitió Gaffey–. No es posible detener el progreso, pero me parece que es posible orientarlo.

–De la misma forma en que venimos orientándolo, para que nuestros ríos apesten, nuestros lagos sean cloacas llenas de peces muertos, nuestras aves se envenenen con DDT y nuestros recursos naturales queden destruidos. Todos somos destructores, ¿no es cierto?

–¡Vamos, vamos! –protesté–. Las cosas son así. y todos estamos indignados, Martha.

–¿De veras lo están?

–Creo que sí.

–Los hombres siempre han excavado la tierra –dijo Gaffey–. Si así no fuese. estaríamos todavía en la edad de piedra.

–Y tal vez seríamos algo más felices.

–No, no, no –dije yo–. La edad de piedra, Martha, fue una época muy desagradable. No puedes desear que volvamos a ella.

–¿Recuerdan –dijo Martha despacio– que hubo una época en que los hombres hablaban de la Tierra como de una madre? Era la Madre Tierra y lo creían. Era la fuente de la vida y de la existencia.

–Lo sigue siendo.

–La han secado –dijo Martha–. Cuando se seca a una mujer, sus hijos perecen.

Era una extraña y poética afirmación y, tal como yo lo pensé, de mal gusto. Para castigar a Martha dejé a la señora Gaffey con ella, so pretexto de que Max y yo teníamos que conversar de ciertas cosas comerciales, lo cual en realidad hicimos. Entramos en el estudio nuevo de la nueva casa, encendimos cigarrillos de cincuenta céntimos de dólar cada uno y Max me describió minuciosamente lo que habían bautizado con mucho acierto el "Proyecto Hades".

–La cuestión es –dijo Max– que yo puedo conseguir que entres en esto desde el principio mismo. Desde abajo. Están en el asunto once compañías, empresas muy sólidas y de buena reputación –y las nombró, lo cual me impresionó debidamente– y esas empresas aportan capital para lo que será una subsidiaria de Trueno S. A.. A cambio de su dinero se les da un veinticinco por ciento de interés. Hay además un diez por ciento en forma de certificados de opción para compra de acciones, puesto a un lado para consultas y consejos, y tú entenderás el motivo. Yo puedo acomodarte con un uno y medio por ciento –alrededor de tres cuartos de millón– simplemente a cambio de unas semanas que dediques y te pagaremos todos los gastos, además de otras compensaciones.

–Da la impresión de ser interesante.

–Tiene que ser más que una impresión. Si el "Proyecto Hades" resulta, el valor de tu parte aumentará diez veces dentro de cuestión de cinco años. No conozco manera mas rápida de llegar a millonario.

–Está bien. Estoy más que interesado. Sigue.

Gaffey sacó de un bolsillo un mapa de Arizona, lo desdobló y con un dedo señaló una parte recuadrada.

–Esto –dijo– es lo que, según nuestros conocimientos geológicos, debe ser una de: las regiones más ricas en producción petrolera de todo el país. ¿Coincides conmigo?

–Sí, conozco la región –respondí–. La he recorrido. Su potencial en petróleo es puramente teórico. Jamás nadie ha sacado algo de allí, ni siquiera agua salada. Es seco y muerto.

–¿Por qué?

–Es así –agregué encogiéndome de hombros–. Si pudiéramos encontrar petróleo guiándonos por presunciones y teorías, tú y yo seríamos más ricos que Crespo. Como bien sabes, el hecho es que a veces hay y a veces no hay. Esto último con más frecuencia.

–¿Por qué? Nosotros conocemos nuestro trabajo. Perforamos donde debe perforarse.

–¿Adónde quieres llegar, Max?

–A una especulación, especialmente en esta área. Hace meses que hablamos de esta especulación. La hemos puesto a prueba lo mejor posible. La hemos examinado desde todos los puntos de vista concebibles, y ahora estamos dispuestos a quemar más o menos cinco millones de dólares para comprobar nuestra hipótesis... siempre que...

–¿Siempre que... qué?

–Que tu experta opinión concuerde con la nuestra. Dicho con otras palabras, tiramos los dados junto contigo. Estudia la situación y si nos dices que sigamos adelante, seguiremos adelante. Y si nos dices que es un castillo de naipes, bueno... plegamos nuestras tiendas, como los árabes, y nos alejamos sigilosamente.

–¿Sólo por lo que yo diga?

–Sólo porque tienes conocimiento y sabes hacer las cosas.

–Max, ¿no estás tomando el rábano por las hojas? Yo soy apenas un profesor de Geología de una universidad del Oeste sin importancia, y hay por lo menos veinte hombres que pueden enseñarme mucho...

–A nuestro juicio, no. No en lo relativo al sitio donde encontrar lo que buscamos. Sabemos quiénes están en actividad y conocemos sus antecedentes en este aspecto. Eres modesto, pero nosotros sabemos qué es lo que necesitamos. De manera que no discutas. O es un trato hecho o no lo es. ¿No?

–¿Cómo diablos puedo yo contestar cuando ni siquiera sé de qué me estás hablando?

–Está bien... te lo explicaré en forma rápida y sencilla. Allí en un tiempo hubo petróleo, justo donde debe estar ahora. Después una convulsión natural ocasionó una falla muy profunda. La tierra se quebró y el petróleo descendió a una gran profundidad; en este momento hay bolsones gigantescos de petróleo enterrados donde ningún trépano los puede alcanzar.

–¿A qué profundidad?

–¡Vaya uno a saber! A veinte o treinta kilómetros.

–Eso es muy profundo.

–Tal vez sea más. Cuando piensas en esa medida por debajo de la superficie, te encuentras con un misterio más oscuro que el de Marte o Venus... todo lo cual lo conoces.

–Todo lo cual conozco –le dije y experimenté una sensación desagradable e incómoda, y sin duda en algún grado se me vio en el rostro.

–No lo sé. ¿ Por qué no dejas este asunto en paz, Max?

–¿Qué motivo hay para que lo deje?

–Vamos, Max... no estamos hablando de perforar para buscar petróleo. Veinte, treinta kilómetros... Hay un equipo cerca de Pecos, en Texas, y acaban de pasar el nivel de los veinticinco mil pies, y eso es lo que ocurre. O, tal vez otro millar, pero estás hablando de petróleo enterrado a cien mil pies por debajo de la superficie. No es posible hacer perforación para llegar ahí, lo único que podrán hacer es...

–¿Qué?

–Dinamitarlo.

–Por supuesto... ¿Y qué encuentras de malo en esa idea? ¿En qué está equivocada? Sabemos, o por la menos tenemos una buena razón para creerlo, que hay una fisura que se abrió y se cerró. El petróleo debe estar sometido a una presión enorme. Introducimos una bomba atómica, una bomba mayor de las que hasta ahora hemos usado, y logramos que la fisura se abra. ¡Dios Todopoderoso! Sería el pozo más grande de toda la historia de la explotación petrolera.

–Ya han hecho la perforación, ¿no es verdad Max?

–Así es.

–¿Hasta qué profundidad?

–Veintidós mil pies.

–¿Y tienen la bomba?

Max asintió con una inclinación de cabeza.

–Tenemos la bomba. Venimos trabajando en esto desde hace cinco años y hace siete meses los muchachos de Washington lograron que la bomba esté a su disposición. Está allá afuera, en Arizona, esperando...

–¿Esperando qué?

–Que tú revises todo y nos digas si podemos continuar.

–¿Por qué? Ya tenemos suficiente petróleo...

–¡Un demonio! Sabes perfectamente bien por qué... ¿ Y supones que podemos dejar el asunto en suspenso, ahora, después de todo el dinero y el tiempo que en esto hemos invertido?

–Aseguraste que desistirían si yo les decía que lo hiciesen.

–Como geólogo a quien pagamos, te conozco lo suficiente como para darme cuenta de lo que ello significa en relación con tu habilidad y orgullo profesionales.

Yo permanecí despierto la mitad de la noche hablando con Martha acerca de este asunto y tratando de colocar la cuestión dentro de un cierto marco moral. Pero lo único que pude conseguir fue la seguridad de que habría una bomba atómica menos con qué matar gente y destruir la vida en la Tierra y de que yo no podía discutir eso. Un día después estaba en el campo de la exploración, en Arizona.

El lugar estaba bien elegido. Desde todos los puntos de vista, aquello era el sueño de un buscador de petróleo, y supongo que era conocido desde hacía medio siglo, pues se veían restos de un centenar de instalaciones inútiles, metal y madera podrida hasta donde la vista alcanzaba, cobertizos abandonados, remolques dejados junto con esperanzas perdidas, testimonios todo ello de la confianza que brota eternamente en el pecho de un atolondrado buscador de petróleo.

Trueno s. A. era algo diferente, una gran instalación en mitad del hondo valle, un equipo de sondeo mayor y más completo que cualquiera de los que yo había visto, una pared para contener el petróleo en el caso de que brotase inmediatamente, un taller de maquinarias, un pequeño grupo electrógeno, por lo menos un centenar de vehículos de diversas clases y tal vez cincuenta casas rodantes. Bastaba con advertir la extensión y la vastedad de lo hecho allí en medio de aquellas tierras improductivas para sentirse atónito; y dejé que Max supiese lo que pensaba de su afirmación de que todo aquello se abandonaría si decía que la idea era descabellada.

–Tal vez si... tal vez no. ¿Qué dices?

–Dame tiempo.

–Por supuesto, todo el tiempo que quieras.

Jamás se me había tratado con tanto respeto. Anduve rondando por allí y, en un Jeep, recorrí el terreno y más o menos en un sentido y otro subí las laderas y volví a bajarlas; pero por mucho que revisaba el lugar, que husmeaba y calculaba, lo mío no sería más que una acostumbrada conjetura. Me convencí también de que ellos no abandonarían el proyecto aunque yo me opusiera y dijese que iba a ser un fracaso. Creían en mí como una especie de rabadomante\*, sobre todo si les decía que podían seguir adelante. Lo que en realidad buscaban era la corroboración por un experto de su propia fe. Y eso se advertía al solo ver que ya habían realizado una costosa perforación de veintidós mil pies, y que habían instalado todo aquel equipo. Si les decía que estaban equivocados disminuiría tal vez un poco su confianza, pero se recobrarían y encontrarían otro rabadomante.

\* \_zahorí.

Cuando le hablé por teléfono a Martha se lo conté.

–¿Bueno qué piensas tú honestamente?

–Es comarca petrolera. Pero yo no soy el primero que hace esta observación brillante. La cuestión es si ello puede tomarse como indicio de que hay petróleo.

–¿Lo hay?

–No lo sé, no lo sabe nadie. Y delante de mis narices están agitando la esperanza de un millón de dólares.

–Yo no puedo ayudarte –dijo Martha–. Tienes que resolver tú solo este conflicto.

Claro que no podía ayudarme. Nadie podría haberme ayudado. El enigma estaba muy hondo, demasiado oculto. Sabemos cuál es el aspecto de la cara que la luna no nos enseña y sabemos algo acerca de Marte y de otros planetas, ¿pero qué hemos averiguado acerca de nosotros y del lugar en que vivimos?

Al día siguiente de que hablé con Martha. me reuní con Max y su directorio.

–Estoy de acuerdo –declaré–. El petróleo debe estar allí. Mi opinión es que ustedes tienen que continuar el plan y probar con la explosión.

Me hicieron preguntas durante más o menos una hora, pero cuando uno está representando el papel de rabadomante, las preguntas y las respuestas pasan a convertirse en una especie de ritual mágico. El hecho en sí es que ninguno había hecho detonar una bomba de ese poder a semejante profundidad, y hasta que se hiciese, nadie sabría lo que podía suceder.

Yo observé con gran interés los preparativos de la explosión. La bomba, con su revestimiento implosivo, fue hecha especialmente para esta tarea –rehecha, sería mejor expresarlo–, muy larga, casi siete metros, y muy delgada. Fue armada una vez que estuvo en la torre, y entonces la junta de directores, ingenieros, técnicos, periodistas, Max y yo nos retiramos al refugio y estación de control de hormigón, que había sido edificado a más de un kilómetro y medio del pozo. Un circuito cerrado de televisión nos comunicaba con la perforación; y aunque nadie esperaba que la explosión hiciese otra cosa que quebrar la Tierra en la superficie, la Comisión de Energía Atómica especificó las precauciones que debimos adoptar.

Permanecimos en el refugio durante cinco horas mientras la bomba hacía su largo descenso, hasta que por fin nuestros instrumentos nos dijeron que estaba apoyada en el fondo de la perforación. Realizamos entonces una sencilla cuenta regresiva y el presidente del directorio oprimió el botón rojo. Los botones rojos y blancos son la gloria del hombre. Apriétese un botón blanco y una campanilla suena o se enciende una luz eléctrica; apriétese un botón rojo y la fuerza infernal del sol entra en actividad, esta vez a cinco millas por debajo de la superficie terrestre.

Tal vez fuese esta parte y este lugar de la superficie terrestre; tal vez no hubiese ningún otro lugar donde esto mismo exactamente hubiese ocurrido. Tal vez la falla que desviaba el petróleo estuviese a mayor profundidad de lo que habíamos imaginado. La realidad no se conocerá jamás; nosotros sólo vimos lo que vimos. observándolo a través del circuito cerrado de televisión. Vimos que la Tierra se dilataba. La dilatación aumentaba, como una burbuja –una burbuja de alrededor de doscientos metros de diámetro–, y entonces la superficie de la burbuja se

disipó en una columna de polvo o de humo que se elevó tal vez a quinientos pies del fondo del valle, permaneció allí un momento con el sol amenazante detrás de ella, tal como la misma columna de fuego del Monte Sinaí, y finalmente se elevó íntegra y se deshizo repentinamente en el viento. Hasta en nuestro refugio oímos el retumbar ensordecedor, y, al quedar despejada la superficie del enorme orificio que el polvo había abandonado, una columna de petróleo que quizá tuviese treinta y cinco metros de diámetro se elevó borboteando. ¿Pero sería petróleo?

En el instante en que lo vimos, los que estábamos juntos en aquel lugar lanzamos tremendos gritos de entusiasmo, pero de pronto las exclamaciones se interrumpieron por obra y gracia de su propio eco. Nuestro sistema de circuito cerrado de televisión era en colores, y la columna de petróleo tenía un color rojo vivo.

–¡Petróleo rojo! –murmuró uno.

Siguió el silencio.

–¿Cuándo podremos salir –preguntó otro.

–Dentro de diez minutos.

El polvo seguía en la altura y se alejaba en dirección contraria; y durante diez minutos seguimos de pie observando la burbuja de brillante petróleo rojo que salía del orificio y que formaba un gran estanque dentro de las paredes de contención, llenando el espacio disponible con rapidez sorprendente y rebasándolo, pues la erupción debió ser de cien mil galones por segundo o tal vez más, y luego, fuera de las paredes y en una masa que se extendía por todo el valle, su nivel subió tan rápidamente que desde la altura en que nosotros nos encontrábamos vimos que quedaríamos aislados por completo de la instalación. En este momento ya no esperamos, sino que nos arriesgamos a sufrir las consecuencias de la radiación .y echamos a correr por la colina del desierto hacia la perforación, las casas rodantes y los camiones, pero no con rapidez suficiente. En el borde de un gran lago de petróleo rojo tuvimos que detenernos.

–No es petróleo rojo –dijo alguien.

–¡Maldición, no es petróleo!

–¿Qué saben ustedes? ¡Es petróleo!

Estábamos retrocediendo al tiempo en que aquella masa líquida se extendía y subía y cubría los camiones y las casas, y llegaba a una depresión del valle y pasaba por ella descendiendo al desierto, y se internaba en las sombras que proyectaban las grandes rocas, lanzando reflejos rojos a la luz del sol poniente, y más tarde reflejos negros en la obscuridad.

Alguien tocó el líquido viscoso y se llevó la mano a la boca.

–¡Es sangre!

Max estaba a mi lado y dijo:

–Está loco.

Algún otro dijo también que era sangre.

Yo metí un dedo en el líquido rojo y lo llevé a mi nariz. Era cálido, casi muy caliente, y no había error alguno en cuanto al olor de la sangre caliente y fresca. Tomé el gusto con la punta de la lengua.

–¿Qué es? –me dijo en voz baja Max.

Los demás se congregaron en torno, silenciosos, con el sol rojo poniéndose del otro lado del lago rojo y el rojo reflejado en nuestras facciones, destellando en nuestros ojos.

–¡Dios Santo! ¿Qué es? –inquirió Max.

–Es sangre –contesté.

–¿De dónde?

Todos guardamos silencio.

Pasamos la noche en un lado del montecillo en el cual se había edificado el refugio, y por la mañana, hasta donde nuestra vista alcanzaba, estábamos rodeados por un mar de sangre roja caliente y humeante, cuyo olor era tan penetrante y denso que todos nos sentíamos asqueados; y todos vomitamos unas seis veces antes de que viniesen helicópteros a rescatarnos.

Al día siguiente de mi regreso a casa, Martha y yo estábamos sentados en la sala de estar, ella con un libro en las manos y yo con el diario, en el cual había leído sobre los intentos para contener la afluencia de líquido, y que ni siquiera con trajes de buzo podían descender al lugar de donde surgía; Martha levantó la vista de su libro para decirme:

–¿Recuerdas aquello que se contaba de una madre?

–¿Qué?

–Algo muy antiguo. Creo que oí decir una vez que databa de tiempo inmemorial, o tal vez fuese una fábula griega..o algo similar, pero de todas maneras, la madre tenía un hijo que era el deleite de su corazón y todo cuanto puede ser un hijo, para una madre, y de pronto el hijo se enamoró de una mujer bella y perversa y cayó bajo su hechizo; una mujer perversa y muy bella. Y él deseó complacerla, oh, lo hizo realmente, y le dijo: "Lo que deseas, te lo traeré..."

–Lo cual es como no decir nada a una mujer, pero de cualquier manera... –intervine yo.

–No voy a discutirte eso –dijo suavemente Martha–. porque cuando él se lo dijo, ella contestó que lo que deseaba más que nada en el mundo era el corazón viviente de su madre, arrancado de su pecho. ¿Y qué supondrías que hizo este indigno y homicida idiota, sino correr a su hogar, donde estaba la madre, y con un cuchillo abrirle el pecho y arrancarle el corazón viviente de su cuerpo...?

–No me gusta tu cuento.

—...y con el corazón en la mano, corrió veloz y alegremente a juntarse con la mujer amada. Pero en el Camino, atravesando el bosque, se le enredó un dedo del pie en una raíz, vaciló y cayó cuan largo era, y de resultas del golpe el corazón de la madre se le escapó de la mano. Al levantarse y acercarse al corazón, éste le dijo: “¿Te lastimaste al caer, hijo mío?”

—Un relato encantador. ¿Pero qué es lo que demuestra?

—Supongo que nada. ¿Cesará en algún momento esta sangría? ¿Cerrarán la herida?

—No lo creo.

—¿Entonces tu madre seguirá sangrando hasta que su vida se extinga?

—¿Mi madre?

—Sí.

—¡Oh!

—Mi madre —dijo Martha—. ¿Sangrará hasta morir?

—Supongo que sí.

—¿Eso es lo único que sabes decir, que supones que sí?

—¿Qué otra cosa?

—Supongamos que les hubieses dicho que no siguieran con su idea.

—Martha, eso me lo pediste veinte veces. Ya te dije. Hubiesen buscado otro rabadomante.

—¿Y otro? ¿Y otro?

—Sí.

—¿Por qué? —dijo ella gritando—. ¿Por amor de Dios, por qué?

—No lo sé.

—Pero ustedes, hombres despreciables, saben todo lo demás.

—Casi lo único que sabemos es matar. Eso no es todo lo demás. Nunca hemos aprendido a dar vida a nada.

—Y ahora es demasiado tarde —dijo Martha.

—Sí, es demasiado tarde —aprobé, y volví a la lectura de mi diario.

Pero Martha siguió sencillamente allí sentada, con el libro abierto en su regazo, contemplándome: y luego, después de un rato, cerró el libro y subió a acostarse.

## Los insectos

Howard Fast

*The insects*, © 1970. Traducido por Manuel Barberá en *El general derribó a un ángel*, relatos de Howard Fast, Colección Azimut de Ciencia Ficción, Intersea SAIC, 1975.

La gente se enteró de la primera transmisión por varios medios. Aunque las llamadas no identificadas por radio son bastante frecuentes y por lo común no se sujetan a una divulgación general de noticias –ya que son más o menos excentricidades y a menudo obra de maniáticos–, no se las atiende celosamente. Lo interesante de esta señal era que había sido repetida por lo menos dos docenas de veces y había sido captada en varias partes del mundo en diferentes idiomas: en ruso en Moscú, en chino en Pekín, en inglés en New York y en Londres, en sueco en Estocolmo. En todos estos lugares aparecía en la banda de alta frecuencia, en algo menos de veinticinco megaciclos.

Nosotros nos enteramos por Fred Goldman, jefe del salón de monitores de la National Broadcasting Company, cuando él y su esposa cenaron con nosotros a principios de mayo. Él presta atención a estas llamadas; escucha transmisiones del mundo entero en media docena de idiomas, y le gusta comentarlas: un barco que pide auxilio y luego silencio y ni una palabra en la prensa, o una combinación de New Orleans tocando el último *rock* violento –si tal cosa fuera posible– en Yarensk, en algún lugar de la tundra del norte de Siberia, o cualquier otro suceso de entre una docena de incongruentes acontecimientos diarios transmitidos por las ondas de radio de la Tierra. Pero esa noche estaba algo sofocado y pensativo, y cuando lo dio a conocer, estaba menos extraño que razonable.

–¿Sabén? –dijo–. Hoy ha habido una especie de lamento universal y no logramos identificarlo.

–¡Oh!

Mi esposa sirvió bebidas. Su propia esposa lo miró incisivamente, como si ésta fuera la primera vez que oía hablar del asunto y le supiera mal verse colocada a la par nuestra.

–Una buena señal, muy clara –dijo–. Alta frecuencia. Sin embargo, la voz es extraña... ¿Saben qué dijo?

Había allí otra pareja, los Dennison; él era un cirujano bastante bien conceptuado y ella hizo un intento más bien torpe por tomar el asunto con buen humor. Yo trato de recordar cómo se llamaba esta mujer, pero su nombre no acude a mi memoria. Era rubia, bella y delgada, pero no muy inteligente; ella se ingenió, sin embargo, para hacer volver a Fred al asunto, mas él se retrajo. Procuramos persuadirlo, pero cambió de tema y se convirtió en oyente. Hasta mucho después de la cena no logré obligarlo a seguir hablando de ello.

–¿Acerca de la señal?

–¡Ah, sí!

–Te has vuelto muy sensible.

–No lo sé. Nada muy especial ni misterioso. La voz dijo: "Deben dejar de matarnos".

–¿Eso únicamente?

–¿No te sorprende? –preguntó Fred.

–Ah, no... difícilmente. Tal como dijiste, es una especie de imploración universal. Yo podría mencionar por lo menos siete lugares del planeta donde esas mismas palabras serían las más importantes que pudieran transmitirse.

–Supongo que así es. Pero no se originaban en ninguno de esos lugares.

–¿No? ¿Dónde, entonces?

–Esa es la cuestión –manifestó Fred Goldman–. Justamente ésa.

Así fue como yo me enteré del asunto. Me despreocupé, tal como supongo que hicieron muchos otros, y la verdad es que lo olvidé por completo. Dos semanas después pronuncié mi segunda conferencia de la serie Goddard Free, de Harvard. y durante el período destinado a consultas, un estudiante me preguntó:

–¿Qué piensa usted, doctor Cornwall, de la cortina de silencio que el *establishment* ha tendido sobre los mensajes de radio?

Cometí la ingenuidad de preguntar a qué mensajes se refería y una ristra de carcajadas me dio a entender que yo estaba fuera de la situación.

–"Deben dejar de matarnos" ¿No es eso, doctor Cornwall? –gritó el muchacho y sus palabras fueron saludadas con una ovación mayor que la que celebró las mías–. ¿No es eso? "Deben dejar de matarnos". ¿Es eso?

Bebí después un coñac con el doctor Fleming, el decano, delante del hogar de su cómodo y acogedor estudio y me contó que la universidad hacía una especie de vigilancia del éter.

–Los muchachos no han causado mucha molestia, ¿ verdad? –me preguntó.

Le aseguré que yo estaba de acuerdo con ellos.

–De una u otra manera, nosotros dos representamos al establishment, de manera que no quiero eludir el tema. ¿Pero no es ésa la señal que llega por radio? Un amigo mío me contó algo al respecto. ¿Se ha vuelto a captar?

–Actualmente, todos los días –dijo el decano–. Los muchachos lo han tomado como una especie de grito de combate.

–Pero no he visto nada en los diarios.

–¿Es curioso, no es cierto? –dijo Fleming–. Supongo que de una manera o de otra, Washington se ocupa de acallarlo, aunque no sospecho cuál sea la razón.

–El primer día no pudieron identificar el origen.

–Hemos hecho pruebas por nuestra cuenta, y hasta se han realizado mayores esfuerzos en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Es bastante quejumbroso, ignoro cuál pueda ser el sentido. El estudiantado está muy enardecido con esta cuestión.

–Ya lo he advertido –convine.

Unos días después, en el almuerzo, mi esposa me informó que el día anterior había comido con Rhoda Goldman. Este detalle cayó como una especie de pequeña bomba lanzada con cuidado.

–Sigue –dije muy interesado.

–Vas a burlarte.

–Haz la prueba.

–Poseen algunos antecedentes acerca de esas señales allá en la estación receptora. O creen tenerlos.

–¡Oh!

–Suponen conocer quién las está enviando.

–¡Gracias a Dios! Tal vez podamos impedir que sigan matándolos o contener a quien realiza la matanza. Es la queja más triste de que yo tengo noticia.

–No.

–¿No?

–Dije que no, que no podemos evitarlo –aclaró mi esposa muy en serio–, porque son los insectos.

–¿Qué?

–Eso es lo que me ha dicho Rodha Goldman, los insectos.

Los insectos transmiten los mensajes.

–No tengo más remedio que reír –dije yo a mi vez.

–Sabía que lo harías –opinó mi mujer.

Yo he formado parte de cuatro de las comisiones especiales del alcalde, y al día siguiente su asistente me llamó para preguntarme si estaría conforme en integrar otra. Sin embargo, se negó a aclararme el propósito, pero me dijo que tenía alguna relación con los mensajes de alta frecuencia.

–Sin duda usted ha oído hablar de ello –dijo el hombre.

Le aseguré que había oído hablar de ello y agregué que integraría la comisión sólo por curiosidad. El día en que fui al centro de la ciudad para la reunión de la nueva comisión era el mismo en que el general Carl de Hargod, el nuevo jefe de

estado, había llegado a New York para hablar durante un banquete en el Waldorf; y en aquel momento era recibido por el alcalde y un millar de manifestantes. Estos constituían un conglomerado de pacifistas y de *hippies*, y marchaban de un lado a otro al frente del municipio, en silencio y portando letreros que decían: "Usted debe impedir que nos sigan matando".

Llegué lo bastante temprano como para entrar antes de que empezasen las ceremonias de bienvenida, y cuando me uní a los demás integrantes de la flamante comisión, escuché un pedido de disculpas por la ausencia del alcalde y la promesa de que estaría con nosotros antes de media hora. Formaban parte de la comisión otras cinco personas, tres hombres y dos mujeres. Yo conocía a estas últimas, Kate Gordon, que era comisionada de salud pública y Alice Kinderman, que estaba vinculada con el museo de Historia Natural y acababa de ser nombrada asesora de la Dirección de Parques, y conocía también a uno de los hombres, Frank Meyers, abogado que tenía vinculaciones importantes en Washington. Meyers me presentó a los demás, a Basehart, que era jefe del Departamento de Entomología en la enorme universidad de la ciudad y a Krummer, del Departamento de Agricultura de Washington.

La presencia del entomólogo incentivó mi incredulidad, y cuando Meyers me preguntó si conocía el motivo de aquella reunión, contesté que sabía únicamente que tenía algo que ver con las señales de radio.

–Lo curioso es que sabemos quiénes las transmiten.

–Qué es lo que las transmite –corrigió Alice Kinderman–. La idea de quiénes es un poco inquietante.

–Yo no lo creo –dije–. Me inclino hacia los comunistas.

–Hemos estado matando muchos comunistas –convino Basehart con aquella curiosa indiferencia propia de un sabio–. Puedo asegurar que no me gusta el asunto. Bueno, a nadie le hace gracia que lo maten, ¿verdad? Esta vez, sin embargo, son los insectos.

–¡Cuentos! –exclamó Kate Gordon.

Conversamos luego en calma, tal como debía esperarse de seis hombres y mujeres civilizados y de mediana edad, como éramos, y si entre nosotros hubo quienes dudaron, Basehart se encargó de convencerlos. Me convenció a mí. Era un hombre pequeño, de nariz larga, dotado de unos ojos de color azul eléctrico, y cuya sonrisa emocionaba. Cualquiera podía advertir que lo ocurrido, en cuanto a él concernía, era lo más maravilloso y excitante sucedido alguna vez, y, tal como lo explicaba, lo absurdo desaparecía y se afirmaba lo inevitable. Nos convenció de que en todo momento había sido inevitable. Lo único que no pudo conseguir era que compartiésemos su entusiasmo.

–¡Es tan lógico! –aseguró–. El insecto no es una realidad en sí mismo. sino un fragmento. La realidad es la colmena. Los insectos no piensan en los términos nuestros; no tienen cerebros. En el mejor de los casos, tienen algo que podría considerarse como uno de esos circuitos impresos que hacemos para las radios fabricadas en serie. Son células, no órganos. ¿Pero piensa la colmena? ¿Piensa el enjambre? ¿Piensa la ciudad de los insectos? Ése es el interrogante al que

nunca hemos podido responder satisfactoriamente. ¿Y qué puede decirse del superenjambre? Siempre hemos sabido que se comunican entre sí .y con el enjambre o con la colmena, ¿Pero cómo? ¿Por radio? Ciertamente alguna especie de onda, ¿y por qué no de alta frecuencia?

–¿Energía? –preguntó alguien.

–Energía. ¡Dios mío! ¿Alguien tiene una noción de cuántos existen? Sólo de especies hay más de medio millón. En cuanto a los individuos, está fuera de nuestro alcance calcularlo. Podrían generar cualquier energía requerida. Cumplir cualquier tarea... sí, por supuesto, se juntan en una supercolmena o un superenjambre teórico y adquieren conciencia de sí mismos. Y parece que así ha ocurrido. ¿Saben? Nosotros siempre los hemos matado, pero tal vez ahora sean ellos demasiados. Tienen un enorme instinto de supervivencia.

–Y al parecer nosotros, en algún lugar del camino, hemos perdido el nuestro, ¿no es así? –pregunté.

El alcalde tenía demasiadas obligaciones, demasiados problemas en una ciudad a la cual le faltaba poco para ser ingobernable, y resultó difícil precisar la seriedad con que tomó el ruego de los insectos. Quienes militan en la vida pública tienden a mantenerse a la defensiva en cuestiones de esta clase. Tantas veces había pronunciado yo conferencias sobre cuestiones de ecología social, que por fuerza debía conocer lo difícil que es inducir a los dirigentes políticos a meditar en la posibilidad de que, sencillamente, lo que hacemos todos sea cerrarnos el paso hacia un futuro viable.

–Hemos tenido que detener a más de un centenar de pacifistas –dijo el alcalde con cansancio– la mayoría de ellos pertenecientes a buenas familias, lo cual significa que no podré dormir esta noche y dado que sólo dispuse de una o dos horas anoche, creo que ustedes comprenderán mi resistencia, señoras y caballeros, a acalorarme por mensajes enviados por insectos. Lo admito sólo porque el Departamento de Agricultura insiste en que así haga, y por lo tanto pido a ustedes que se avengan a servir en este comité especial y a redactar un informe al respecto. Estamos destinando cinco mil dólares para trabajos de oficina y la Fundación Ford nos ha prometido cooperación plena.

El alcalde no pudo seguir acompañándonos, pero dedicamos otra media hora a comentar el asunto y ponernos de acuerdo para una nueva reunión, luego de lo cual salimos separadamente.

La creencia en lo absurdo no es muy tenaz, y pienso que más o menos en el momento en que se terminó la reunión, habíamos arrojado sobre los insectos una cubierta muy sólida de duda. Dadas las muchas premuras, al llegar la hora de la cena yo me había olvidado del asunto; mi mujer me preguntó entonces con expresión petulante:

–Bien, Alan, ¿qué te propones hacer acerca de los insectos?

Como yo no le contesté inmediatamente, ella me informó que en la tarde había mantenido una conversación con su hermana, Dorothy, de Upper Montclair, y que ellas tomaban el asunto muy en serio. Más aún, el hijo de Dorothy, un estudiante aventajado del Instituto Tecnológico de Massachusetts, que se especializaba en

física, había trabajado en la electrónica –o la física, ella no estaba muy segura– que sustentaba la cuestión de las señales de alta frecuencia.

–Es un joven inteligente –dije.

–Y el tuyo es un comentario muy esclarecedor.

–Bien, el alcalde ha formado una comisión. Yo tengo el honor de pertenecer a ella.

–Eso es lo que más me gusta de nuestro apuesto alcalde –dijo Jane–. Nombra comisiones para cualquier cosa, ¿no es cierto? Estoy segura de que ahora tiene la conciencia tranquila...

–¡Cielo Santo! –dije yo–. ¿También de esto tiene que tener conciencia?

Nunca terminé mi defensa de! pobre hombre acosado. Sonó el teléfono. Era Bert Clogmann, uno de los directores del *New York Times*, a quien algo conocía y quien me informó que habían decidido publicar la noticia en la edición de la mañana, dado que ya había aparecido en Londres y en Roma, y me preguntaba si podría explicarle algo respecto de la comisión.

Le expliqué lo relativo a ella, y luego le pregunté qué pensaba.

–¿Si lo creo? –dijo Clogmann–. Bueno, gracias al cielo no necesito incluir mi opinión en el artículo. Al parecer existen antecedentes suficientes para que podamos citar juicios de personas eminentes, y los rusos lo están tomando tan en serio como para promover la cuestión en la UN. La semana que viene. Además, los pequeños canallas se han devorado mil setecientas hectáreas de trigo en la parte oriental de Nebraska. Como quien silva en una caña. Tal vez eso sea una simple coincidencia.

–¿Qué pequeños canallas?

–Las langostas.

–Bueno, ¿acaso no se trata de un asunto muy antiguo, es decir, que siempre han devorado algo en un sitio u otro?

Pero no conseguí que Clogmann comprometiese opinión al respecto. Siempre tuvo la sensación de que la suya era la opinión del *Times*, por así decir, y fue muy reticente, pero sin que eso lo diferenciase de casi todos sus colegas. Ello era demasiado grande para esforzarse en creerlo.

–Si estás en una comisión –dijo mi esposa–, entonces tienes que creerlo.

–Yo creo que parte de la labor de esa comisión es comprobar la validez del asunto en sí.

–¿Lo cree alguno de los miembros?

–Tal vez Basehart. Es entomólogo.

–Yo me siento tonta –dijo mi mujer, sonriendo–, pero he observado insectos acuáticos. Son tan enormes y tan espantosos de todas maneras... quiero decir

que ni siquiera se resienten de que los maten. ¡Pero qué idea más horrible! Nosotros damos por sentado que cuanto no sea humano no protesta si se lo mata.

En nuestra primera reunión oficial de la comisión, Krummer, el hombre del Departamento de Agricultura, habló sobre el mismo tema, pero se expresó en forma un tanto ofensiva acerca de los humanistas. Luego de esbozar el nuevo programa que habían preparado en Washington, una campaña de tres puntas, como él dijo, los insecticidas, el gas venenoso y las radiaciones, se ocupó de la posición de aquellas personas sensibles que aseguraban que nosotros tal vez matamos con excesiva facilidad.

—¿Puede alguien imaginar el desastre que sufriría la humanidad si se permitiese libre acción a los insectos? Hambre mundial, para no mencionar enfermedades, y la desazón consiguiente.

De aquí pasó a trazar un cuadro bastante terrible, a lo cual solamente se opuso Basehart, y aun éste en forma suave. Basehart destacó que el hombre había existido antes que los insecticidas y se alimentó perfectamente bien.

—Hay un equilibrio natural en esta clase de cosas, una totalidad ecológica. Los insectos se comen unos a otros, las aves comen insectos y ciertos animales contribuyen a su vez, y hasta la naturaleza de un modo misterioso restringe lo que se exceda en un sentido u otro. Pero hemos matado a las aves sin misericordia y ahora estamos tratando de matar a los insectos, y seguimos quitando partes de ese ciclo ecológico, y quién sabe adónde nos conducirá.

Pero el hecho principal presentado a la comisión fue que los mensajes de alta frecuencia habían cesado, y una vez que se detenía esa manifestación visible de un deseo tan natural como el de la supervivencia, los partidarios de la duda comenzaron a ejercer su dominio y se dedicaron a demostrar que el público había sido burlado. Dado que fuera del simple hecho aislado de la devastación en Nebraska, no se había advertido cambio alguno en la conducta de los insectos en ningún lugar del planeta, la idea de que se trataba de una burla encontró asidero muy fácilmente. Nombramos a Frank Meyers, para que formase una especie de comisión de un único integrante para que investigara los pros y los contras del asunto y dentro de las dos semanas presentara un informe.

—Esto —expliqué a mi esposa— es la forma normal de proceder en las comisiones; no encontrar, sino perder. Perderemos de vista esta crisis muy pronto.

—Dentro de dos semanas tenemos que partir para Vermont —me hizo notar mi esposa.

—Nos quedaremos aquí todo el verano —le aseguré—. También ésa es la forma normal en que operan las comisiones.

Cuando nos reunimos nuevamente dos semanas después, tanto Krummer como Meyers se expresaron de modo tranquilizador.

Con gran deleite, Krummer nos contó que el Pentágono había unido sus fuerzas con las del Departamento de Agricultura para fabricar un insecticida tan mortífero que un solo cuarto de galón de ese producto, en forma de llovizna fina, mataría

cualquier insecto en la superficie de una milla cuadrada. Sin embargo, era tan mortífero para animales como para seres humanos, inconveniente que ellos esperaban salvar muy pronto. Pero Meyers opinó que la cuestión no debía preocupar mayormente.

—Los de la C.I.A. —explicó— están más o menos conformes en que los rusos son los responsables de las transmisiones. Tienen por doquier aparatos secretos y es parte de su plan general sembrar el temor y la discordia en el mundo libre. Más aún, sabedores de que ellos mismos lo han hecho público, Pravda publicó ayer un largo artículo en el cual nos culpan a nosotros. También me he entrevistado con veintitrés de los principales naturalistas, y todos, excepto uno, están de acuerdo en que el concepto de una inteligencia colectiva de los insectos al nivel de la inteligencia del hombre es absurdo.

—Por supuesto; nuestra labor no será un desperdicio —dijo Krummer—. Me refiero a que un nuevo insecticida valdrá la que pese en oro, y dado que en su forma presente mata hombres con la misma facilidad que insectos, supone agregar armas secretas a nuestro arsenal. Es un ejemplo excelente de la forma en que las diversas ciencias tienden a superponerse, y creo que podemos darle la bienvenida como parte vital de la forma norteamericana de vivir.

—¿Quién fue el hombre de ciencia que no estuvo de acuerdo? —pregunté.

—Basehart —dijo Meyers.

Basehart sonrió modestamente y respondió:

—Yo no creo que deba tomármelo en cuenta, ya que soy miembro de la comisión. Lo cual hace que la opinión científica sea unánime. O por la menos, creo que así es como debe consignarse este asunto.

—¿Todavía cree que eran los insectos? —preguntó la señora Kinderman.

—¡Ah, sí! Ciertamente, sí.

—¿Por qué?

—Sólo porque es lógico y emocionante —dijo Basehart—, y ustedes saben que los rusos son tan desesperadamente melancólicos y faltos de imaginación, que jamás se les ocurriría pensar semejante cosa, ni aunque pasase un millón de años.

—¡Pero una inteligencia colectiva! —objeté yo—. Me desagrada la palabra absurdo, pero podría decir que esto es bastante increíble.

—Nada de eso —replicó Basehart, casi como si pidiera perdón—. Es un concepto muy familiar entre los entomólogos, y desde hace varias generaciones se viene hablando de ello. Reconoceré que lo utilizamos pragmáticamente cuando nos faltan explicaciones más aceptables, ¡pero es tanto lo relativo a insectos de hábitos sociales que no concuerda con ninguna otra explicación! Naturalmente, aquí tratamos de una inteligencia mucho más desarrollada y compleja; pero ¿quién dirá que ésta no sea una línea de evolución absolutamente legítima? Somos como niños en nuestro entendimiento de la forma en que procede la evolución, y en cuanto a su propósito, bueno... ni siquiera hemos empezado a investigar.

–¡Oh, vamos! –dijo Kate Gordon, o tal vez, para describirlo mejor, debería decir que lo bufó–, está poniéndose decididamente teleológico, doctor Basehart, y entre hombres de ciencia creo que esto no tiene defensa.

–¡Oh! –pero por lo visto, Basehart no deseaba discutir–. Tal vez. Sin embargo, algunos de nosotros no podemos menos que ser siquiera un poco teleológicos. No siempre nos sobreponemos a la educación religiosa de nuestra niñez.

–Intelectualmente, se la debe superar –dijo muy relamida Kate Gordon.

–Basehart –dije yo–, supongamos que debamos aceptar esa inteligencia, no como una realidad, sino como un tema de discusión. ¿Deberíamos tener motivo para temerla? ¿Tendría que ser maligna?

–¿Maligna? ¡Ah! No... absolutamente, no. Nunca ha sido ése el concepto que yo tengo de la inteligencia. El mal es mediocre y más bien estúpido. No, la sabiduría no es maligna, todo lo contrario. Pero, tengamos o no que temerlos... bueno, me refiero a que no hemos aportado ninguna explicación satisfactoria. Yo no quiero decir nosotros, los de esta comisión. Hablo de la humanidad. La humanidad sólo avanzó en dos direcciones, en la de convencerse de que una inteligencia de insectos no existía y en la de fabricar un nuevo insecticida. Pero lo que ellos nos piden es que no sigamos matándolos. ¿Qué van a hacer ellos?

–Vamos, vamos –dijo Meyers riendo– ¿no estamos jugando demasiado bien este juego? Hemos formado una comisión de ciudadanos sinceros e interesados, y no me parece que hayamos solucionado el problema. Yo propongo que pasemos a cuarto intermedio hasta el mes de septiembre.

La moción fue aprobada y puesta en práctica.

Mientras nos dirigíamos a nuestra propiedad veraniega de Vermont, mi mujer, Jane, me dijo un tanto entristecida:

–Si nuestro hijo estuviese vivo, yo no dormiría demasiado bien. ¿Sabes una cosa? Hace tres años que murió, y me parece que hubiera sido ayer.

–Vamos a iniciar unas vacaciones para descansar –le dije–, y no soporto esta clase de humor.

–Se trata sencillamente de que a veces dejo de preocuparme. ¿Eso será parte del envejecimiento?

–Nos seguimos preocupando –respondí vivazmente. Pero entendía perfectamente lo que ella quería decir.

Nuestra propiedad de veraneo está situada en un valle aislado y maravilloso de tierra adentro, al igual que tantos otros valles de tierras altas en Vermont, llenos de días soleados y noches frescas, y con un cielo estrellado sobre los verdes pliegues del terreno. Es un lugar donde las horas avanzan de diferente manera y luego de estar allí un tiempo nosotros avanzamos con el ritmo del lugar.

De cuando en cuando teníamos compañía, pero no con demasiada frecuencia ni demasiado numerosa y sobre todo los fines de semana. El pueblo estaba a diez kilómetros, por un camino de tierra, y a algo más de treinta kilómetros de allí se encontraba una colonia de artistas de magnitud bastante respetable, donde funcionaban una orquesta sinfónica y un teatro, ambos de verano, y siempre había muchos con quienes hablar si nos sentíamos solos en nuestra casa. Pero íbamos poco, dos o tres veces por verano y raramente nos sentíamos tristes o solitarios en la forma en que suele entenderse la soledad. Siguiendo nuestro mismo camino, a más o menos un kilómetro y medio, vivía nuestro vecino más cercano, un hombre viudo llamado Glenn Olson, que en el verano preparaba miel y en el invierno jarabe de arce. Ambos eran deliciosos. Los arces que tenía en su casa eran viejos y fuertes y las abejas trabajaban entre las flores silvestres del terreno de pastoreo abandonado.

Tenía intención de visitarlo tanto por la miel como por el jarabe, pero venía difiriendo la visita de día en día. Hasta entonces, nada fue muy diferente, únicamente los días calurosos del verano, y las aves y los insectos que zumbaban indolentemente en el aire cálido. Podríamos haber olvidado todo aquello con sólo que hubiésemos sido poco crédulos, pero de alguna manera había en ambos un pequeño esbozo de creencia. Recibimos una tarjeta postal de Basehart, que se encontraba en las islas Virgenes, donde estaba catalogando especies y tipos de insectos. La tarjeta terminaba con una despedida un tanto sentimental. Ni mi esposa ni yo lo notamos, porque como he dicho, poseíamos una pequeña facultad capaz de creer.

Por supuesto, entonces, hacia el principio del verano, las ciudades morían.

Ha habido muchas especulaciones acerca de insectos y lo que podrían hacer si fuesen como algunos pensaban. Se escribieron artículos, se imprimieron libros apresuradamente y hasta se proyectaron películas. Hubo pesadillas acerca de superinsectos, ejércitos de hormigas, demonios alados; pero nadie aceptaba la simple sencillez del hecho. Los insectos, ante todo, se desplazaban simplemente contra las ciudades. Al parecer, una inteligencia única regía todos los movimientos de los insectos, y que millones de personas perecieran no significó nada que alterase la supervivencia de la inteligencia. Llenaron los acueductos y detuvieron la circulación del agua. Pusieron en corto circuito los cables y cesó el fluir de la electricidad. Consumieron la comida que había en las ciudades y millones de ellos se lanzaron sobre las provisiones que llegaban. Obstruyeron las cloacas y diseminaron enfermedades y las ciudades murieron. Los insectos murieron en millares de millones, pero esta vez ya no fue necesario matarlos. Ellos mismos se impusieron la muerte, y las ciudades ulcerosas, atacadas de malarías y acosadas por plagas murieron junto con ellos.

Primero vimos en la televisión cómo esto sucedía, pero la televisión desapareció muy pronto. Poseemos una torre retransmisora, pero ésta dejó de funcionar a los tres días de iniciarse el ataque contra las ciudades; el cuadro fue luego tan terrible como para perder el sentido y unos pocos días después desapareció. Entonces escuchamos radio hasta que la radio también se acalló. Quedaba el valle como si jamás hubiera existido, el silencio y los insectos pendientes en el aire caluroso, a la luz del sol, y en la obscuridad de las noches.

Mi propia idea fue ir en el auto a la ciudad, y día a día tuve la sensación de que debía hacerlo, pero mi esposa me lo impidió. Su temor de abandonar nuestra casa para ir a la ciudad era tan grande que hasta que el alimento comenzó a escasear, no estuvo de acuerdo en que yo fuese, ni aun acompañado por ella. Nuestro teléfono había dejado de funcionar mucho tiempo atrás, y después de días de no ver un avión por el cielo me di cuenta de que los aviones ya no volaban. Finalmente, yendo en el auto a la ciudad, nos detuvimos en la casa de Glenn Olson para preguntarle si él sabía cómo estaba el pueblo, y para comprar tal vez algo de miel y jarabe. Lo encontramos muerto en su dormitorio; no muerto desde mucho antes, tal vez sólo desde el día anterior. Había sido picado en un antebrazo tres veces mientras dormía. Mi mujer, que en un tiempo fue enfermera, explicó el proceso mediante el cual tres pinchazos consecutivos de abeja bastarían para matar a un hombre. El aire estaba lleno de abejas que zumbaban, trabajaban y volaban.

–Creo que volveremos a casa –dije.

–No podemos dejarlo así.

–Podemos –dije, pensando. que millones de otros seres estaban igual que él.

Olson tenía una alacena bien provista. Llené algunas bolsas con mercaderías en lata, harina, habas, miel en tarros y jarabe de arce, y llevé todo al auto, mientras Jane se quedaba en la casa. Luego cubrí el cadáver de Olson con una frazada y tomé a Jane de un brazo.

–No quiero ir allí –dijo.

–Bueno, debes saber que no tenemos otra solución. Aquí no podemos quedarnos.

–Tengo miedo.

–Pero no podemos quedarnos aquí.

Finalmente la convencí y fuimos al auto. Tenía los brazos cubiertos y sostenía una toalla sobre la cara, pero las abejas no hicieron caso de nosotros. En el auto levantamos las ventanillas y volvimos a nuestra casa de verano, a la cual entramos casi corriendo.

Sin embargo, me sobrepuse al pánico y resistí la tentación de cubrirme con telas de mosquitero. Hablé con Jane y finalmente la convencí de que aquello no era algo que pudiera evitarse o contra lo cual fuera posible tomar medidas. Era como el viento, la lluvia, la salida y la puesta del sol. Sucedió y nada que hiciésemos lo alteraría.

–Alan, ¿le ocurrirá a todo el mundo? –me preguntó–. ¿Será así en el mundo entero?

–No sé.

–¿Qué beneficio aportaría a ellos el que esto alcance a todo el mundo?

–No querría vivir si le sucediese a todos.

–No es cuestión de la que nosotros queramos. Es la forma en que las cosas se presentan. Sólo podemos vivir con esto tal como es.

Sin embargo, cuando volví al automóvil para recoger las provisiones que habíamos tomado de la casa de Olson, tuve que apelar a cuanto coraje y fuerza poseía.

Las cosas fueron algo mejor al día siguiente, y al tercer día pude inducir a Jane a que saliese de la casa conmigo para caminar un rato.. Al principio se negó, pero al cabo de poco su temor comenzó a desaparecer y entonces, paulatinamente, aquello se convirtió en algo con lo cual se vive, como supongo que todo puede convertirse. La semana siguiente yo me senté a escribir este relato. He estado trabajando en él tres días. Ayer una abeja se posó en el dorso de mi mano, una abeja obrera zumbadora, escandalosa y grande. Sostuve la mano con firmeza. miré a la abeja y la abeja me devolvió la mirada.

Entonces se alejó volando, y tuve una sensación de que todo había sucedido y de que lo pasado no se repetiría. Pero cómo lo recibiríamos y cómo volveríamos a acomodarnos a la vida, yo no lo sé. Anoche hablé de ello con mi esposa.

–¡Ojalá que Basehart esté vivo y bien! –dijo–. Me gustaría volver a verlo.

Lo cual resultó bastante curioso, dado que lo único que ella sabía al respecto de Basehart era lo que yo le había contado.

Después se echó a llorar. No era mujer que llorase mucho y pronto se enjugó las lágrimas y se dedicó a coser no sé qué cosa que había dejado abandonada semanas antes. Encendí la pipa. Fue lo último que hice aquel día. Estábamos sentados y en silencio cuando oscureció.

Encendí nuestra pequeña lámpara de kerosene y ella me dijo:

–Más pronto o más tarde tendremos que ir al pueblo, ¿no es verdad?

–Más pronto o más tarde –le dije.

## La galaxia maldita

Edmond Hamilton

*The accursed galaxy*, © 1935 by Street & Smith Publications Inc. (*Astounding Science Fiction*, Julio 1935). Traducción de Horacio González Trejo en *La edad de oro de la ciencia ficción*, tomo 2, recopilada por Isaac Asimov, Ediciones Martínez Roca S.A., 1976.

*Yo estaba familiarizado con el fenómeno de la expansión del universo y el alejamiento de las galaxias antes de leer La galaxia maldita, porque conocía las popularísimas obras de Arthur S. Eddington y James Jeans sobre relatividad y astronomía. Sin embargo, me pareció que nadie como Hamilton había descripto tan a lo vivo las galaxias que se alejan, y nunca he leído una explicación tan dramática y sugestiva de tales fenómenos como la de este cuento. A veces me parece que casi creo en ella.*

*Nunca he adoptado el punto de vista de Hamilton sobre la vida como una enfermedad cósmica en mis obras de ciencia ficción, pero en un artículo científico titulado Recipe for a planet y publicado en «The Magazine of Fantasy and Science Fiction», de julio de 1961, escribí una receta imaginaria para la creación de un planeta, extraída de un supuesto «Libro de cocina de la Abuela estelar».*

*Un pasaje de la misma decía: «Enfriese lentamente hasta que se endurezca la corteza y aparezca una delgada película de gas y humedad. (Si no aparece, es que se ha calentado en exceso.) Póngase en órbita a distancia adecuada de una estrella y hágase girar. Después de varios miles de millones de años, la superficie fermentará. Según los expertos, la parte fermentada, a la que llaman vida, es la más substanciosa del guiso.»*

*Quizás esto no parezca gran cosa, pero aquí no hay influencia inconsciente. Cuando escribí que la superficie fermentaba, recordé muy conscientemente La galaxia maldita de Hamilton, que había leído veintiséis años antes.*

**Isaac Asimov**

Un sonido tenue y agrio como mil hojas de papel rasgándose aumentó con la velocidad del rayo hasta convertirse en un rugido vibrante que obligó a Garry Adams a ponerse en pie de un salto.

Corrió a la puerta de la cabaña y, al abrir, vio como una espada de fuego blanco que hendía verticalmente la noche y oyó un súbito estampido ensordecedor en la lejana obscuridad.

Luego todo volvió a quedar oscuro e inmóvil. Pero abajo, en el valle débilmente iluminado por las estrellas, una nube de humo empezaba a elevarse poco a poco.

—¡Santo cielo, un meteorito! —exclamó Garry—. Ha caído en mis narices.

De repente se le iluminaron los ojos.

–¡Qué tema para un artículo! Periodista Único Testigo De Caída Meteorito...

Cogió una linterna del estante situado junto a la puerta, y un minuto después bajaba corriendo por el tosco sendero que serpenteaba desde su cabaña en la cumbre de la colina y a través de la pendiente boscosa hasta el valle.

Cincuenta semanas al año, Garry Adams era periodista de uno de los matutinos neoyorquinos más sensacionalistas. Pero todos los veranos pasaba dos semanas en su cabaña solitaria, al norte de los Adirondacks, y se quitaba de la cabeza el eco de los asesinatos, los escándalos y la corrupción.

–Ojalá quede algo –murmuró mientras tropezaba con una raíz en la oscuridad–. Podría valerme una foto a tres columnas.

Se detuvo un instante donde el sendero salía del bosque, y contempló la oscuridad del valle. Divisó el lugar donde aún se alzaba un poco de humo, y se lanzó sin vacilación hacia allí, por entre los árboles.

Las zarzas desgarraron los pantalones de Garry y le arañaron las manos, mientras las ramas azotaban y lastimaban su rostro a medida que se abría paso. En una ocasión se le cayó la linterna y le costó bastante encontrarla. Pero algo más tarde oyó crepitar de llamas y olió el humo. Pocos minutos después salió a un cráter de treinta metros, abierto por el impacto del meteorito.

Los matorrales y el césped, que se habían incendiado al calor del impacto, ardían débilmente en varios lugares al borde del cráter, y el humo entró en los ojos de Garry. Se echó atrás, pestañeando, y luego vio el meteorito.

No se trataba de un meteorito corriente. Lo comprendió al primer vistazo, pese a que el objeto estaba semienterrado en la tierra blanda que había desparramado a su alrededor. Era un poliedro resplandeciente de unos tres metros de diámetro, y su superficie estaba formada por un gran número de pequeñas facetas planas, de forma perfectamente geométrica. Un poliedro artificial caído del espacio exterior.

Garry Adams miraba y, mientras lo hacía, los titulares que imaginaba su mente se convirtieron en grandes titulares a toda plana:

«¡Meteorito Disparado desde el Espacio! ¡Periodista Encuentra Nave del Espacio que Contiene...!»

¿Qué contenía? Garry avanzó con precaución un paso, temiendo el calor que presagiaba el resplandor blanco. Sorprendido, descubrió que el poliedro no estaba caliente. El terreno bajo sus pies estaba caliente a causa del impacto, pero el objeto con facetas no.

Comoquiera que fuese, aquel brillo no era debido al calor .

Garry lo observó frunciendo sus negras cejas, tras las cuales trabajaba febrilmente su cerebro. Llegó a la conclusión de que debía ser un objeto fabricado por seres inteligentes en algún lugar del espacio.

Difícilmente podría contener seres vivos, pues éstos no habrían sobrevivido a la caída. Pero tal vez hubiera libros, máquinas, diseños...

Garry adoptó una decisión repentina. Aquel reportaje era demasiado importante para él solo. Conocía al hombre que necesitaba.

Deshizo camino por entre los árboles hasta el sendero y continuó por éste, no de regreso a la cabaña, sino hacia el valle, hasta llegar a una estrecha carretera de tierra.

Una hora de caminata lo condujo a un camino algo mejor y al cabo de otra hora más llegó, cansado pero vibrante de excitación, aun villorrio a oscuras y dormido.

Garry llamó a la puerta del almacén principal hasta que un tendero quejumbroso y soñoliento apareció en camisa de dormir y lo hizo pasar. Se dirigió directamente hacia el teléfono.

—Quiero hablar con el doctor Ferdinand Peters, del observatorio de la Universidad de Manhattan, de New York —le ordenó a la operadora—. Siga llamando hasta que se ponga.

Diez minutos después, la voz soñolienta e irritada del astrónomo resonó en sus oídos:

—Hola, ¿quién habla?

—Doctor, soy Garry Adams —respondió Garry prontamente—. ¿Se acuerda de mí? Soy el periodista que el mes pasado escribió una gacetilla sobre sus investigaciones solares.

—Recuerdo que su artículo contenía no menos de treinta errores —puntualizó con mordacidad el doctor Peters—. ¿Qué diablos quiere a esta hora de la noche?

—Garry habló durante cinco minutos y cuando terminó hubo un silencio tan largo, que le hizo exclamar:

—¿Me oye? ¿Sigue ahí?

—Claro que estoy aquí... no grite tanto —replicó la voz del astrónomo—. Estaba meditando.

Empezó a hablar rápidamente:

—Adams, iré hasta ese pueblo ahora mismo, si es posible en avión. Espéreme y saldremos a inspeccionar su hallazgo. Si me ha dicho la verdad, tiene un artículo que le hará famoso para siempre.

Si me engaña lo despellejaré vivo, aunque tenga que perseguirlo por todo el mundo para conseguirlo.

—Haga lo que quiera, pero que no se entere nadie —advirtió Garry—. No quiero que lo sepa otro periódico.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo el científico—. A mí no me importa si se entera otro de sus mugrientos periódicos o no.

Cuatro horas después, Garry Adams divisó por entre la niebla matinal el avión a punto de aterrizar al este del pueblo. Media hora más tarde, el astrónomo se reunía con él.

El doctor Peters vio a Garry y se acercó en línea recta. Los ojos negros de aguda expresión tras las gafas de Peters, y su rostro ascético y afeitado, mostraban al mismo tiempo duda y excitación contenida.

Como era característico en él, no perdió tiempo en saludos ni otros preliminares.

—¿Está seguro de que es un poliedro geométrico? ¿No podría ser un meteorito natural de forma aproximadamente regular? —inquirió.

—Espere a verlo con sus propios ojos —le respondió Garry—. He alquilado un coche que nos llevará casi hasta el lugar.

—Lléveme primero hasta el avión —ordenó el doctor—. He traído algunas herramientas que pueden sernos útiles.

Resultó que eran palancas, llaves inglesas y llaves fijas de excelente acero, así como un soplete oxiacetilénico completo, con los tubos necesarios. Lo cargaron en la parte trasera del coche y luego subieron para recorrer el difícil camino de montaña hasta llegar al comienzo del sendero.

Cuando el doctor Peters llegó con el periodista hasta el claro donde se hallaba el poliedro resplandeciente semienterrado, lo observó unos instantes en silencio.

—¿Y bien? —preguntó Garry, impaciente.

—Es indudable que no se trata de un meteorito natural.

—Pero ¿qué es? —exclamó Garry—. ¿Un proyectil de otro mundo? ¿Qué contiene?

—Lo sabremos cuando lo hayamos abierto —respondió Peters calmoso—. Ante todo hay que quitar la tierra para poder examinarlo.

Pese a la aparente calma del astrónomo, Adams vio en sus ojos un brillo especial mientras llevaban el pesado equipo desde el automóvil hasta el claro. La energía impetuosa que el doctor Peters ponía en la tarea era indicio aún más seguro de su interés. En seguida se pusieron a quitar la tierra de alrededor del objeto. Fueron dos horas de trabajo arduo hasta que todo el poliedro apareció descubierto a sus ojos, lanzando todavía destellos blancos bajo la luz del sol matinal. El científico realizó un minucioso análisis exterior del objeto resplandeciente, y meneó la cabeza.

—No se parece a ninguna de las sustancias terrestres que conocemos. ¿Hay algún indicio de puerta o una rendija?

—Nada —respondió Garry, y agregó en seguida—: Pero en una de las facetas hay algo, una especie de diagrama.

El doctor Peters se acercó rápidamente. El periodista señaló lo que había descubierto: un dibujo curioso y complicado, grabado en la parte superior de una faceta del poliedro.

El diagrama representaba una densa nube de puntos en espiral. A cierta distancia del conglomerado central se veían otros grupos de puntos grabados, en su mayoría dispuestos también en forma espiral. Sobre el curioso diagrama aparecía una hilera de símbolos desconocidos y complicados.

–¡Cielos! ¡Es una inscripción, una especie de jeroglífico! –exclamó Garry–. ¡Me gustaría tener un fotógrafo aquí!

–Y una muchacha bonita que se sentara aquí con las piernas cruzadas para prestar su encanto a la foto –se burló Peters–. No sé cómo puede pensar en su maldito periódico en presencia de... esto –sus ojos brillaban con excitación contenida–, Naturalmente, no podemos adivinar el significado de los símbolos. Sin duda, indican algo acerca del contenido de este objeto. Pero el diagrama...

–¿Qué cree que significa? –preguntó Garry, excitado, cuando el astrónomo se interrumpió.

–Esos grupos de puntos parecen representar galaxias –respondió Peters lentamente–. El principal, sin duda, simboliza nuestra galaxia, que tiene exactamente esa forma espiral, y los demás equivalen a otras galaxias del cosmos. Pero están demasiado cerca de la nuestra; las demás... están demasiado cerca. Si realmente se hallaban tan cerca cuando fue construido este objeto, ello significaría que el universo apenas había comenzado a dilatarse.

Olvidando sus especulaciones, se dirigió con rapidez hacia las herramientas.

–Vamos, Adams. Intentaremos abrirlo por el lado contrario al de la inscripción. Si las palancas no sirven, usaremos el soplete.

Dos horas después, Garry y el doctor Peters, agotados, sudorosos y contrariados, retrocedieron y se miraron con mudo desaliento. Sus esfuerzos por abrir el misterioso poliedro habían fracasado completamente.

Las herramientas más afiladas no habían hecho mella en las paredes resplandecientes. El soplete oxiacetilénico tampoco sirvió de nada, su llama ni siquiera parecía calentar el material. Los distintos ácidos que el doctor Peters había traído tampoco lo atacaron.

–Sea lo que sea –jadeó Garry–, juraría que es la materia más resistente e inatacable que conozco.

El astrónomo asintió levemente y agregó:

–Suponiendo que sea materia.

–Garry le miró de hito en hito.

–¿Suponiendo que lo sea? ¡Pero si podemos verla! Es tan sólida y real como nosotros mismos.

–Es sólida y real –repitió Peters–, pero eso no demuestra que sea materia. Creo que es un tipo de energía cristalizada por algún procedimiento no humano y desconocido, que le confiere aspecto de poliedro sólido. ¡Energía condensada!

Creo que nunca lograremos abrirla con herramientas corrientes. Éstas servirían para cualquier material, pero no con esto.

El periodista le miró con perplejidad, y luego se volvió hacia el misterio resplandeciente.

—¿Fuerza condensada? y entonces ¿qué haremos?

Peters meneó la cabeza.

—El problema es superior a mis conocimientos. No se me ocurre ninguna manera de...

Se interrumpió de súbito. Garry levantó la mirada y vio en el rostro del científico un extraño gesto de atención.

Era también una expresión de sorpresa, como si una parte de su cerebro se sorprendiera ante algo que otra parte le decía.

Al cabo de un rato, el doctor Peters reanudó su discurso, con parecida expresión de sorpresa en la voz.

—¿De qué estoy hablando? ¡Seguro que podemos abrirlo! Se me acaba de ocurrir algo... Este objeto está hecho de energía cristalizada. Bien, sólo necesitamos des cristalizar esa energía, disolverla mediante la aplicación de otras energías.

—Tal empresa seguramente excede nuestros recursos técnicos —exclamó el periodista.

—De ningún modo. Puedo hacerlo fácilmente, aunque necesitaré medios más completos —replicó el científico. Sacó del bolsillo un sobre y un lápiz y redactó rápidamente una lista de material—. Regresemos al pueblo; he de llamar a New York para que me traigan estas cosas.

Garry aguardó en la tienda del pueblo mientras el astrónomo leía la lista por teléfono. Cuando terminó y regresaron al claro entre los árboles del valle, era ya de noche.

El poliedro resplandecía pavorosamente en la obscuridad, como un enigma materializado y polifacético. Garry tuvo que apartar a su compañero de su contemplación fascinada. Finalmente subieron hasta la cabaña, donde guisaron y comieron una precaria cena.

Después de cenar, ambos se sentaron e intentaron jugar a las cartas bajo la luz de la lámpara de petróleo. Ambos permanecieron en silencio, salvo para pronunciar los monosílabos de la partida.

Cometían un error tras otro, hasta que por último, Garry Adams arrojó las cartas sobre la mesa.

—¿Qué sentido tiene jugar a las cartas? Los dos estamos demasiado distraídos por ese maldito asunto como para pensar en otra cosa, Admitamos que estamos muertos de curiosidad. ¿De dónde procede ese objeto y qué contiene? ¿Qué

significan esos símbolos y el diagrama que según dijo usted representa las galaxias? No puedo quitármelo de la cabeza.

Peters asintió, pensativo.

—Una cosa así no ocurre todos los días, Creo que jamás ha caído en la Tierra nada semejante.

Contemplaba fijamente la tenue llama de la lámpara, con los ojos abstraídos y el rostro ascético fruncido en una expresión de interés y perplejidad.

Garry recordó algo:

—Cuando vimos aquel extraño diagrama, usted dijo que podría significar que el poliedro fue construido cuando el universo comenzaba a dilatarse. ¿Qué diablos quiso decir? ¿Acaso se dilata el universo?

—Claro que sí. Creí que era del dominio común —comentó el doctor Peters irritado, pero luego sonrió—. Como casi siempre me relaciono con científicos, olvido cuán absolutamente ignorante es la mayoría de la gente con respecto al universo en que viven.

—Gracias por el cumplido —dijo Garry—. Hágame el favor de aliviar un poco mi ignorancia sobre esta cuestión.

—De acuerdo —accedió el otro—. ¿Sabe qué es una galaxia?

—Una multitud de estrellas como nuestro sol, ¿no es así...? Una gran cantidad de astros.

—Sí; nuestro sol es sólo uno de los billones de estrellas de la gran formación a la que llamamos nuestra galaxia. Sabemos que tiene una configuración aproximadamente espiral y que, mientras flota en el espacio, toda la espiral gira sobre su centro. Ahora bien, en el espacio hay otras galaxias además de la nuestra, otras grandes poblaciones de estrellas. Más aún, se calcula que son billones y que cada una, naturalmente, contiene billones de estrellas. Pero, y los astrónomos han considerado esto como algo curioso, nuestra galaxia es manifiestamente mayor que cualquiera de las demás. Esas otras galaxias se hallan a distancias enormes de la nuestra. La más próxima está a más de un millón de años-luz, y las demás mucho más lejos. y todas se mueven a través del espacio; cada formación estelar recorre el vacío. Nosotros, los astrónomos, hemos logrado averiguar la velocidad y dirección de sus movimientos. Cuando una estrella o una multitud de estrellas se mueve en relación con el observador, tal movimiento produce una modificación de su espectro. Si la formación se aleja del observador, sus líneas espectrales se desplazarán hacia el extremo rojo del espectro. Cuanto más rápido se aleje, mayor será el corrimiento hacia el rojo. Hubble, Humason, Slipher y otros astrónomos, han medido la velocidad y dirección del movimiento de muchas galaxias. Descubrieron algo sorprendente, algo que ha provocado gran sensación en los círculos astronómicos. ¡Descubrieron que las demás galaxias huyen de nosotros! No es que algunas se alejen de nosotros, sino que lo hacen todas. ¡En todas partes, todas las galaxias del cosmos se alejan de la nuestra! y lo hacen a velocidades tan altas como veinticinco mil kilómetros por segundo, que es casi un décimo de la velocidad de

la luz. Al principio los astrónomos no dieron crédito a sus observaciones. Les parecía increíble que todas las demás galaxias huyeran de la nuestra, y durante cierto tiempo se supuso que algunas de las más cercanas no retrocedían. Pero se demostró que esto era un error de observación, y ahora aceptamos el hecho increíble de que todas las demás galaxias huyen de la nuestra. ¿Qué significa esto? Significa que debió existir una época en la que todas esas galaxias que ahora se alejan estaban reunidas con la nuestra en una única super-galaxia gigante, que contenía todas las estrellas del universo. Mediante cálculos basados sus velocidades y distancias actuales, sabemos que esa época se sitúa hace aproximadamente dos mil millones de años. Por algún motivo, esa supergalaxia estalló y sus partes exteriores salieron volando en todas direcciones por el espacio. Los fragmentos desprendidos son las galaxias que todavía siguen alejándose. Sin duda, la nuestra es el centro o corazón de la super-galaxia original. ¿Qué provocó el estallido de la super-galaxia gigantesca? No lo sabemos, aunque se han postulado muchas teorías. Sir Arthur Eddington supone que el estallido fue provocado por algún principio desconocido de repulsión de la materia, al cual denomina la constante cósmica. Otros han postulado que el mismo espacio se halla en expansión, explicación aún más increíble. Cualquiera que sea la causa, sabemos que esa super-galaxia estalló, y que las nuevas galaxias formadas por esa explosión, huyen de la nuestra a velocidades colosales.

Garry Adams había escuchado atentamente al doctor Peters mientras éste hablaba de modo rápido y nervioso. Su rostro delgado y tostado por el sol del día anterior estaba serio, a la luz de la lámpara.

–Es extraño –comentó–. Un cosmos donde todas las demás galaxias huyen de nosotros. Pero el diagrama del poliedro... ¿dijo que habría sido construido al principio de la expansión?

–Sí –asintió Peters–. Comprenderá que ese diagrama debe ser obra de seres inteligentes o superinteligentes, pues ya sabían que nuestra galaxia es espiral y así la reprodujeron. Además, representaron las demás galaxias muy cerca de la nuestra. En resumen, ese diagrama debió ser hecho poco después de la expansión primordial, cuando las demás galaxias empezaron a alejarse de la nuestra. Eso sucedió hace aproximadamente dos mil millones de años, como ya he dicho. Dos mil millones de años. Si ese poliedro fue realmente construido hace tanto tiempo...

–Es suficiente como para enloquecer a fuerza de especulaciones –dijo Garry Adams y se puso de pie–. Me voy a la cama, aunque no sé si podré dormir.

El doctor Peters se encogió de hombros.

–Me parece buena idea. El material que solicité no llegará hasta mañana.

Después de ocupar la litera superior de la cabaña, Garry Adams se quedó pensando, a oscuras, ¿Qué podía ser aquel visitante del espacio exterior, y qué encontrarían cuando la abrieran?

Sus cavilaciones se fundieron entre las nieblas del sueño, de las que salió de repente para descubrir la cabaña brillantemente iluminada por la luz de la

mañana. Despertó al científico, y después de un rápido desayuno bajaron hasta la encrucijada adonde el doctor Peters había pedido que transportaran el equipo solicitado.

Al cabo de media hora, un camión rápido se acercó por el estrecho camino, Ellos se acercaron para ayudar a descargar los materiales que traía. Luego el conductor subió a su vehículo y se volvió por donde había venido.

Garry Adams contempló el material con aire dubitativo, Le parecía demasiado sencillo, pues se reducía a una docena de recipientes lacrados conteniendo sustancias químicas, unas grandes botellas de cobre y vidrio, unos rollos de alambre de cobre y algunas varas de ebonita.

Se volvió hacia el doctor Peters, que también examinaba sus pertenencias.

–Le aseguro que esto me parece un montón de chatarra –comentó el periodista–. ¿Cómo va a servirle para descristalizar la energía del poliedro?

El doctor Peters le dirigió una ojeada distraída.

–No lo sé –respondió lentamente.

–¿No la sabe? –repitió Garry–. ¿Qué significa eso? Ayer afirmó que sabía cómo hacerlo. y así debía ser, puesto que encargó estos materiales.

El astrónomo parecía confuso.

–Recuerdo que cuando redacté la lista de los materiales sabía cómo hacerlo. Pero ahora no. No tengo ni la menor idea acerca de cómo podrían servirme para abrir el poliedro.

Garry dejó caer los brazos y miró con incredulidad a su compañero. Estaba apunto de decir algo pero, al observar la evidente contrariedad del otro, se contuvo.

–Bien, pues tomemos esos materiales para llevarlos hasta el poliedro –propuso–. Tal vez recuerde entonces el proyecto que ha olvidado.

–Nunca me había ocurrido nada semejante –murmuró Peters en el colmo del desconcierto, mientras ayudaba a levantar los avíos–. No sé lo que me pasa.

Salieron al claro donde el enigmático poliedro resplandecía como siempre. Mientras dejaban su carga, Peters estalló en súbita carcajada.

–¡Pues claro que sé cómo emplear este material con el poliedro! Es bastante sencillo.

Garry se volvió, mirándole fijamente.

–¿Lo ha recordado?

–Por supuesto –respondió el científico, muy seguro–. Alcánceme la caja más grande que dice «óxido de bario» y dos recipientes. Pronto estará abierto.

El periodista, con la boca abierta de sorpresa, vio cómo Peters comenzaba a trabajar con gestos exactos y decididos. Las sustancias químicas burbujearon en los recipientes a medida que iba preparando sus combinaciones.

Trabajó con rapidez, sin pedir ayuda al periodista. Su eficiencia y su confianza eran tan absolutas, tan distintas a su actitud de minutos antes, que hizo surgir en la mente de Adams una idea insólita. Dirigiéndose a Peters, le preguntó de sopetón:

—Doctor, ¿está seguro de lo que hace ahora?

Peters le miró con impaciencia.

—Claro que sí —replicó bruscamente—. ¿No se nota?

—¿Me hace el favor? —pidió Garry—. ¿Quiere acompañarme hasta el lugar del camino donde descargamos el equipo?

—¿A qué diablos viene eso? —inquirió el científico—. He de terminar mi trabajo.

—Hágame caso; no le pido una tontería, sino algo importante —afirmó Garry—. Venga, por favor.

—¡Bah!, ¡maldita sea su tontería! Ya voy, ya voy —dijo el científico, abandonando la tarea—. Vamos a perder media hora.

Molesto, regresó con Garry hasta el camino de tierra, a unos ochocientos metros del poliedro.

—Bien, ¿qué quiere mostrarme? —gruñó, mirando alrededor.

—Sólo quiero preguntarle algo —dijo Garry—. ¿Todavía recuerda cómo abrir el poliedro?

La expresión del doctor Peters reflejó una ira incontenible.

—¡Mire usted con qué necedades me hace perder tiempo! ¡Claro que lo...!

De pronto se interrumpió, con una mueca de pánico en el rostro. Era el terror ciego ante lo desconocido.

—¡Lo he olvidado! —gritó—. ¡Lo supe allá, hace pocos minutos, pero ahora ni siquiera recuerdo qué estaba haciendo!

—Lo suponía —observó Garry Adams y, aunque su voz era tranquila, un súbito escalofrío recorrió su espalda—. Cuando está cerca del poliedro sabe muy bien cómo realizar una operación que es inaccesible a la ciencia humana actual. Pero cuando se aleja, no sabe más que cualquier otro científico. ¿Comprende lo que significa esto?

El rostro de Peters reveló que había comprendido.

—¿Cree que hay algo..., algo en ese poliedro que sugiere a mi mente el modo de abrirlo? —abrió los ojos—. Parece increíble pero podría ser cierto. Ningún científico

de la Tierra sabría cómo fundir esa energía condensada. ¡Pero cuando estoy allí, al lado del poliedro, sé cómo hacerlo!

Sus miradas se encontraron.

–Si alguien quiere abrir –dijo Garry lentamente–, ese alguien está dentro del poliedro. Alguien que no puede abrirlo por dentro, pero sí conseguir que usted lo haga por fuera.

Durante algunos segundos permanecieron mirándose bajo la cálida luz del sol. Los árboles exhalaban aroma a hojas tibias y se oía el soñoliento zumbido de los insectos. Cuando el periodista volvió a hablar, bajó la voz sin darse cuenta.

–Regresemos –propuso–. Regresemos y si, cuando estemos cerca de él, usted recuerda cómo hacerlo, tendremos la certeza.

Regresaron en silencio al lado del poliedro, meditabundos. Aunque no dijo nada, a Garry se le erizaron los cabellos cuando entraron en el claro y se acercaron al objeto resplandeciente.

Cuando estuvieron bastante cerca, Peters volvió súbitamente su rostro lívido hacia el periodista.

–¡Tenía razón, Garry! –exclamó–. ¡Ahora que estoy otra vez aquí, he recordado de repente cómo abrirlo! Como usted dijo, alguien me lo sugiere; alguien que hace muchos milenios fue encerrado aquí y desea... libertad.

Un súbito terror extraño se apoderó de ambos, petrificándolos como si hubieran recibido el soplo helado de lo desconocido. En simultánea reacción de pánico, se volvieron apresuradamente.

–¡Vámonos! –gritó Garry–. ¡Por Dios, huyamos de aquí!

Sólo habían avanzado cuatro pasos, cuando una idea surgió fuerte y clara en el cerebro de Garry: «¡Alto!»

La súplica fue tan poderosa en su mente como si hubiera resonado en sus oídos.

Mientras se detenían, Peters miró a su compañero con ojos desorbitados.

–Yo también lo he oído –susurró.

«¡Esperad, no os marchéis!», llegó el rápido mensaje de pensamiento hasta sus mentes. «¡Oídmelo al menos, permitidme daros una explicación antes de escapar!»

–¡Huyamos mientras podamos! –le gritó Garry al científico–. Lo que hay en esa cosa, Peters, lo que está hablando a nuestras mentes, no es humano, no es de la Tierra. Llegó del espacio exterior, donde ha permanecido muchos milenios. ¡Alejémonos!

Pero el doctor Peters miraba el poliedro fascinado. Su rostro no reflejaba la lucha de sus sensaciones contradictorias.

–Voy a quedarme y escuchar, Garry –dijo de improviso–. Necesito averiguar cuanto pueda... ¡Si usted fuera científico, me comprendería! Váyase; usted no tiene motivos para quedarse. Pero yo he de volver.

Garry le miró y luego hizo una mueca, todavía algo pálido a pesar de su tez tostada y dijo:

–Si a usted, doctor, le domina la curiosidad científica, a mí me puede el oficio de periodista. Le acompaño. ¡Pero, por favor, no toque sus aparatos; no intente abrir el poliedro sin que sepamos algo acerca de lo que hay en su interior!

El doctor Peters asintió en silencio, y luego ambos regresaron lentamente hasta el poliedro resplandeciente. Les parecía que el mundo, iluminado por la luz familiar del mediodía, se había vuelto súbitamente irreal. Cuando estuvieron cerca del poliedro, el mensaje mental llegó con más fuerza a los cerebros de los dos hombres.

«Noto que os habéis quedado. Acercaos al poliedro; sólo mediante un enorme esfuerzo mental puedo lograr que mis pensamientos atraviesen este caparazón de energía aislante.»

Se acercaron, indecisos, hasta casi tocar el objeto polifacético y resplandeciente.

–¡Recuerde que no importa lo que nos diga o prometa! ¡No hay que abrir todavía!  
–le susurró ásperamente Garry al científico.

El científico asintió, inseguro.

–Tengo tanto miedo de abrirlo como usted.

Ahora los mensajes mentales llegaban más claramente desde el poliedro hasta sus cerebros.

«Como habéis adivinado, estoy prisionero en esta cápsula de energía condensada. Durante un tiempo casi más largo del que podríais concebir, he estado prisionero aquí. Finalmente, mi prisión ha sido dirigida hacia vuestro mundo, sea cual fuere. Ahora necesito vuestra ayuda y noto que tenéis demasiado miedo. Si os explico quién soy y cómo he venido a parar aquí, no tendréis tanto miedo. Por eso quiero que me escuchéis.»

A Garry Adams le parecía estar viviendo una pesadilla mientras los pensamientos del poliedro llegaban a su cerebro.

«No sólo os comunicaré lo que deseo decir mediante mensajes de pensamiento, sino que lo haré visualmente a través de imágenes mentales, para que podáis comprender mejor. Desconozco la capacidad de vuestros sistemas mentales para recibir tales imágenes, pero voy a procurar que sean claras. No intentéis reflexionar sobre lo que veréis; dejad que vuestros cerebros permanezcan en un estado receptivo. Veréis lo que deseo que veáis y comprenderéis, al menos parcialmente, pues mis pensamientos irán acompañados de las impresiones visuales.»

Garry sintió un repentino pánico, pues de súbito el mundo pareció desvanecerse a su alrededor. El doctor Peters, el poliedro, toda la escena iluminada por el sol del

mediodía desaparecieron en un instante. En vez de hallarse bajo la luz diurna, a Garry le parecía colgar de la bóveda negra del cosmos. Un vacío sin luz y sin aire.

A su alrededor sólo existía aquella negrura vacía, pero abajo, muy abajo, se divisaba una nube colosal de estrellas en forma de globo achatado. Los astros se contaban por millones de millones.

Garry supo que veía el universo tal como era hacía dos mil millones de años. Supo que bajo él se hallaba la super-galaxia gigante que contenía todas las estrellas del cosmos. Luego le pareció que se acercaba al poderoso cúmulo con la rapidez del pensamiento, y entonces vio que los mundos de aquellos soles estaban habitados.

Sus habitantes eran seres racionales hechos de energía, y cada uno semejaba una gran columna de luz azul brillante, coronada por un disco. Eran inmortales; no necesitaban alimento; recorrían el espacio y la materia en todas direcciones. Eran los únicos seres racionales de toda la super-galaxia, y dominaban la materia inerte casi a su entera voluntad.

En ese momento, el punto de mira de Garry pasó a un mundo próximo al centro de la super-galaxia. Allí vio una sola criatura compuesta de energía concentrada, que hacía experimentos con la materia. Trataba de crear nuevas formas con ella, combinando y recombinando los átomos en infinitas variaciones.

De súbito, obtuvo una combinación de átomos que produjo resultados extraños. La materia formada tenía existencia propia. Podía recibir un estímulo, recordarlo y modificarlo. También era capaz de asimilar nueva materia, y de este modo crecer.

El experimentador quedó fascinado por este extraño avatar de la materia. Lo intentó a mayor escala, y la materia enferma se extendió y asimiló cada vez más materia inerte. A esta enfermedad de la materia le dio un nombre, que en la mente de Garry se tradujo como «vida».

Esta extraña enfermedad, la vida, escapó del laboratorio del experimentador y empezó a proliferar por el planeta. Se multiplicó por todas partes, infectó cada vez más materia. El experimentador quiso extirparla, pero la infección se había extendido demasiado. Por último, él y sus compañeros abandonaron el mundo enfermo.

Pero la enfermedad pasó de éste a otros mundos. Sus esporas, impulsadas por la energía luminosa hacia otros soles y planetas, se difundieron en todas direcciones. La enfermedad era adaptable, adoptaba formas diferentes en mundos distintos y siempre crecía y se propagaba incesantemente.

Los seres hechos de energía reunieron sus fuerzas para barrer esa infección abominable, pero no pudieron. Cuando la extirpaban de un mundo, se extendía a otros dos. Siempre se les escapaba alguna espora escondida. Poco después, todos los mundos de la parte central de la super-galaxia quedaron infectados por la plaga de vida.

Garry vio que los seres de energía realizaban un último y grandioso intento por extirpar aquella dolencia que infectaba su universo. El intento fracasó; la plaga

siguió extendiéndose sin oposición. Entonces los seres de energía comprendieron que se extendería hasta infectar todos los mundos de la super-galaxia.

Decidieron impedirlo a toda costa. Resolvieron hacer estallar la super-galaxia, para separar las partes exteriores incólumes de la porción central enferma. Sería una tarea colosal, pero los seres de energía no se amilanaron por eso.

El plan consistía en imprimir a la super-galaxia un movimiento rotativo de gran velocidad. Para ello generaron tremendas oleadas de fuerza continua a través del éter, dirigidas de tal modo que poco a poco lograron que la super-galaxia comenzara a girar sobre su centro.

Al correr del tiempo, la gigantesca formación estelar giraba con velocidad cada vez mayor. La enfermedad de vida aún se propagaba en el centro, pero los seres de energía no se desanimaban. Continuaron su obra hasta que la super-galaxia giró tan velozmente que ya no pudo mantenerse unida, debido a su propia fuerza centrífuga, y se quebró como un volante que se rompe.

Garry vio la explosión como desde muy arriba. Vio que la nube estelar colosal y giratoria se desintegraba. Un enjambre de estrellas tras otro se desprendieron de ella y volaron por el espacio. Un sinnúmero de esas nuevas galaxias más pequeñas se separaron de la super-galaxia original, hasta que por último sólo quedó unido el núcleo de la super-galaxia.

Aún giraba y su forma era espiral debido a la rotación. En ella, la plaga de vida se había extendido prácticamente a todos los mundos. La última formación de estrellas incólumes no infectadas se había separado y se alejaba como las demás.

Cuando la obra hubo concluido, se celebró una ceremonia y se impuso un castigo. Los seres de energía pronunciaron su sentencia sobre aquél cuyos experimentos habían provocado la plaga de vida, haciendo necesario aquel gran estallido.

Decretaron que el experimentador permaneciera para siempre en aquella galaxia enferma que los demás se disponían a abandonar. Lo encerraron en una cápsula de fuerza condensada, de tal modo que nunca pudiera abrirla desde el interior, y dejaron flotando aquella cápsula poliédrica en la galaxia enferma.

Garry Adams vio el poliedro resplandeciente flotando sin rumbo a través de la galaxia, mientras transcurrían millones de años. Las demás galaxias se alejaban cada vez más de la infectada, donde la enfermedad de vida invadía todos los mundos. Sólo quedó allí aquel ser de energía, eternamente prisionero en el poliedro,

Confusamente, Garry advirtió que el poliedro, en su odisea infinita a través de los soles, tenía la posibilidad de llegar a un mundo, Vio...

Vio sólo niebla, una confusión gris. Fue una visión pasajera y de súbito, Garry comprendió que se hallaba bajo la caliente luz del sol. Estaba al lado del poliedro resplandeciente, aturdido, extasiado.

Y el doctor Peters, también aturdido y extasiado, trabajaba como un autómatas en uno de sus aparatos, un objeto triangular de cobre y ebonita con el que apuntaba al poliedro.

Garry comprendió en seguida, y gritó horrorizado mientras se abalanzaba sobre el astrónomo:

—¡No, Peters!

Peters, que parecía hallarse hipnotizado, miró con sorpresa el objeto que sus manos estaban terminando.

—¡Rómpalo! —chilló Garry—. El ser que vive dentro del poliedro nos distrajo con esa visión para lograr que usted trabajara inconscientemente en su liberación. ¡No... por Dios!

Mientras Garry gritaba, las manos del científico acababan de montar las últimas piezas del triángulo de cobre y ebonita, de cuyo vértice brotó un rayo amarillo que cayó sobre el poliedro resplandeciente.

La llama resplandeciente se extendió al momento por el cuerpo multifacético y brillante. Mientras Garry y Peters, que acababa de volver en sí, miraban petrificados, el poliedro se disolvía en aquel resplandor azafranado.

Las facetas de energía condensada se fundieron y desvanecieron en un instante. Y el ser encerrado en su interior, libre al fin, se elevó por los aires.

Una columna de doce metros de luz cegadora y resplandeciente. Pero coronada por un disco luminoso, se reveló con celestial magnificencia en la súbita oscuridad, ya que la explosión había eclipsado el sol de mediodía, apagándolo como si fuese una simple bombilla eléctrica. Se retorció y giró con júbilo terrible y extraño, mientras Peters y Garry gritaban y se cubrían con las manos los ojos deslumbrados.

La columna brillante inundó sus mentes con una colosal oleada de exultación, de triunfo indescriptible, de una alegría superior a cualquier alegría humana. Era el potente himno del ser desconocido, emitido no en forma de sonidos, sino mediante ondas mentales.

Había estado encarcelada, separada del ancho universo por espacio de incontables milenios, y ahora, por fin, era libre y gozaba de su libertad. El vértigo insoportable del éxtasis cósmico hizo noche la claridad del mediodía.

Luego se lanzó hacia los cielos como un gigantesco relámpago azul. Entonces el cerebro de Garry claudicó y el periodista se desmayó.

Abrió sus ojos a la luz esplendorosa que entraba por la ventana. Se hallaba en la cabaña, el día brillaba fuera y en algún lugar cercano se escuchaba una voz metálica.

Comprendió que la voz provenía de su pequeña radio a pilas. Garry permaneció inmóvil, sin poder recordar lo ocurrido, mientras la voz decía con excitación:

–Según nuestras informaciones, la zona afectada se extiende desde Montreal hasta Scranton, hacia el sur, y desde Buffalo al oeste hasta algunos kilómetros en pleno Atlántico, más allá de Boston, al este. El fenómeno duró menos de dos minutos y, durante ese tiempo, toda la zona se vio privada de la luz y el calor del sol. Prácticamente todas las máquinas eléctricas dejaron de funcionar, y las comunicaciones telegráficas y telefónicas quedaron cortadas. Los habitantes de algunas comarcas de los Adirondack y del noroeste de Vermont han observado ciertos efectos psíquicos consistentes en una súbita sensación de extrema alegría que coincidió con el obscurecimiento, seguida de un breve periodo de inconsciencia. Se desconoce aún la causa de este fenómeno sorprendente, aunque podría deberse a alteración de la manchas solares. Los científicos han sido llamados a opinar acerca de la cuestión, y tan pronto como...

En ese momento Garry Adams luchaba débilmente por incorporarse en la litera.

–¡Peters! –gritó para dominar la voz metálica de la radio–. ¡Peters...!

–Aquí estoy –respondió el astrónomo entrando en la cabaña.

El rostro del científico estaba pálido y su paso era tambaleante, pero también él estaba ileso.

–Recuperé los sentidos poco antes que usted, y le he traído aquí –explicó.

–¿Esa... esa cosa provocó el eclipse y los demás fenómenos que acabo de oír? –dijo Garry.

El doctor Peters asintió.

–Era un ser hecho de energía, tan terrible que su aparición absorbió el calor y las radiaciones luminosas del sol, la corriente eléctrica de las máquinas, e incluso los impulsos electro-nerviosos de nuestros cerebros.

–¿Y se ha ido, se ha ido realmente? –inquirió el periodista.

–Se ha ido en busca de sus compañeros, al vacío del espacio intergaláctico, hacia las galaxias que se alejan de la nuestra –respondió con solemnidad el doctor Peters–. Ahora sabemos por qué todas las galaxias del cosmos huyen de la nuestra. Sabemos que la nuestra está considerada como una galaxia maldita, contaminada por la enfermedad de vida. Pero creo que nunca se lo diremos al mundo.

Garry Adams meneó débilmente la cabeza.

–No, no se lo diremos. Creo que hasta nosotros mismos hemos de olvidarlo. Será lo mejor.

## Silencio brillante

Spencer Holst

Dos osos blancos viajaban con un pequeño circo. Todas las noches, los dos osos aparecían empujando un carro. Los dos osos habían sido adiestrados para dar vueltas mortales, para hacer trompos, para hacer la vertical y para danzar sobre sus patas traseras, agarrados de la mano, dando los pasos al mismo tiempo. Los osos danzantes, un macho y una hembra, pronto se convirtieron en los favoritos de la multitud. El circo viajó al sur en un tour por la costa oeste que atravesó Canadá hasta California y de ahí hacia abajo llegando a Méjico; recorrió Panamá hasta América del Sur, bajo por los Andes pasando por Chile hasta las islas australes de Tierra del Fuego.

Un día un jaguar se lanzó sobre el presentador, el dueño del circo, y después lastimó mortalmente al domador. El público se dispersó alarmado y horrorizado. En la confusión los osos se escaparon. Sin amo, vagaron por su cuenta por las boscosas y ventosas islas subantárticas. Absolutamente solos, en una isla deshabitada, y en un clima que les resultaba ideal, los osos se aparearon, se multiplicaron y después de unas cuantas generaciones poblaron la isla entera. En realidad, después de algunos años, los descendientes de los dos osos se trasladaron a más de la mitad de las doce islas vecinas; y setenta años más tarde, cuando los científicos finalmente los hallaron y comenzaron a estudiar su comportamiento, se descubrió que todos ellos realizaban espléndidas acrobacias de circo.

En las noches cuando el cielo es brillante y hay Luna llena, se reúnen a danzar: los cachorros en el medio y los más jóvenes, alrededor, formando un círculo. Permanecen todos juntos fuera del alcance del viento en el centro de un centelleante cráter hecho por un meteorito que cayó en un lecho de arcilla. Las espejadas paredes son de arcilla blanca. El suelo, liso, está cubierto de grava blanca y es seco. Ninguna clase de vegetación crece allí adentro.

Cuando la Luna se eleva sobre el cráter, la luz que se refleja en las paredes llena el lugar con el agua de Luna. El piso del cráter, entonces, es más brillante que cualquier otra cosa cercana. Los científicos especulan que originalmente la Luna llena pudo haberles hecho acordar a los dos osos las luces del circo y por esa razón comenzaron a danzar. ¿Sin embargo, habría que preguntarse, qué música es la que bailan los descendientes de los dos osos blancos?

Agarrados de la mano, danzando juntos... ¿Qué música podrían escuchar dentro de sus cabezas mientras bailan bajo la Luna llena y la aurora austral, mientras danzan en un brillante silencio?

## El exterminador

A. Hyatt Verrill

*The exterminator*, © 1931 by Teck Publishing Co.. Traducción de Hernán Sabaté, en *Trasplante obligatorio*, recopilación de Asimov-Greenberg-Waugh, Ediciones Martínez Roca S.A., 1986.

*A. Hyatt Verrill (1871-1954) participó en los inicios de las revistas de ciencia ficción en los Estados Unidos, vendiendo relatos cortos a la revista Amazing en 1926, primer año de publicación de la misma. Fue también ilustrador de historia natural, inventor del proceso de emulsión fotográfica o autocromo, y explorador y viajero por las selvas de América central y del Sur. Latinoamérica y las Indias Occidentales le proporcionaron el ambiente donde desarrollar sus argumentos de ciencia ficción.*

*Hace muchísimo tiempo, en la historia de la vida, se formaron las primeras células. Todavía no sabemos con exactitud si hubo una época previa, en que la vida consistió en simples moléculas libres de ácidos nucleicos y proteínas. Si realmente fue así, la formación de una célula representó un hito importantísimo en la historia de la vida.*

*La célula es una porción microscópica del océano, comprimida, rodeada y protegida por una membrana semipermeable, es decir, que deja penetrar algunas substancias e impide el paso a otras. El alimento, las moléculas utilizadas por la forma de vida para contribuir a la construcción de sí misma o para ser transformadas en energía, puede penetrar y ser conservado en el interior. El material de desecho, por su lado, puede ser expulsado de la célula. Dentro de ésta existe una concentración del material que forma la vida, agrupado para una mayor facilidad de manipulación y de modificación por vía química y para una mayor seguridad y protección.*

*La célula tenía mucha mayor capacidad de supervivencia –había de tenerla– que las moléculas libres, pues éstas debían, buscar sus recursos necesarios en el océano molécula a molécula, sin posibilidad de juntarlas y concentrarlas. El resultado fue que, con la aparición de la célula, el material precelular quedó anticuado y desapareció.*

*Hoy toda la vida, salvo una excepción, es de naturaleza celular. La excepción la constituyen los virus, e incluso éstos microorganismos son incapaces de reproducirse salvo en forma de parásitos de otras células. Más aún, los virus no deben de ser restos de la antigua vida precelular, sino que deben haber evolucionado por degeneración a partir de las células.*

*Una célula de gran tamaño como el paramecio es más avanzada que una célula pequeña como la bacteria. La célula de gran tamaño puede dividir su substancia en diferentes especializaciones, puede formar orgánulos, o pequeñas zonas subcelulares que digieren alimentos, producen energía, construyen proteínas, o protegen los programas de ácido nucleico que constituyen su parte más importante.*

*Sin embargo, existen límites para el tamaño de una célula. Ésta utiliza para su funcionamiento todo su volumen, pero sólo puede absorber alimento y expulsar los desechos a través de la membrana superficial. El volumen de una célula aumenta el cubo de la medida lineal, mientras que su superficie aumenta sólo el cuadrado. Si una célula dobla sus dimensiones, su material interno habrá aumentado en ocho veces su cantidad, mientras que la membrana sólo habrá multiplicado por cuatro su superficie. El funcionamiento de la membrana tiene entonces que doblar su eficacia. Casi siempre, la membrana no puede adecuarse a tales exigencias y las células o bien deben mantener un tamaño reducido, o bien deben volverse muy planas o muy alargadas para aumentar su superficie (volviéndose, con ello, más débiles).*

*¿Cómo pueden, entonces, evolucionar los grandes organismos? La respuesta es la siguiente: haciendo que las células conserven su pequeño tamaño pero agrupándolas, desarrollando especializaciones no en el interior de la célula sino entre las células y los grupos de éstas. En pocas palabras, cabe decir que en la Tierra se alcanzó, hace unos seiscientos millones de años, este estadio del organismo multicelular. Hoy existen ballenas que pesan hasta 150 toneladas y contienen unas 100.000.000.000.000.000 células, estando todas ellas en estrecho contacto con una compleja red de canales sanguíneos que sirven como eficaz sustituto del océano. Cada una de estas células tiene una posición precisa, con un lado al menos «orientado al océano» y una membrana individual de la que hace uso para alimentarse y eliminar los desperdicios.*

*De algún modo, siempre volvemos la mirada a esas células. Algo en nuestro interior nos dice que son fundamentales para la vida, que somos conjuntos de células, pero nada más que células, en el fondo. Los escritores de ciencia ficción pueden dramatizar este hecho, como sucede en El Exterminador, de A. Hyatt Verrill, un relato magnífico que parece escrito ayer, y no hace setenta años.*

**Isaac Asimov**

Era un magnífico ejemplar de su especie: translúcido, blanco, de rápidos movimientos, con una facultad casi misteriosa para descubrir a su presa e invariablemente triunfante sobre sus enemigos naturales. Pero su rasgo más sobresaliente era su insaciable apetito.

Para matar era tan cruel e indiscriminado como la comadreja o el hurón, pero a diferencia de ellos, que mataban por matar, el Exterminador jamás actuaba así. Cayese sobre lo que cayese, lo devoraba al instante. Habría sido fascinante contemplarlo en esa actividad. Se lanzaba con precipitación sobre su presa, inmóvil durante un breve instante, un aparente titubeo, un leve temblor en su cuerpo... y todo había terminado; el desafortunado ser que había estado moviéndose en su modo acostumbrado, sin sospechar el peligro, había desaparecido por completo, y el Exterminador, con avidez, se apresuraba en busca de una nueva víctima. Se movía constantemente en un flujo invariable de líquido, en absoluta oscuridad: de ahí que sus ojos no le fueran necesarios, y estuviera enteramente guiado más bien por el instinto o la naturaleza que por las facultades que conocemos.

No se hallaba solo. Otros de su especie pululaban a su alrededor, y la corriente estaba atestada por un número incalculable de otros organismos: objetos redondeados de color rojizo que se movían lentamente, culebreantes criaturas semejantes a renacuajos, cuerpos de forma estrellada, gráciles y tenues objetos dotados de vida; criaturas globulares, cosas informes cambiando constantemente de configuración al moverse o más bien nadar; seres diminutos, casi invisibles; organismos filiformes, serpentinos o semejantes a anguilas, e innumerables otras formas. El Exterminador atravesaba la atestada y cálida corriente al azar, aunque siempre con un propósito definido: matar y devorar.

Por algún misterioso e inexplicable mecanismo, reconocía a los amigos y podía distinguir inequívocamente a los enemigos. Evitaba las muchedumbres rojizas: sabía que no había que molestarlas, e incluso en las ocasiones, como a menudo sucedía, en que se veía rodeado, cercado, casi ahogado por verdaderas hordas de aquellos seres, empujado por ellos, permaneció imperturbable, sin efectuar intento alguno de devorarlos o dañarlos. Pero los demás, las criaturas serpenteantes, globulares, angulares, radiantes y semejantes a barras, los organismos rápidamente contorsionantes, parecidos a renacuajos... eran distintos. Entre ellos ejercía una rápida y terrible destrucción. Sin embargo, aun aquí ejercía una sorprendente discriminación. Pasaba ante algunos sin hacerles el menor daño, mientras que atacaba, destrozaba y devoraba a otros con indescriptible ferocidad. Y todos los de su especie hacían también lo mismo. Eran como una horda de voraces tiburones en un mar rebosante de caballas. Parecían obsesionados por el consuntivo deseo de destruir, y eran a veces tan expeditivos y metódicos que durante largos períodos la corriente siempre fluyente que habitaban quedaba totalmente desierta de presas.

Sin embargo, ni el Exterminador ni sus congéneres parecían sufrir entonces por falta de sustento. Eran capaces de permanecer largo tiempo sin alimento y surcaban, o mejor dicho nadaban por sus dominios lentamente, tan satisfechos al parecer como cuando estaban celebrando una verdadera orgía de matanzas. y hasta cuando la corriente no arrastraba presa alguna al alcance del Exterminador o sus iguales, nunca intentaban dañar o molestar a las siempre presentes formas rojas, ni a los innumerables organismos más pequeños, a los cuales parecían considerar como amigos. De hecho, de haber sido posible interpretar sus sensaciones, se habría observado que estaban mucho más contentos, mucho más satisfechos cuando no había enemigos sobre los que lanzarse que cuando el río borboteaba con su presa natural y se presentaba el incesante impulso de matar, matar, matar...

Y de pronto, la corriente en la que se movía el Exterminador se volvía incómodamente caliente, lo cual hacía que él y sus congéneres despertaran a una renovada actividad en busca de espacio, pero que producía la muerte a muchos de aquellos salvajes seres. Y, siempre siguiendo a estas bajas, las hordas de enemigos aumentaban rápidamente, hasta que el Exterminador hallaba casi imposible el diezmarlas. A veces, también, la corriente fluía lenta y débilmente, y una especie de letargia asaltaba al Exterminador. A menudo, en tales ocasiones, flotaba más que nadaba, con sus fuerzas menguadas y casi apagada su codiciosa apetencia de matar. Pero siempre, luego, ocurría el cambio: la corriente adquiría un peculiar sabor amargo, e innumerable número de enemigos del Exterminador morían y desaparecían, mientras el propio Exterminador se veía poseído de una

súbita e inusitada fuerza y caía vorazmente sobre los restantes enemigos. En tales ocasiones, el número de sus congéneres aumentaba siempre de una manera misteriosa, como lo hacía también el de los seres rojos. Parecían salir de ninguna parte, más y más, hasta que la corriente se encontraba atiborrada de ellos.

El tiempo no existía para el Exterminador. No sabía nada de distancias, ni de días, ni de noches. Únicamente era susceptible a los cambios de temperatura de la corriente donde siempre había vivido, y a la presencia o ausencia de sus enemigos y aliados. Aun cuando quizá se percatara de que la corriente llevaba un curso irregular, de que discurría a través de al parecer interminables túneles, que se retorcían y giraban y se extendían en ramales proyectados en innumerables direcciones formando un laberinto de corrientes más pequeñas, no sabía nada de por dónde circulaban sus cursos, ni de sus fuentes o límites, sino que nadaba o más bien derivaba al azar por todos los lugares. No había duda de que en alguna parte, en el interior de los cientos de túneles y ramificaciones, había otras bestias tan grandes, tan poderosas y tan insaciablemente destructoras como él mismo. Pero como él era ciego y no poseía el sentido del oído ni otros de los que permiten a formas de vida más elevadas observar y juzgar sus alrededores, no se percataba en absoluto de la proximidad de tales compañeros. Y así fue el único de su especie en sobrevivir el indeseado acontecimiento que ocurrió eventualmente, y por cuyo hecho merecía ser llamado con el nombre de Exterminador.

Durante un período desacomodadamente dilatado, la corriente en el túnel había sido moleestamente cálida, y había abundado en una incalculable cantidad de enemigos que, atacando a las formas rojas, las habían diezmado. Se había experimentado también una desastrosa disminución en los congéneres del Exterminador, y él y los pocos supervivientes se habían visto obligados a esforzarse al máximo para evitar ser dominados. Y a pesar de ello las hordas de enemigos culebreantes, danzantes, zigzagueantes, parecían aumentar con mayor rapidez de la que eran muertos y devorados. Comenzaba a parecer como si su ejército fuera a vencer, y vencidos el Exterminador y sus congéneres, destruidos, aniquilados por completo, repentinamente la lenta y cálida corriente cobró un extraño sabor acre y picante. Casi al mismo tiempo descendió la temperatura, aumentó el caudal y disminuyeron las enjambreantes huestes de innumerables formas extrañas, como si estuvieran expuestas a un ataque por gas. Y casi instantáneamente también aparecieron como de ninguna parte nuevos congéneres del Exterminador, y se lanzaron vorazmente sobre los supervivientes enemigos.

En un espacio de tiempo sorprendentemente breve, las vengativas criaturas blancas exterminaron prácticamente a sus multitudinarios enemigos. Un enorme número de organismos rojizos colmaban ahora la corriente, y el Exterminador seguía abalanzándose acá y allá buscando probables presas. En los remolinos y túneles menores tropezó con algunas, destrozándolas y engulléndolas casi al momento. Guiado por algún inexplicable poder o fuerza, surcó a lo largo de un angosto túnel. Se dio cuenta de pronto que tenía ante él a un grupo de tres seres filiformes, sus más mortales enemigos... y se precipitó a la caza. Alcanzaba ya a uno, estaba a punto de apresarle, cuando ocurrió un terrible cataclismo. La pared

del túnel se hundió, se produjo una gran grieta, ya través de ella se desbordó la contenida corriente.

Arrastrado desvalidamente por ella, el Exterminador remolineaba locamente en la abertura. Pero su única obsesión, una devoradora ansia de matar, superó todo su terror, todas sus demás sensaciones. Mientras el líquido elemento lo precipitaba hacia no sabía dónde, así al culebreante enemigo y lo engulló vivo. En el mismo instante los otros dos los arrastraba la precipitada corriente. Con un esfuerzo supremo, se lanzó sobre el más próximo, y mientras aquél desaparecía en su estómago fue arrastrado desde la eterna oscuridad a la cegadora luz.

Instantáneamente, la corriente cesó de fluir. El líquido se estancó y los innumerables seres rojos que rodeaban al Exterminador se arracimaron como para prestarse mutuo apoyo. En algún lugar próximo, el Exterminador sintió la presencia del último miembro superviviente del trío que había estado persiguiendo cuando ocurrió la catástrofe. Pero en el denso líquido estancado, obstruido por los seres rojos, no podía moverse libremente. Pugnó por alcanzar a aquel enemigo restante, pero fue en vano. Se sintió sofocado, cada vez más débil. y estaba solo. De todos sus compañeros, él era el único que había sido arrastrado a través de la grieta del túnel que durante tanto tiempo había sido su morada.

De pronto se sintió alzado, arrastrado hacia arriba junto con algunos seres rojizos y una pequeña porción de su elemento nativo.

Luego fue arrojado con los demás y, al caer, sintió correr nueva vida por su interior, al percatarse de que su enemigo hereditario –aquel ser filiforme– se hallaba muy próximo, que aún podía abalanzarse sobre él y destruirlo.

En el siguiente instante, un objeto pesado cayó sobre él, y se sintió aprisionado allí, con su gran enemigo a una distancia infinitesimal de su cuerpo, pero desesperadamente fuera de su alcance. Le recorrió un demencial deseo de venganza. Estaba perdiendo fuerzas rápidamente. Los seres rojos que le rodeaban estaban inertes, sin movimiento; únicamente él y aquel ente filiforme mostraban aún señales de vida. y el líquido se estaba espesando con rapidez. Repentinamente, durante una fracción de segundo, se sintió libre. Con un espasmódico movimiento final alcanzó a su enemigo y, triunfante al fin, quedó convertido en una cosa inmóvil e inerte.

–¡Es extraño! –murmuró una voz humana al examinar su poseedor a través del microscopio la gota de sangre en la plaquita de vidrio–. Hace un momento podría haber jurado que capté el vislumbre de un bacilo, pero ahora no hay la menor huella de él.

–Esa nueva fórmula que inyectamos produjo un efecto casi milagroso –observó una segunda voz.

–Sí –convino la primera–. La crisis ha pasado, el paciente se encuentra fuera de peligro. Ni un simple bacilo en esta muestra. Jamás lo hubiera creído posible.

Ninguno de ambos doctores se daría cuenta jamás de la parte que había desempeñado el Exterminador. Para ellos era, simplemente, un blanco corpúsculo yaciendo muerto en la gota de sangre que se secaba rápidamente sobre la plaquita de vidrio.

## En las profundidades

Arthur C. Clarke

*The deep range*, © 1954 (Argosy, Abril de 1954). Traducción de Joseph Ferrer i Aleu en *Cuentos del planeta Tierra*, Colección VIB 17/1, Ediciones B S.A., 1992.

*Escribí el cuento En las profundidades en 1954, mucho antes del casi obsesivo interés actual por la exploración y la explotación de los océanos. Un año después fui al Great Barrier Reef, tal como expliqué en The coast of coral (La costa de Coral). Aquella aventura me dio ímpetu –y datos– para ampliar el cuento en una novela del mismo título, que terminé después de fijar mi residencia en Ceilán (hoy Sri Lanka).*

*Por esta razón, nunca volví a publicar el cuento original en ninguna de mis colecciones, y hoy ofrezco a los esperanzados aspirantes a doctores en Literatura Inglesa la oportunidad de «comparar y contrastar».*

*La idea de reunir en manadas a las ballenas es algo que aún no ha llegado, pero me pregunto si algún día llegará. En el curso del último decenio, las ballenas han adquirido tanto prestigio que la mayoría de los europeos y de los americanos antes comerían hamburguesas de perro o de gato que carne de ballena. Yo la probé una vez durante la Segunda Guerra Mundial: sabía a carne de vaca bastante dura.*

*Sin embargo, hay un producto de las profundidades que podría consumirse sin escrúpulos morales. ¿Qué les parecería un batido de leche de ballena?*

**Arthur C. Clarke**

Había un asesino suelto en la zona. Un helicóptero de patrulla había visto a ciento cincuenta kilómetros de la costa de Groenlandia, el gran cadáver tiñendo el agua de rojo mientras flotaba en las olas. A los pocos segundos se había puesto en funcionamiento el intrincado sistema de alerta: los hombres trazaban círculos y movían piezas sobre la carta del Atlántico Norte, y Don Burley aún se estaba frotando los ojos cuando descendió en silencio hasta treinta metros de profundidad. Las luces verdes del tablero eran un símbolo resplandeciente de seguridad. Mientras esto no cambiase, mientras ninguna de las luces esmeralda pasara al rojo, todo iría bien para Don y su pequeña embarcación. Aire, carburante, fuerza: éste era el triunvirato que regía su vida. Si fallaba uno, descendería en un ataúd de acero hasta el cieno pelágico, como le había pasado a Johnnie Tyndall la penúltima temporada. Pero no había motivo para que fallasen; los accidentes que uno preveía, se dijo Don para tranquilizarse, no ocurrían nunca.

Se inclinó sobre el tablero de control y habló por el micro. *Sub 5* aún estaba lo bastante cerca de la nave nodriza como para alcanzarla por radio, pero pronto tendría que pasar a los sónicos.

–Pongo rumbo 255, velocidad 50 nudos, profundidad 30 metros, el sonar en pleno funcionamiento... Tiempo calculado hasta el sector de destino, 70 minutos... Informaré a intervalos de 10 minutos. Esto es todo... Cambio.

La contestación, ya debilitada por la distancia, llegó al momento desde el *Herman Melville*.

–Mensaje recibido y comprendido. Buena caza. ¿Qué hay de los sabuesos?

Don se mordisqueó el labio inferior, reflexionando. Esto podía ser un trabajo que tuviese que hacer él solo. No tenía idea de dónde estaban en este momento Benj y Susan, en un radio de ochenta kilómetros. Lo seguirían sin duda si les hacía la señal, pero no podrían mantener su velocidad y pronto se quedarían atrás. Además, podía encontrarse con una pandilla de asesinos y lo último que quería era poner en peligro a sus marsopas cuidadosamente adiestradas. Era lógico y sensato. También apreciaba mucho a Susan y a Benj.

–Está demasiado lejos y no sé en qué voy a meterme –respondió–. Si están en el área de interceptación cuando llegue allí, puede que los llame.

Apenas pudo oír el asentimiento de la nave nodriza, y Don apagó la radio. Era hora de mirar a su alrededor.

Bajó las luces de la cabina para poder ver más claramente la pantalla del sonar, se caló la gafas Polaroid y escudriñó las profundidades. Éste era el momento en que Don se sentía como un dios, capaz de abarcar entre las manos un círculo de treinta kilómetros de diámetro del Atlántico, y de ver con claridad las todavía inexploradas profundidades, a cinco mil metros por debajo de él. El lento rayo giratorio de sonido inaudible estaba registrando el mundo en el que él flotaba, buscando amigos y enemigos en la eterna oscuridad donde jamás podía penetrar la luz. Los chillidos insonoros, demasiado agudos incluso para el oído de los murciélagos que habían inventado el sonar un millón de años antes que el hombre, latieron en la noche del mar: los débiles ecos se reflejaron en la pantalla como motas flotantes verdeazuladas.

Gracias a su mucha práctica, Don podía leer su mensaje con toda facilidad. A trescientos metros debajo de él, extendiéndose hasta el horizonte sumergido, estaba la capa de vida que envolvía la mitad del mundo. El prado hundido del mar subía y bajaba con el paso del sol, manteniéndose siempre al borde de la oscuridad. Pero las últimas profundidades no le interesaban. Las bandadas que guardaba y los enemigos que hacían estragos en ellas, pertenecían a los niveles superiores del mar.

Don pulsó el interruptor del selector de profundidad y el rayo del sonar se concentró automáticamente en el plano horizontal. Se desvanecieron los resplandecientes ecos del abismo, pero pudo ver más claramente lo que había aquí, a su alrededor, en las alturas estratosféricas del océano. Aquella nube reluciente a tres kilómetros delante de él era un banco de peces; se preguntó si la Base estaba enterada de esto, y puso una nota en su cuaderno de bitácora. Había algunas motas más grandes y aisladas al borde del banco: los carnívoros persiguiéndolo, asegurándose de que la rueda eternamente giratoria de la vida y

la muerte no perdiese nunca su impulso. Pero este conflicto no era de la competencia de Don; él perseguía una caza mayor.

*Sub 5* siguió navegando hacia el oeste, como una aguja de acero más rápida y mortífera que cualquiera de las otras criaturas que rondaban por los mares. La pequeña cabina, iluminada tan sólo por el resplandor de las luces del tablero de instrumentos, vibraba con fuerza al expulsar el agua las turbinas. Don examinó la carta y se preguntó cómo había podido penetrar esta vez el enemigo. Todavía había muchos puntos débiles, pues vallar los océanos del mundo había sido una tarea gigantesca. Los tenues campos eléctricos, extendidos entre generadores a muchas millas de distancia los unos de los otros, no podían mantener siempre a raya a los hambrientos monstruos de las profundidades. Éstos también estaban aprendiendo. Cuando se abrían las vallas, se deslizaban a veces entre las ballenas y hacían estragos antes de ser descubiertos.

El receptor de larga distancia hizo una señal que parecía un lamento, y Don marcó TRANSCRIBA. No era práctico transmitir palabras a cualquier distancia por un rayo ultrasónico, y además en clave. Don nunca había aprendido a interpretarla de oídas, pero la cinta de papel que salía de la rendija le solucionó esta dificultad.

HELICÓPTERO INFORMA MANADA. 50-100 BALLENAS DIRIGIÉNDOSE 95 GRADOS REF CUADRÍCULA X186475 Y438034 STOP. A GRAN VELOCIDAD. STOP. MELVILLE. CORTO.

Don empezó a poner las coordenadas en la cuadrícula, pero entonces vio que ya no era necesario. En el extremo de su pantalla había aparecido una flotilla de débiles estrellas. Alteró ligeramente el curso y puso rumbo a la manada que se acercaba.

El helicóptero tenía razón: se movían de prisa. Don sintió una creciente excitación, pues esto podía significar que huían y atraían a los asesinos hacia él. A la velocidad en que viajaban, estaría entre ellas dentro de cinco minutos. Apagó los motores y sintió el tirón hacia atrás del agua que lo detuvo muy pronto.

Don Burley, caballero de punta en blanco, permaneció sentado en su pequeña habitación débilmente iluminada, a quince metros por debajo de las brillantes olas del Atlántico, probando sus armas para el inminente conflicto. En aquellos momentos de serena tensión, antes de empezar la acción, su cerebro excitado se entregaba a menudo a estas fantasías. Se sentía pariente de todos los pastores que habían cuidado los rebaños desde la aurora de los tiempos. Era David, en los antiguos montes de Palestina, alerta contra los leones de montaña que querían hacer presa en las ovejas de su padre. Pero más cercanos en el tiempo, y sobre todo su espíritu, estaban los hombres que habían conducido las grandes manadas de reses en las llanuras americanas hacía tan sólo unas pocas generaciones. Ellos habrían comprendido su trabajo, aunque sus instrumentos les habrían parecido mágicos. La escena era la misma; sólo había cambiado la escala. No existía ninguna diferencia fundamental en que los animales al cuidado de Don pesasen casi cien toneladas y pastaran en las sabanas infinitas del mar.

La manada estaba ahora a menos de tres kilómetros de distancia y Don comprobó el continuo movimiento del sonar para concentrarlo en el sector que

tenía delante. La imagen de la pantalla adoptó una forma de abanico cuando el rayo de sonar empezó a oscilar de un lado a otro; ahora podía contar el número de ballenas e incluso calcular su tamaño con bastante exactitud. Con ojos avezados empezó a buscar las rezagadas.

Don jamás hubiese podido explicar qué atrajo al instante su atención hacia los cuatro ecos en el borde sur de la manada. Cierto que estaban un poco apartados de los demás, pero otros se habían rezagado más. Y es que el hombre adquiere un sexto sentido cuando lleva bastante tiempo contemplando las pantallas de sonar; un instinto que le permite deducir más de lo normal de las motas en movimiento. Sin pensarlo, accionó el control que pondría en marcha las turbinas. El *Sub 5* empezaba a moverse cuando resonaron tres golpes sordos en el casco, como si alguien llamase a la puerta y quisiera entrar.

—¡Que me aspen! —dijo Don—. ¿Cómo habéis llegado aquí?

No se molestó en encender la TV; habría reconocido la señal de Benj en cualquier parte. Las marsopas estaban sin duda en las cercanías y lo habían localizado antes de que él diese el toque de caza. Por milésima vez, se maravilló de su inteligencia y de su fidelidad. Era extraño que la Naturaleza hubiese realizado dos veces el mismo truco: en tierra, con el perro; en el océano, con la marsopa. ¿Por qué querían tanto estos graciosos animales marinos al hombre a quien debían tan poco? Esto hacía pensar que a fin de cuentas la raza humana valía algo, ya que podía inspirar una devoción tan desinteresada.

Se sabía desde hacía siglos que la marsopa era al menos tan inteligente como el perro y que podía obedecer órdenes verbales muy complejas. Todavía se estaban haciendo experimentos; si éstos tenían éxito, la antigua sociedad entre el pastor y el mastín tendría un nuevo modelo en la vida.

Don puso en marcha los altavoces ocultos en el casco del submarino y empezó a hablar con sus acompañantes. La mayoría de los sonidos que emitía no habrían significado nada a los oídos humanos; eran producto de una larga investigación por parte de los etólogos de la World Food Administration. Dio una orden y la reiteró para asegurarse de que lo habían comprendido. Después comprobó con el sonar que Benj y Susan lo estaban siguiendo a popa, tal como les había dicho.

Los cuatro ecos que le habían llamado la atención eran ahora más claros y cercanos, y el grueso de la manada de ballenas había pasado más allá, hacia el este. No temía una colisión; los grandes animales, incluso en su pánico, podían sentir su presencia con la misma facilidad con que él detectaba la de ellos, y por medios similares. Don se preguntó si debía encender su radiofaro. Ellos reconocerían su imagen sonora y esto les tranquilizaría. Pero el enemigo aún desconocido también podía reconocerle.

Se acercó para una interceptación y se inclinó sobre la pantalla como para extraer de ella, por pura fuerza de voluntad, hasta las menores informaciones que pudiese proporcionarle. Había dos grandes ecos, a cierta distancia entre ellos, y uno iba acompañado de un par de satélites más pequeños. Don se preguntó si llegaba demasiado tarde. Pudo imaginarse la lucha a muerte que se desarrollaba en el agua a menos de un par de kilómetros. Aquellas dos manchitas más débiles debían de ser el enemigo (tiburones o pequeños cetáceos asesinos) atacando a

una ballena mientras una de sus compañeras permanecía inmovilizada por el terror, sin más armas para defenderse que sus poderosas aletas.

Ahora estaba casi lo bastante cerca para ver. La cámara de TV, en la proa del *Sub 5*, escrutó la penumbra, pero al principio sólo pudo mostrar la niebla de plancton. Entonces empezó a formarse en el centro de la pantalla una forma grande y vaga, con dos compañeras más pequeñas debajo de ella. Don estaba viendo, con la mayor precisión pero irremediablemente limitado por el alcance de la luz ordinaria, lo que el sonar le había comunicado.

Casi al instante, se percató del error que había cometido. Los dos satélites eran crías, no tiburones. Era la primera vez que veía una ballena con gemelos; aunque los partos múltiples no eran desconocidos, la ballena hembra sólo podía amamantar a dos pequeños a la vez y generalmente sólo sobrevivía el más vigoroso. Ahogó su contrariedad, el error le había costado muchos minutos y debía empezar la búsqueda de nuevo.

Entonces oyó el frenético golpeteo en el casco que significaba peligro. No era fácil asustar a Benj, y Don le gritó para tranquilizarlo mientras hacía girar el *Sub 5* de manera que la cámara pudiese registrar las aguas a su alrededor. Se había vuelto automáticamente hacia la cuarta mota en la pantalla del sonar, el eco que había imaginado, por su tamaño, que era otra ballena adulta. Y vio que, a fin de cuentas, había localizado el sitio preciso.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja—. No sabía que los hubiese tan grandes.

En otras ocasiones había visto grandes tiburones, pero se trataba de vegetarianos inofensivos. Éste (pudo darse cuenta a primera vista) era un tiburón de Groenlandia, el asesino de los mares del Norte. Se creía que podía alcanzar hasta nueve metros de largo, pero este ejemplar era mayor que el *Sub 5*. No tenía menos de doce metros desde el hocico a la cola y, cuando él lo descubrió, se estaba ya volviendo contra su víctima. Como cobarde que era, iba a atacar a una de las crías.

Don gritó a Benj y a Susan, y observó que entraban a toda prisa en su campo visual. Se preguntó un instante por qué odiarían tanto las marsopas a los tiburones; entonces soltó los controles, dejando al piloto automático la tarea de enfocar el blanco. Retorciéndose y girando tan ágilmente como cualquier otra criatura marina de su tamaño, *Sub 5* empezó a acercarse al tiburón, dejando en libertad a Don para concentrarse en el armamento.

El asesino estaba tan absorto en su presa que Benj lo pilló completamente desprevenido, golpeándole justo detrás del ojo izquierdo. Debió de ser un golpe doloroso: un morro duro como el hierro, impulsado por un cuarto de tonelada de músculos moviéndose a ochenta kilómetros por hora, es algo que ni los peces más grandes pueden menospreciar. El tiburón giró en redondo en una curva extraordinariamente cerrada y Don casi saltó de su asiento al virar de golpe el submarino. Si esto continuaba así, le sería difícil emplear el aguijón. Pero al menos el asesino estaba ahora demasiado ocupado como para pensar en sus presuntas víctimas.

Benj y Susan estaban acosando al gigante como los perros que muerden las patas de un oso furioso. Eran demasiado ágiles para ser presa de aquellas feroces mandíbulas, y Don se maravilló de la coordinación con que trabajaban. Cuando uno de ellos emergía para respirar, el otro esperaba un minuto para poder seguir el ataque con su compañero.

Parecía que el tiburón no se daba cuenta de que un adversario mucho más peligroso se le estaba viniendo encima y que las marsopas no eran más que una maniobra de distracción. Esto convenía mucho a Don; la próxima operación sería difícil, a menos que pudiese mantener un rumbo fijo durante quince segundos como mínimo. En caso de necesidad, podía usar los pequeños torpedos, y sin duda lo habría hecho si hubiese estado solo frente a una bandada de tiburones. Pero la situación era confusa y había un sistema mejor. Prefería la técnica del estoque a la de la granada de mano.

Ahora estaba a tan sólo quince metros de distancia y se acercaba con rapidez. Nunca se le ofrecería una oportunidad mejor. Apretó el botón de lanzamiento.

De debajo de la panza del submarino salió disparado algo que parecía una raya. Don había reducido la velocidad de la embarcación; ahora ya no tenía que acercarse más. El pequeño proyectil, en forma de flecha y de sólo medio metro de anchura, podía moverse más de prisa que la embarcación y recorrería el trayecto en pocos segundos. Mientras avanzaba a gran velocidad, fue soltando el fino cable de control, como una araña subacuática desprendiendo su hilo. A lo largo del cable pasaba la energía que impulsaba al agujón y las señales que lo dirigían hacia el objetivo. Don se había olvidado completamente de su propia embarcación, en su esfuerzo por guiar aquel misil submarino. Respondía tan de prisa a su contacto que tuvo la impresión de que estaba controlando un sensible y enérgico corcel.

El tiburón vio el peligro menos de un segundo antes del impacto. El parecido del agujón con una raya corriente le había confundido, tal como habían pretendido los diseñadores del arma. Antes de que el pequeño cerebro pudiese darse cuenta de que ninguna raya se comportaba de aquella manera, el misil dio en el blanco. La aguja hipodérmica de acero, impulsada por la explosión de un cartucho, atravesó la dura piel del tiburón y éste saltó en un frenesí de pánico. Don puso rápidamente marcha atrás, pues un coletazo le haría saltar como un guisante en un bote y podría incluso causar daño al *Sub 5*. Ahora no podía hacer nada más, salvo hablar por el micrófono y llamar a sus mastines.

El maldito asesino estaba tratando de arquear el cuerpo para poder arrancarse el dardo envenenado.

Don había guardado ya el agujón en su escondite, satisfecho de haber podido recobrar indemne el misil. Observó despiadadamente cómo el monstruo sucumbía a su parálisis.

Sus movimientos se estaban debilitando. Nadaba sin rumbo y, en una ocasión, Don tuvo que apartarse hábilmente a un lado para evitar un choque. Al perder el

control de flotación, el animal ascendió moribundo a la superficie. Don no trató de seguirlo; esto podía esperar hasta que hubiese resuelto asuntos más importantes.

Encontró a la ballena y a sus dos crías a un kilómetro y las examinó minuciosamente. Estaban ilesas, y no había necesidad por tanto de llamar al veterinario, en su especial submarino de dos plazas, capaz de resolver cualquier crisis cetológica, desde un dolor de estómago a una cesárea. Don tomó nota del número de la madre, grabado debajo de las aletas. Las crías, a juzgar por su tamaño, eran de esta temporada y aún no habían sido marcadas.

Don estuvo un rato observando. Ya no estaban alarmadas, y una comprobación por el sonar le había mostrado que la manada había interrumpido su desaforada fuga. Se preguntó cómo podían saber lo que había ocurrido; se había aprendido mucho sobre la comunicación entre ballenas, pero muchas cosas aún seguían siendo un misterio.

–Espero que me agradezca lo que he hecho por usted, señora –murmuró.

Entonces, mientras pensaba que cincuenta toneladas de amor maternal era un espectáculo realmente asombroso, vació los depósitos y ascendió a la superficie.

El mar estaba en calma, por lo que abrió el compartimiento estanco y asomó la cabeza por la pequeña torre. El agua se hallaba a sólo unos centímetros de su barbilla, y de vez en cuando una ola hacía un decidido esfuerzo para inundar la embarcación. Había poco peligro de que esto ocurriese pues había fijado la escotilla de manera que era como un tapón completamente eficaz.

A quince metros de distancia, un bulto largo y de color de pizarra, como una barca panza arriba, se estaba meciendo en la superficie. Don lo miró e hizo algunos cálculos mentales. Una bestia de este tamaño sería muy valiosa: con un poco de suerte, tal vez conseguiría una doble recompensa. Dentro de unos minutos radiaría su informe, pero de momento era agradable respirar el aire fresco del Atlántico y sentir el cielo despejado sobre su cabeza.

Una bomba gris saltó desde las profundidades y volvió a caer sobre la superficie del agua, salpicándolo de espuma. No era más que la modesta manera que tenía Benj de llamar su atención; un instante después, la marsopa se encaramó a la torre, para que Don pudiera acariciarle la cabeza. Sus ojos grandes e inteligentes se fijaron en él: ¿era mera imaginación, o bailaba en sus pupilas un regocijo casi humano?

Como de costumbre, Susan se mantuvo tímidamente a distancia hasta que los celos pudieron más que ella y empujó a Benj a un lado. Don distribuyó sus caricias con imparcialidad y se disculpó porque no tenía nada para darles. Decidió reparar esta omisión en cuanto regresase al *Herman Melville*.

–También iré a nadar con vosotras –prometió– con tal de que os portéis bien la próxima vez.

Se frotó reflexivamente un gran cardenal producido por las ganas de jugar de Benj, y se preguntó si no era ya un poco viejo para juegos tan duros como éste.

–Es hora de volver a casa –dijo firmemente, metiéndose en la cabina y cerrando de golpe la escotilla. De pronto notó que estaba hambriento y que aún no había tomado el desayuno. No había muchos hombres en el mundo con más derecho que él a la comida de la mañana. Había salvado para la humanidad más toneladas de carne, aceite y leche de lo que se podría calcular.

Don Burley era el guerrero feliz, volviendo a casa después de una batalla que el hombre siempre tendría que librar. Estaba manteniendo a raya el espectro del hambre con el que había tenido que enfrentarse la humanidad en todas las etapas anteriores, pero que nunca volvería a amenazar al mundo mientras los grandes cultivos de plancton produjesen millones de toneladas de proteínas, y las manadas de ballenas obedeciesen a sus nuevos amos.

El hombre había vuelto al mar después de eones de exilio; hasta que se congelasen los océanos, no volvería a tener hambre...

Don miró la pantalla al fijar el rumbo. Sonrió al ver los dos ecos que sostenían el ritmo de la mancha de luz central correspondiente a su embarcación.

–Aguantad –dijo–. Los mamíferos debemos mantenernos juntos.

Entonces puso en marcha el piloto automático y se retrepó en su asiento.

Y ahora Benj y Susan oyeron un ruido muy peculiar que subía y bajaba contra el zumbido de las turbinas. Se había filtrado débilmente a través de las paredes de *Sub 5*, y sólo los sensibles oídos de las marsopas podían haberlo detectado. Pero por muy inteligentes que fuesen, difícilmente se hubiese podido esperar que comprendiesen por qué Don Burley estaba anunciando, en voz estridente, que se estaba dirigiendo a la Última Ronda...

## Misteriosos sucesos en el Museo Metropolitano

Fritz Leiber

*Mysterious doings in the Metropolitan Museum*, © . Traducido por Mirta Rosemberg en *Universo 5*, antología de relatos de ciencia ficción seleccionados por Terry Carr, Fénix, Adiax, 1982.

*Cuando los críticos discuten la evolución de la ciencia-ficción, hablan de los escritores que confirieron un auténtico valor literario a lo que comenzó, en este país, como un género orientado casi exclusivamente hacia el folletín; usualmente se invocan los nombres de Theodore Sturgeon, Ray Bradbury y Kurt Vonnegut. Sin embargo, el escritor que ha ganado más premios en este campo es, Fritz Leiber. Tal vez sea porque ha sido más versátil que los otros, ya que su producción oscila entre aventureros relatos de capa y espada (las series de Fafhrd y el Ratonero Gris), sombrías advertencias de posibles futuros (Coming attractions) y punzantes sátiras de nuestro mundo (Un fantasma recorre Texas). O tal vez sea simplemente porque Leiber es un hombre de una vigorosa visión personal, que posee las herramientas literarias para expresarse vigorosamente. El relato que aquí presentamos es una breve y absurda sátira acerca de una convención de bichos, pero muestra a Leiber en su mejor momento: no hay un sólo personaje humano, pero se las arregla para decir más de las flaquezas de la humanidad que cualquier novela de ciencia-ficción repleta de torturados hombres y mujeres, condenados a inciertos destinos, contra un fondo de estrellas. Además, es una obra divertida.*

La mitad superior de una brizna de hierba que crecía en el solar cercado, junto al Museo Metropolitano de Arte de Manhattan, dijo:

–¡Escarabajos! ¡Cualquiera diría que son los reyes del mundo, por el modo como se comportan!

La mitad inferior de la brizna de hierba replicó:

–Tal vez lo sean. H. P. Lovecraft, el distinguido escritor de cuentos de horror, dijo en *La sombra fuera del tiempo* que existiría "una especie de coleópteros que continuaría a la humanidad". Otros expertos aseguran que todos los insectos, las arañas, o las ratas, heredarán la Tierra, pero el viejo H.P.L. dijo *coleopts*.

–¡Pedante! –se mofó la mitad superior–. ¡Especie de *coleopts*! ¿Por qué no decir simplemente "escarabajos" o "bichos"? Significa lo mismo.

–A mí tampoco me gustan las palabras largas –dijo la mitad inferior, imperturbable–, pero también te gusta empezar discusiones y emplear un modo de hablar cortante que no te es propio, que resulta más adecuado en un escarabajo anobio.

–Llamo pala a una pala –replicó la mitad superior–. Y hablando de aquello en que se hunden las palas (una concisa figura que significa el gredoso integumento de

la Madre Tierra), espero que no seamos triturados contra ella dentro de un segundo por algún cañonero. O por aplastadores de escarabajos, para acuñar una feliz expresión.

La mitad inferior explicó, condescendiente:

–El presidente y el secretario general de la Convención de *Coleoptis* tienen a su servicio una segura guardia de escarabajos de advertencia distribuidos alrededor de ellos para detectar cualquier aproximación de cañoneros. Una Línea de Coleópteros.

–¡Segura! –se mofó la mitad inferior–. Apuesto a que andan todos pavoneándose por ahí y almorzando en Schrafft's.

–Tengo la sensación de que va a ser una *con* espantosa y arruinada –dijo la mitad superior–. Todo el mundo terminará *conec. La espantosa con, ¿qué te parece el nombre?*

–Espantoso. Los piojos tienen sus propias *cons*. Pertenecen al orden *Psocoptera, Anoplura* y *Mallophaga*, no a la centelleante y divina orden de los coleópteros.

–¡Escolista! ¡Paranoide!

Las mitades superior e inferior de la brizna de hierba interrumpieron su polémica, jadeantes.

Los escarabajos de toda la Tierra, pero especialmente los de los Estados Unidos, estaban llevando a cabo su convención mundial bianual, Su cosa Bianual de Bichos, en el extenso solar cercado de Central Park, próximo al Museo Metropolitano de Arte, aunque parezca improbable, tal como lo había dicho la brizna de hierba con personalidad desdoblada.

Ahora bien, se puede pensar que es imposible que un enorme grupo de escarabajos, cuyo tamaño oscila entre escarabajos casi microscópicos hasta los unicornes de una pulgada y media de largo, lleve a cabo una gran convención en un área urbana densamente poblada, sin que los hombres lo adviertan. Si es así, usted ha subestimado gravemente la fuerza y sagacidad de la tribu de los coleópteros, y ha sobreestimado la sensibilidad y capacidad para apreciar los detalles del *Homo sapiens...* *sap* para abreviar.

Estos escarabajos habían tomado medidas de seguridad para burlar a la CIA y a la NKVD, en caso de que esas torpes organizaciones humanas los hubieran advertido. Por cierto que había una Línea de Escarabajos para advertir la aproximación de cañoneros –que son, por supuesto, los elefantinos pies, acorazados de cuero, de esos ignoradores de escarabajos, de esos gigantes ofuscados por la ciudad, los hombres. En caso de que amenazaran esos verdaderos barcos de combate, todos los escarabajos acreditados tenían orden de zambullirse entre las raíces de la hierba y refugiarse allí hasta que sonara la señal de "todo claro" en sus receptores ESP.

Y si un aplastador de escarabajos aterrizara por casualidad en uno o unos escarabajos, bien, en caso de que no lo sepan, los escarabajos son ovoides

equipados con *dymaxion* tales como ni siquiera Buckminster Fuller y Frank Lloyd Wright se atrevieron a soñar jamás, resistentes hasta un grado fabuloso y capaces de tolerar bombardeos de zapatos hasta la saturación, sin que se produzca ni una grieta en sus resplandecientes caparazones.

De modo que debemos dejar de lado cualquier duda o temor. Los escarabajos estaban llevando a cabo su convención mundial exactamente del modo y en el lugar que les he dicho. Había escarabajos de tierra de un verde brillante, metálicos escarabajos del bosque, amarillos escarabajos soldados, gloriosas mariquitas y apuestos y agradables escarabajos hongo de un rojo igualmente brillante, cantáridas de color gris carbón, crípticos escarabajos, flor de la familia de los escarabajos, con jeroglíficos amarillos impresos en el brillante lomo verde, inmigrantes y afluentes escarabajos japoneses, gorgojos, enormes y oscuros ciervos volantes, escarabajos con cuernos, matacanes como ópalos de fuego e incluso aquellas hiperjeroglíficas y enigmáticas maravillas de la familia *Chrysomelidae* y de la subespecie *Chrysomelidae calligrapha serpentina*. Todos entremezclándose en feliz camaradería, compartiendo tragos y *bans mots*, como lo desean los escarabajos. Cayendo a pique, saltando, pisando la luz fantástica e incluso en los momentos de mayor exhuberancia, levantando sus acorazados caparazones para hacer un corto vuelo de alegría con sus alas retractables, membranosas y tan sedosas como el reluciente encaje de la ropa interior de una baronesa vienesa.

Y no sólo escarabajos norteamericanos, sino coleópteros de todo el mundo: escarabajos asiáticos, de ojos oblicuos y túnicas doradas, escarabajos norteafricanos, con relucientes albornoces, escarabajos sudafricanos, salvajes como hormigas rojas con grandes peinados Afro, relamidos escarabajos ingleses, afables bichos del Continente, y billonarios escarabajos brasileños, brillantemente ataviados, junto con luciérnagas, bailando constantemente el carioca, aspirando éter y rociando generosamente a los otros escarabajos con esta intoxicadora bruma. Oh, un grupo grandioso.

Y no es que no hubiera una mosca en la leche en esta deliciosa sociabilidad coleóptera. Ya estaban en pie de guerra las cucarachas de New York, tratando de sabotear la convención porque no habían sido invitadas. Daban vueltas y vueltas alrededor del solar sagrado, entonando *slogans* con cerrado acento semítico y lanzando rudos epítetos de clase trabajadora.

—Pero por supuesto que no podríamos haberlas invitado, aun cuando hubiéramos querido —explicó el secretario general de la Convención, un apuesto escarabajo de resorte, en realidad un exaltador de infinita sutileza e infinitos recursos para los debates y las tácticas.

Como dice el libro: "Si el exaltador cae de espaldas, se queda quieto durante tal vez un minuto. Luego, con un fuerte *clac*, salta en el aire. Si tiene suerte, aterriza sobre sus patas y huye. Si no, vuelve a intentarlo". Y el secretario general sabía más de cien tretas.

—Pero no podríamos haberlas invitado aun cuando hubiéramos querido —decía ahora el secretario general— porque las cucarachas no son verdaderos escarabajos, en absoluto, no son coleópteros; pertenecen al orden *Orthoptera*, a la familia *Blattidae*... ¡Bla, bla, bla para ellas! Es más, la mayoría de ellas son

simplemente bichos alemanes (¿judíos alemanes, tal vez?) de Crotón, de estatura enana si se las compara con las cucarachas americanas, que, en una oportunidad, pertenecieron al Ejército Confederado.

En segundos, la plausible calumnia llegó a las cucarachas por medio de la red de información secreta de los insectos. Haciendo valer la acusación para sus propios propósitos de sabotaje, comenzaron a entonar rudamente y al unísono, mientras marchaban: "¡Bla, bla, bla, por las Blattidae!"

Además, todavía no habían llegado algunas importantes delegaciones de escarabajos, entre ellas las de Bangladesh, Suiza, Islandia y Egipto.

Pero a pesar de estas desventajas y perturbaciones, la sesión inaugural del Gran Congreso de Coleópteros tuvo un magnífico comienzo. El presidente, un robusto escarabajo de la papa de Colorado, que se parecía a Grover Cleveland, llamó al orden. Ante lo cual, hilera tras hilera de escarabajos de todos los colores del arco iris, se pusieron de pie entre el verdor y entonaron sonoramente –ahogando incluso los *bla* del albañal de las groseras cucarachas– el principal himno escarabajo:

*Los escarabajos no son bichos sucios,  
arañas, escorpiones, ni babosas.  
Héroes de los reinos insectales,  
lucen alas bruñidas en sus yelmos.  
Son divinos y lucidos, amistosos y queridos.  
No tienen agujón, por casi todo sienten amor.*

Lo cantaron, siguiendo la melodía de la *Oda a la Alegría* del último movimiento de la *Novena sinfonía* de Beethoven.

La sesión dejó a muchas esposas e hijos larvales de escarabajos, esposos y otros miembros sin voto librados a sí mismos. Pero esta situación ya se había previsto. Guiados por un muy bien informado, aunque un poco pesado, escarabajo escriba, fueron al Museo Metropolitano para llevar a cabo un *tour*, planeado tanto para entretener como para favorecer el enriquecimiento cultural.

Mientras el escarabajo escriba señalaba los items dignos de interés y soltaba sus discursos educacionales y bastante latosos, los escarabajos volaron a pique por todo el lugar, tanteando la forma de las grandes estatuas, arrastrándose por ellas y regodeándose en los abundantes trajes plateados de las armaduras medievales.

La mayoría de los acorazados ni siquiera los advirtió. Y aquellos que sí lo hicieron no parecieron perturbarse en absoluto. A casi todos los cañoneros –a pesar de que temen a las arañas y a los ciempiés y aborrecen a las cucarachas– les agradan los verdaderos escarabajos, tal como lo prueba la buena reputación de la mariquita, renombrada en las canciones y en los relatos por su admirable amor maternal y su habilidad para combatir el fuego. Estos cañoneros supusieron que

los escarabajos eran simplemente alguna nueva invención educativa del famoso museo, o un artificio decorativo con arabescos vivos.

Cuando los escarabajos del *tour* llegaron a las Salas Egipcias, comenzaron a tranquilizarse, hechizados por el arte más adecuado a los *coleoptes* a causa de su antigüedad y de su vivida precisión. Los deleitaron los diminutos ornamentos de las tumbas, parecidos a un juguete, y siguieron tanteando los coloridos murales, tratando incluso de descifrar los jeroglíficos, caminando por las líneas, curvas y rincones. Se lamentó mucho la ausencia de la delegación egipcia. Hubieran podido responder a muchas preguntas, aunque el escarabajo escriba se puso elocuente y exhibió prodigios de erudición improvisada. Pero cuando entraron a la sala que tenía un cartel que decía ESCARABS, su reverencia y admiración no conoció límites. Volaron con más suavidad que ratones en pantuflas de plumas. Se elevaron silenciosamente ante las jaulas de vidrio y contemplaron con asombro e instintiva reverencia fila tras fila de las formas de los escarabajos semejantes a gemas, albergados en su interior. Ni siquiera el escarabajo escriba tuvo nada que decir.

Mientras tanto, de regreso a la charlatana brizna de hierba, la mitad superior, que era en realidad un escarabajo tigre muy joven, llamado Speedy, dijo:

–Bien, no creo que estén todos abocados a un gran comienzo. Ésta promete ser la peor convención de toda la historia.

–No la disminuyas –reprobó la mitad inferior, que era en realidad una joven escarabaja sepulturera americana, llamada Big Yank–. La convención está saliendo bien... sesiones ordenadas, paseos educativos, ¿qué más se puede pedir?

–¡Bla, bla, bla, para las Blattidae! –comentó sarcásticamente Speedy–. La *con* se va al demonio en una cesta de bichos. Fíjate en ese tortuoso escarabajo de resorte que es secretario general... no hace nada bueno, puedes estar seguro. Un insecto insidioso, si sé lo que digo. Un exaltador... ¿de quién habrá conseguido exaltar? Y ese bicho de la papa que es presidente... un maldito plutócrata. Y en cuanto a los paseos educacionales por el museo... ¡mira lo que sucede!

–En verdad tienes una imaginación malvada –respondió serenamente Big Yank.

A pesar de su constante intercambio de pullas, el muchacho y la muchacha eran inseparables compañeros que habían corrido juntos más de una aventura excitante. Speedy tenía media pulgada de largo, era una velocísima belleza púrpura de las más ágiles y difíciles de cazar para los cañoneros estudiosos. Big Yank tenía una pulgada de largo, con caparazón de un negro reluciente y manchas rojas en forma de nube. Aunque rápida para debilitar y sepultar pequeños animales muertos, que serían el hogar y el alimento de sus larvas, el aspecto de Big Yank no era para nada mórbido.

Aunque su sexo era diferente y su relación muy íntima, Speedy y Big Yank jamás habían pensado en tener larvas juntos. Su amistad era de un carácter más viril o femenino y tenían los pies firmes, los doce pies que tenían.

–¿De veras piensas que sucederá algo *outré* dentro del museo? –preguntó meditativa Big Yank.

–Tengo la absoluta certeza –le aseguró Speedy.

En la Sala de los ESCARABS el silencio reverente había dado lugar a los susurros especulativos, exactamente ¿qué y quiénes eran los escarabajos que parecían gemas, dispuestos con pequeñas tarjetas blancas en el interior de las paredes de vidrio? Hasta el mismo escarabajo escriba se lo preguntaba.

Fue un escarabajo del pepino, de doce manchas, de color verde jade y muy imaginativo, quien difundió la intrigante idea de que los *escarabs* eran bichos vivientes absolutamente inmovilizados por medio de hipnosis o de drogas y aprisionados detrás de las paredes de grueso vidrio por los inescrutables cañoneros, que permanentemente hacían cosas horribles a los escarabajos y a los otros insectos. Los cañoneros eran los nefastos gigantes, más grandes que *Dioszilla*, de la leyenda escarabaja. Cualquier cosa que pareciera dañina o inexplicable, podía serles atribuida.

El ánimo especulativo se transformó ahora en una intensa preocupación. ¡Qué horrible era pensar en escarabajos que respiraban, vivos, drogados y sometidos a un lavado de cerebro y con un aspecto similar al de la muerte, enjaulados en vidrio por los cañoneros con algún propósito maligno! Debían hacer algo al respecto.

El grupo cambió sus planes en un momento y todos volaron de regreso a la convención, más rápidos que un ciempiés. La convención se hallaba profundamente inmersa en problemas tales como: *Soluciones propias para el DDT, Plataformas Marinas para Reaprovisionamiento de Vuelos Transoceánicos de Escarabajos*, y *¿Debe haber un Cese de Hostilidades entre los escarabajos y las Blattidae* (que aún seguían "Bla, bla").

Las noticias aportadas por los integrantes de la gira terminaron con todo eso y electrificaron a la convención. El secretario general exaltador cayó de espaldas tres veces seguidas y volvió a caer sobre sus pies nuevamente ¡*clic, clic, clic, clic, clic, clic!* El presidente escarabajo de la papa de Colorado abrió sus enormes ojos. Se decidió por voto unánime que los escarabajos prisioneros debían ser inmediatamente liberados. En pocos segundos la Operación Socorro estaba en marcha.

Una fuerza de choque de exploradores, espías y técnicos fue rápidamente enviada al museo para evaluar y planificar la operación. Confirmaron las deducciones y observaciones de los visitantes y decidieron que una rara clase de escarabajo, que contiene ácido fluorico, sería vital para la empresa.

Un subgrupo especial de estos investigadores siguió el trazo de los caracteres de la palabra SCARAB, caminando por las líneas. Su informe fue el siguiente:

"Primero un signo de Serpiente, ¿ven?" (Eso era la S)

"Luego una Serpiente anillada con una abertura" (Era la C)

"Luego Dos Serpientes que se Encuentran en la Noche y tienen Relación Sexual"  
(Esa era la A)

"Luego una Serpiente anillada, enroscada, Violando a una Serpiente Erguida o en cruz" (La R)

"Luego una repetición de las Dos Serpientes que se Encuentran en la Noche, etc."  
(la segunda A)

"Finalmente Dos Locas Serpientes anilladas, violando a una serpiente en cruz" (la B)

"No estamos seguros de las causas de esta enfatización del sexo."

"Sugerimos que se consulte a la delegación egipcia en cuanto llegue."

La Operación Socorro se llevó a cabo aquella misma noche.

Fue un completo éxito.

El ácido fluorhídrico hizo pequeños agujeros redondos en el vidrio de todas las jaulas. A través de ellos, hasta el último escarabajo de la Sala Egipcia fue transportado por escarabajos de acarreo –en su mayoría escarabajos estercoleros– hasta los profundos refugios de escarabajos, muy por debajo de Manhattan y acorazados para resistir los avances de las cucarachas.

Se hicieron infinitos intentos de que los escarabajos hipnotizados y drogados recuperaran la conciencia y el movimiento. Todos fracasaron.

Impávidos, los escarabajos decidieron simplemente venerarlos. Surgió un nuevo culto entre ellos.

La delegación egipcia arribó, escarabajos gloriosos como faraones, y al acto advirtió lo ocurrido. Sin embargo, decidieron guardar su sabiduría en secreto por el bien de la escarabajería. Hicieron las debidas genuflexiones ante los *escarabs* tal como lo hacían los escarabajos ignorantes.

Las cucarachas tenían su teoría propia, pero siguieron formando piquetes que entonaban "Bla, bla, por las Blattidae".

A causa de sus teorías, sin embargo, un fanático escarabajo egipcio se enloqueció y decidió que los escarabajos estaban indudablemente vivos aunque drogados, y que todo el asunto formaba parte de un Complot Mundial de Cucarachas llevado a cabo por un comando israelí de escarabajos y sus compañeros de viaje. Sus locas opiniones no fueron creídas.

Los seres humanos quedaron perplejos ante el asunto. El curador del *Met* y el jefe de detectives de New York, que investigaba el delito, contemplaban las jaulas vacías con estúpido asombro.

–Maldición –dijo el jefe de detectives–. Al mirar todos esos pequeños agujeros, juraría que fueron escarabajos quienes hicieron el trabajo.

El curador sonrió amargamente.

–Hey, esto nos catapulta a la posición de los mejores ladrones de joyas del mundo – dijo Speedy,

Por una vez, Big Yank tuvo que estar de acuerdo.

–Es terrible que el público, tanto humano como coleóptero, jamás lo sabrá –dijo, pensativa.

Y luego, animándose:

–Eh, ¿qué tal si corremos otra aventura?

–Vale –dijo Speedy.

# El reino de las hormigas

Herbert George Wells

*The empire of the ants*, © 1905 (*The Strand*, Diciembre de 1995). Traducido por Alfonso Hernández Catá en *Narraciones de ciencia ficción*, Editorial Castellet, 1971.

## 1

Cuando el capitán Guérilleau recibió la orden de conducir el *Benjamín Constant*, cañonero de su nuevo mando, a lo largo del río Batemo para socorrer a los indígenas de Badama amenazados por una invasión de hormigas, sospechó que las autoridades navales trataban, por venganza, de ponerle en ridículo. En su reciente ascenso habían influido de una manera novelesca y eficaz para alterar la regularidad del escalafón la azul languidez de sus ojos y el capricho de cierta noble brasileña; y con tal motivo *El Diario* y *O Futuro* insinuaron capciosas ironías, cuyo recuerdo sólo estimulaba en él la decisión de evitar el menor pretexto a nuevas burlas.

En su calidad de criollo, el capitán Guérilleau tenía de la etiqueta y de la disciplina una idea exclusivamente portuguesa; y con el único que se franqueaba a bordo era con el ingeniero Holroyd. Estas confidencias le permitían, de paso, practicar el idioma inglés con una pronunciación que siempre fue en extremo burda.

—Si me envían a esa comisión es para ponerme en ridículo —le dijo arrugando colérico la orden—. ¿Qué puede hacer un hombre contra las hormigas sino dejarlas venir y marcharse cuando se les antoje?

—Parece ser —respondió Holroyd— que éstos vienen y no se van. Ese marinero que me ha dicho usted que es un Sambo...

—Sí, hijo de india y blanco, mestizo.

—Pues ése asegura que no serán las hormigas, sino los hombres, los que cedan el terreno esta vez.

El capitán fumó durante algunos instantes nerviosamente y luego opinó:

—¡Quién sabe si tenga razón! Nadie puede saber lo que se propone Dios con esas invasiones de hormigas. Ya en la Trinidad hubo una, pero fueron hormigas pequeñas, de esas que cortan y transportan hojas; y, sin embargo, todos los naranjos y manglares quedaron en esqueleto. ¿No es extraño ese poder de destrucción? A veces verdaderos ejércitos de hormigas de una especie que pudiéramos llamar belicosa, han invadido aldehuelas enteras, y al volver los expulsados habitantes las hallaron limpias de todo insecto: ni pulgas, ni cucarachas, ni nada...

—El mestizo —replicó el ingeniero— asegura que éstas son de una especie mucho más terrible.

Guérilleau se encogió de hombros y, taconeando irascible, se puso a mirar el cigarrillo. No tardó mucho en expresar la insistencia de sus ideas:

—¿Me quiere usted decir, mi querido Holroyd, qué puedo yo hacer contra hormigas más o menos infernales?

Y tras nueva reflexión, ratificó:

—Nada. ¡Es absurdo... Absurdo!

A mediodía se puso el uniforme de gala y bajó a tierra, de donde no tardaron en llegar, precediéndole, toda suerte de bultos. Sentado bajo la toldilla para disfrutar del frescor vespéral, el ingeniero fumaba absorto en la contemplación del paisaje. Estaban a seis días de la desembocadura del Amazonas y no muy lejos del opuesto océano cuya vasta anchura recordaba muchas veces el gigantesco río; al Sur se divisaba una isla arenosa de escasísima vegetación, y el agua corría continuamente espesa, turbia, cual si viniera de una esclusa monstruosa perdida entre las dos filas de milenarios árboles... De una esclusa en la que por raro y poderoso capricho hubiesen puesto caimanes y toda clase de fluvial fauna. El vasto silencio penetraba el espíritu, y la aldea de Lemquer, sobre la cual se destacaba la pequeña iglesia junto a ruinas delatoras de un pasado próspero, parecía entre la fronda lujuriente una moneda de plata caída en el desierto... El ingeniero inglés, que veía los trópicos por vez primera, recordaba el paisaje nativo, donde vallas, fosos y canales reducen la naturaleza a la más perfecta sumisión. En los seis días que llevaban remontando el río, el esplendor indomado de aquel rincón del mundo le había sugerido una idea hasta entonces no presentida: la insignificancia del hombre. Durante el viaje apenas habían encontrado rastros humanos; un día se cruzaron con una canoa, otro entrevieron en un repecho de la orilla un puesto de vigilancia, y otros, casi todos, nada... nadie. Holroyd comprendió durante este viaje que el hombre es un animal poco frecuente cuyo dominio terrenal se reduce a una ínfima parte del globo.

A medida que se prolongaba la sinuosa navegación hacia Badama se daba más profunda cuenta de aquellas verdades. El pintoresco capitán, preocupado tan pronto de las hormigas como de la recomendación recibida de economizar las municiones del cañón de proa, no lograba apartar ambas ideas de su meditación. A pesar de aplicarse al estudio del castellano para entretenerse, en la práctica estaba constreñido aún a conjugar todos los verbos en presente y a emplear escueto el sustantivo, y la sola persona capaz de comprender el inglés, fuera de Guérilleau, era un fogonero negro, que más que hablarlo lo tartamudeaba con fatigosa angustia; así que Holroyd no podía expansionarse mucho. El segundo comandante, llamado Da Cunha, aseguraba hablar francés, pero debía ser un francés diferente del aprendido por el ingeniero en el colegio de Southport, y eso hacía que sus relaciones se limitaran a un cambio de cortesías y de breves observaciones sobre el tiempo, el cual, como tantas otras cosas en el desconcertante nuevo mundo, carecía de alteraciones familiares y era día y noche tórrido, saturado de humedad, surcado apenas por bocanadas caliginosas portadoras de miasmas de pútridas vegetaciones; y árboles, pájaros, insectos, alimañas, serpientes y monos, en terrible variedad, parecían preguntar al hombre con monotonía hostil qué venía a buscar a aquellos parajes, en cuyo cielo los soles carecían de júbilo y las noches de frescas brisas. Aun cuando los vestidos pesaban horriblemente sobre el cuerpo, era imposible desnudarse a causa del

calor durante el día y de los mosquitos por la noche. Sobre el puente deslumbraba la luz, mientras en los camarotes se sentían principios de asfixia. Moscas sutiles, ligeras y dañinas, picaban en los tobillos y en los puños; y el capitán Guérilleau, única y pintoresca compensación para Holroyd de tantas incomodidades físicas, se había tornado fastidioso, repitiendo día tras día sus vulgares aventuras cual si desgranara un rosario. A veces, Da Cunha proponía una partida de caza, y disparaban algunos tiros sobre los caimanes; de raro en raro se detenían junto a los caseríos agazapados bajo los árboles e improvisaban festejos cuyos dos únicos números eran el baile y la bebida. Estas escalas constituían oasis momentáneos en la aridez tediosa del viaje sobre las aguas rápidas, aturdidos por el trepidar de los motores; y como no podían llevar a bordo a mujer alguna, se contentaban con reverenciar la damajuana, obesa y seductora deidad prodigadora de entusiasmos y olvidos que se erguía a popa como sobre un altar. Holroyd pensaba con complacencia que debía haber otra divinidad de repuesto en el fondo de la bodega.

A cada escala Guérilleau recogía nuevos pormenores acerca de la invasión de las hormigas, y concluyó interesándose por su misión.

–Se trata de una nueva especie –decía al volver de interrogar a algún indígena–. Una especie desconocida que seremos los primeros en estudiar, pues vamos a convertirnos en... ¿cómo se llaman los que estudian bichejos? Entomólogos, sí... Dicen que son enormes, que algunas tienen cinco centímetros y aún más... ¿Verdad que es grotesco? ¡Eso de convertirnos en atrapadores de hormigas!... Lo malo es que, según dicen, éstas lo devoran todo y están arrasando la comarca.

Y agitado de patriótica preocupación, prosiguió:

–Supongamos que estalla inopinadamente una guerra con cualquier país de Europa y me coge a mí aquí, a seis días de viaje... Figúrese. ¡Un cañón menos al servicio de la patria!

Y dándose palmaditas en la rodilla, volvió a su idea dominante sin fijarse en la sonrisa irónica del ingeniero.

–Esas gentes en cuyo campamento bailamos ayer, son fugitivos obligados a huir de sus hogares sin poder coger siquiera muebles ni ropa. Las hormigas llegaron un mediodía y fue preciso dejarles libre el terreno inmediatamente y escapar; una sola hora de retraso habría bastado para que los devorasen. ¿Comprende? Por lo general en cuanto se comen los granos y los insectos vuelven a irse, pero esta vez no fue así. Y cuando trataron de ir a explorar y ver si tenían ya permiso para volver a ocupar sus casas, sucedió una cosa espantosa. El primero que se atrevió a entrar fue un mozo, y las hormigas lo atacaron.

–Pero, ¿cómo? ¿En grupos? ¿A picotazos? ¿A mordiscos?

–No sé. Sus parientes lo vieron salir despavorido de la casa, pasar como loco junto a ellos y tirarse de cabeza al río para ahogar las hormigas, que le daban un aspecto negro y horrible.

Y acercando a la cara de Holroyd sus ojos límpidos y oprimiéndole las rodillas, terminó en voz baja y emocionada:

–Por la noche el muchacho murió, cual si lo hubiera mordido una serpiente.

–¿Envenenado por las hormigas?

–¡Quién sabe! Acaso las mordeduras fueran tan tremendas que no hiciese falta veneno... ¡No nos debían mandar para esto!... Yo estudié la carrera para luchar con hombres, no con bichos... Eso no debía de ser cosa nuestra.

A partir de ese día el capitán habló con frecuencia de las hormigas; y cada vez que la casualidad les deparaba el encuentro con un ser humano en aquella inmensidad de agua, de Sol y de inmensos bosques distantes, Holroyd oía que la palabra indígena «sauba» (hormiga) se repetía como un *leit motiv* inquietante en las conversaciones. El interés crecía a medida que se aproximaban a la zona invadida. Esta curiosidad general hizo que el capitán depusiese su gesto autoritario para aceptar la conversación del segundo, que conocía acerca de las especies de hormigas comunes curiosas particularidades, reveladas a Holroyd a través de la traducción nada fácil de Guérilleau. Da Cunha habló del ejército anónimo de obreras que pululan y combaten guiadas por otras hormigas mayores, reinas al parecer, que cuando ya el enemigo está casi vencido trepan hasta el cuello, infligiendo picaduras de las cuales brota la sangre; explicó también con qué habilidad cortan las hojas para protegerse con ellas, y aseguró haber visto en Caracas hormigueros de más de cien metros... Durante tres días discutieron los tres si las hormigas tenían o no ojos; y la discusión llegó a exaltarse tanto con peligro de jerarquías y respetos, que Holroyd creyó oportuno ir a tierra en busca de una hormiga y decidir experimentalmente la duda. En efecto, capturó varias de distintas especies, y tras largos exámenes creyeron comprobar que unas tenían ojos y otras no. Entonces la discusión volvió a encrespase, so pretexto de si las hormigas mordían o picaban.

–Estas que vamos a combatir –dijo el capitán, que aseguraba haber visto algunas en un rancho–, no sólo no carecen de ojos, sino que los tienen grandísimos, y en lugar de correr a ciegas como las comunes, permanecen quietas en un rincón y observan desde él antes de atacar.

–Pero, ¿pican? –preguntó Holroyd.

–Sí, pican e infiltran ponzoña en la picada... Mientras más pienso menos me explico qué podremos hacer contra ellas. Acabarán por irse según han venido, y en paz.

–¿Y si no se van?

–Alguna vez han de irse, ¡qué caramba! –respondió Guérilleau.

Pasado Tamandú, el río se dilataba en una solitaria extensión de ochenta millas para estrecharse luego y fundirse con otro río aún más caudaloso. En la confluencia tupidos bosques parecían querer encerrar la corriente; el aspecto no era ya el mismo: troncos y vegetaciones flotaban a la deriva, y por primera vez el *Benjamín Constant* pudo amarrarse aquella noche a los troncos seculares de árboles cuyo ramaje llegaba casi hasta la borda. Holroyd y Guérilleau permanecieron despiertos hasta muy tarde, disfrutando de la deliciosa sensación de estar sumidos en una de las bellezas más grandes de la naturaleza. Entre cigarro y cigarro el capitán hablaba, sin lograr libertarse de la obsesión de las

hormigas; ya muy tarde, temeroso del calor, mandó tender una colchoneta sobre el puente. Sus últimas palabras antes de dormirse fueron de amedrentada perplejidad.

—¿Qué vamos a hacer contra esas endiabladas hormigas? ¡Es absurdo, absurdo!

Ya solo, Holroyd, clavándose de vez en cuando la uña para mitigar el dolor en la picadura de algún mosquito, se puso a meditar sentado bajo la toldilla, mientras escuchaba la respiración intranquila de Guérilleau. Rumores extraños partían tan pronto del río como de la selva, y la misma impresión de grandeza que lo había empequeñecido al ponerse por primera vez en contacto con el trópico, se apoderó de nuevo de él. Sólo una luz fulgía sobre la sombría masa del cañonero; la brisa traía de proa bisbiseo de conversación, y luego volvía a quedar todo en calma. Sus ojos iban desde la obra muerta del buque a las aguas, que parecían muertas también, y a la masa profunda del bosque, que se dijera deseosa de penetrar en el río. Entre la fronda, de tiempo en tiempo, palpitaba la llamita fosfórica de algún gusano de luz, y sin turbar el vasto silencio se percibían crujidos, susurros, signos de esa actividad misteriosa y profunda que palpita durante la noche en los bosques.

La selvática inmensidad del paraje lo conmovía. Como todo hombre, Holroyd sabía que los cielos son inmensos y el océano desmesurado e indomable; pero esta noción abstracta había sido modificada por la vida en su país natal, donde todo parece indicar que el mundo pertenece al hombre... Y esta afirmación orgullosa, en Inglaterra no era mentira: allí los animales no domésticos viven por tolerancia y crecen según contrato; por doquiera los caminos, las cercas, las precauciones, hablan de una seguridad establecida por el hombre a su exclusivo servicio; y desde la escuela, en los mapas, se adquiere la noción de que la Tierra pertenece al hombre, que colorea con agradables tintas las porciones ocupadas por cada pueblo mientras deja en un azul monótono la amplia inmensidad de los mares... De este modo Holroyd, igual que tantos, había aceptado sin casi considerarla la idea de que un día no habría sitio del globo en donde el arado no hubiese hecho surco, ni humano agrupamiento en que llanos caminos y ágiles tranvías no facilitasen el tráfico llevando a todas partes la seguridad organizada. Mas ahora, ante la inmensidad americana, empezaba a dudar.

El bosque rumoroso parecía responder a su duda diciéndole: «Soy invencible; si tolero la presencia del hombre es a título de intruso inofensivo a quien impongo la disyuntiva de abandonarme o perecer». Milla tras milla, enmarañándose, los troncos gigantes, los tupidos arbustos y las enredaderas parásitas unen su barrera a las flores cuyo aroma pujante hace desfallecer las cabezas más fuertes; y a cada paso la tortuga, la serpiente, la variedad infinita de pájaros, insectos y fieras, parecen también decir al hombre: «Estamos en nuestros dominios; nada tienes que hacer aquí». La menor victoria sobre la selva cuesta tremendos sacrificios; hay que combatir la vegetación y los animales; hay que exponerse a sucumbir por la picadura, por la garra y por la fiebre... Y como prueba de la realidad de su meditación, aquí y allá una cabaña abandonada y un ajuar derruido decían a Holroyd la lección del hombre derrotado en su intento de conquistar los intrincados reinos del jaguar y del tigre.

¿Y eran los terribles felinos los verdaderos dueños? Holroyd pensó que selva adentro, a muy pocas millas, debía de haber más hormigas que hombres hay en

el mundo; y tuvo de súbito esta idea absolutamente nueva y terrible: Si en algunos millares de años el hombre ha pasado del estado bárbaro a un grado de civilización que le permite creerse dueño del porvenir y soberano de la Tierra, ¿quién impedirá a las hormigas evolucionar de manera análoga? Las conocidas por él vivían en pequeños grupos, sin esfuerzo alguno coordinado contra las fuerzas hostiles; mas si es innegable que poseen un lenguaje y no carecen de inteligencia, ¿por qué habían de detenerse en su estado actual más de lo que se detuvo el hombre en el estado de barbarie?... Supongamos que las hormigas comenzaran a metodizar sus conocimientos y que así como nosotros centuplicamos nuestro poder merced a la tradición y a la escritura, inventaran armas, fundaran imperios y sostuvieran guerras organizadas estratégicamente... ¿Por qué no pensar en la posibilidad de todo esto?... El ingeniero recordó los detalles recogidos por el capitán acerca de aquellas hormigas misteriosas y formidables contra las cuales iban a luchar. Según todos los testimonios, disponían de un veneno tan mortífero como el de las peores serpientes, y obedecían a jefes más aptos por lo visto que las hormigas cortadoras y acarreadoras a que se había referido Da Cunha. Y por si esto fuese poco, eran carnívoras, valerosas, y en lugar de partir después de haber limpiado las casas de granos e insectos, permanecían irreductiblemente fieras, igualmente dispuestas a no compartir con el hombre ningún dominio.

Nada turbaba la quietud de la noche. El agua susurraba contra los costados del navío, y en lo alto, en torno a la luz del mástil, se agitaba un zumbar de falenas. De pronto la voz soñolienta de Guérilleau dijo en la obscuridad, mientras el cuerpo daba una vuelta para poder inmovilizarse de nuevo:

—¿Qué podemos hacer contra esas hormigas?

Y Holroyd fue rescatado del horror de su siniestro ensueño por el clarinear de un mosquito que giraba en torno de su frente, dispuesto a herir.

## 2

Cuando supo Holroyd a la mañana siguiente que estaban a menos de cuarenta kilómetros de Badama, las riberas más próximas atrajeron su atención. A cada rato subía al puente para observar los alrededores; pero ningún signo de vida humana percibía, excepto las ruinas de alguna casa y la fachada musgosa del abandonado convento de Mojú, por una de cuyas ventanas, cual alegoría del triunfo de la naturaleza, asomaba un árbol su ramaje mientras enredaderas tupidísimas cubrían casi las desconchadas paredes. Extrañas mariposas amarillas, de alas casi traslúcidas, cruzaban el río e iban de vez en cuando a posarse en la cubierta, donde los marineros se entretenían en cazarlas... Fue aproximadamente a mediodía cuando vieron a lo lejos el lanchón arrastrado por la corriente.

A primera vista no creyeron que navegase sin rumbo, pues las velas flácidas parecían esperar la brisa y una forma humana se divisaba a proa sentada junto a los dos grandes remos. A popa también otra silueta semejaba dormir apoyada contra el extremo del puente central; pero bien pronto las oscilaciones del timón y la tendencia a ser atraída por la estela del cañonero, demostraron que algo

insólito ocurría a bordo. Guérilleau, que se puso a observarla con los gemelos, se asombró de la extraña negrura del rostro del hombre sentado a proa; y por más que graduó el anteojo no pudo distinguir la nariz en la mancha negrorrojiza de la cara. El cuerpo parecía más desplomado que sentado a medida que se aminoraba la distancia, y el capitán sentía nacer y crecer en sí una especie de repugnancia hacia aquel misterio del que, sin embargo, no podía separar la atención. Cuando ya estuvo algo más cerca, llamó a Holroyd y ordenó una maniobra para acortar aún más la distancia. Ya a simple vista se veía el nombre de la lancha –*Santa Rosa*– escrito a ambos lados de la proa, que cada vez parecía buscar más decididamente la estela del *Benjamín Constant*.

Al girar el cañonero para acercarse, la *Santa Rosa* oblicuó brusca y la silueta del hombre sentado a proa se desplomó cual si todas sus articulaciones se hubiesen aflojado de súbito; el sombrero rodó por el puente y dejó al descubierto una cabeza de aspecto repugnante.

–¡Caramba! ¿Ha visto usted? –exclamó Guérilleau saliendo al encuentro de Holroyd, que subía la escalerilla del puente.

–Sin duda está muerto –contestó Holroyd–. Creo que lo mejor será arriar uno de nuestros botes e ir a ver. Algo raro pasa en ese lanchón.

–¿Se ha fijado usted en la cara del hombre?

–No. ¿Cómo la tiene?

–No sé cómo –dijo el capitán contrayendo la boca en un gesto de asco.

Y volviendo de súbito la espalda al inglés, gritó varias órdenes... El cañonero volvió a virar para seguir una dirección paralela a la de la barca; se arrió un bote y embarcaron en él tres hombres al mando del segundo. Devorado por la curiosidad, el capitán maniobró para colocar su navío lo más cerca posible de la *Santa Rosa*, y mientras los remeros bogaban hacia ella, él y Holroyd eran enteramente ojos... Sin duda alguna sólo estaban a bordo los dos hombres que parecían cadáveres; y aun cuando no podían distinguirse bien sus caras, la crispadura de las manos y la tumefacción de todos los miembros demostraba que habían sido sometidos a algún extraño proceso de descomposición. Durante un instante el interés de Guérilleau y Holroyd se concentró en los hatijos de ropas extrañamente sucios a primera vista; luego fue a fijarse en el entrepuente, donde se apilaban cajas y baúles. La puertecilla de la camareta estaba inexplicablemente abierta, y a medida que la distancia era menor comprobaron aquí y allá grandes manchas negras, movibles. Aquel vaivén obscuro los fascinó enseguida, y al verlo ensancharse en torno de los hombres caídos, les vino a la imaginación, sin necesidad de esforzarse, la imagen de las multitudes saliendo de la plaza al concluir una corrida de toros. Holroyd, que había cambiado de sitio para ver mejor, se dio cuenta de que el capitán estaba junto a él, y le dijo:

–¿Tiene sus gemelos ahí? Fíjese bien en el aspecto de las manchas.

Guérilleau miró con insistencia, balbuceó algunas frases y le tendió los anteojos al ingeniero, quien después de mirar otro rato repuso:

–Son las hormigas, no cabe duda. Ya ve que salen a recibimos.

Se pusieron de nuevo a observarlas, y al pronto creyeron estar viendo hormigueros semejantes a los de la especie común; mas no tardaron en notar que las hormigas eran mayores, y que algunas de ellas llevaban una especie de manto grisáceo. El examen era tan dificultoso a causa de la oscilación de la lancha, que no podían percibir los detalles. De pronto, la cabeza del segundo apareció tras la borda de la *Santa Rosa* y entabló con el capitán un breve coloquio:

–Suba a bordo –dijo el capitán.

Como el teniente objetase que la barca estaba llena de hormigas, Guérilleau arguyó:

–¿No tiene usted botas? Unos cuantos pisotones le bastarán para abrirse camino.

Desviando la conversación, gritó el segundo:

–¿Cómo habrán muerto estos pobres hombres?

El capitán se extendió en hipótesis que Holroyd no pudo seguir, y empezó luego a discutir con vehemencia creciente, mientras el ingeniero, tomando de su mano los anteojos, tornó a examinar las hormigas y el cadáver tendido sobre la cubierta central. He aquí la minuciosa descripción que más de una vez ha hecho de aquel examen:

«Las hormigas eran mayores que las de todas las demás especies conocidas, y se movían con rapidez y precisión nada semejantes a los ciegos tanteos con que suele proceder la hormiga común. De cada veinte o veinticinco se destacaba una más grande, cuya cabeza, sobre todo, tenía desmesurado tamaño; y viéndolas reunirse en torno a las otras, como si coordinaran su esfuerzo, pensé enseguida en capataces que capitaneaban un grupo. Estas hormigas mayores recogían el cuerpo extrañamente antes de avanzar, al modo de minúsculos felinos, cual si quisieran servirse mejor de sus patas anteriores. Y más de una vez tuve la idea extraña, imposible de verificar por la distancia y la movilidad de la lancha y del cañonero, de que la mayor parte tenía, tanto en derredor del cuerpo como en la extremidad de sus patas, algo artificial, añadido para ampliar su poder de acción, que brillaba como metal blanco.»

El conflicto de disciplina se elevaba entre el capitán y su segundo con acres caracteres, y arrancó al ingeniero de su contemplación. Guérilleau vociferaba crispando los puños:

–¡Su deber es cumplir la orden y subir a la lancha!

El teniente no parecía participar de esta opinión, y para buscar testigos y apoyo volvía la vista hacia las cabezas cobrizas de los marineros mulatos que tenía cerca. Holroyd, para desviar la cuestión, dijo en inglés:

–Me parece que esos pobres hombres han sido devorados por las hormigas.

Pero, sin responderle, el capitán siguió interpelando colérico a Da Cunha:

–¡Le intimo por última vez a subir, y si no cumple la orden, incurre en el delito de insubordinación! ¿Lo oye? De insubordinación y cobardía... ¿Es ése el valor que

se le supone en la hoja de servicios? ¡Si tarda un minuto más en subir, lo meteré en el calabozo, le formaré consejo de guerra y hasta lo fusilaré si es preciso; sí, señor!

Siguió lanzando un torrente de injurias con los puños agarrotados y los pies trémulos, mientras el teniente, silencioso, lívido, lo miraba sin decidirse, pintada la angustia en los ojos. Toda la marinería se había reunido a proa, estupefacta... De pronto, en un instante en que el capitán se detuvo para tomar aliento, el segundo pareció adoptar una heroica resolución, y alzándose merced a una flexión de sus membrudos brazos, subió a la *Santa Rosa*. El capitán contuvo un nuevo alud de imprecaciones y cerró la boca en un «¡ah!» de satisfecha curiosidad.

Holroyd vio a las hormigas retirarse ante los pesados pasos de Da Cunha, que al llegar junto al cadáver caído en el puente titubeó, se inclinó sobre él y, asiéndolo por la chaqueta, le dio una vuelta para verlo de cara. Una verdadera oleada negra salió del traje, y el teniente retrocedió con rapidez y pateó tres o cuatro veces violentamente. El ingeniero volvió a coger los anteojos, y pudo ver en torno a las recias botas del intruso dispersarse las hormigas y proceder de manera opuesta a la de sus hermanas de la especie común: en vez de perder terreno y tiempo en locas idas y venidas, se apartaban en línea recta y, agrupándose a poca distancia, parecían considerar a Da Cunha como lo haría un grupo de hombres ante un gigantesco monstruo que acabara de derrotarles.

—¿De qué ha muerto? —gritó el capitán.

Holroyd adivinó que el teniente explicaba que el cuerpo estaba demasiado desfigurado para darse cuenta de la causa de la defunción. La voz del capitán volvió a preguntar:

—¿Qué hay en la camareta de proa?

Da Cunha avanzó algunos pasos y comenzó a responder en portugués; de pronto se detuvo, sacudió con brusco ademán una pierna en movimientos extraños, cual si tratara de pisotear objetos invisibles, y se encaminó de prisa hacia el bote; mas dominado otra vez por el sentimiento del deber, dio media vuelta y, después de bajar a la bodega, se le vio escalar la proa e inclinarse un instante sobre el otro cadáver. Casi enseguida lanzó un gemido y volvió a desandar su camino a pasos rígidos, hasta que se detuvo y en tono respetuoso y frío que contrastaba con la excitación anterior, se puso a dialogar con el capitán. Holroyd, no pudiendo comprenderle bien, no abandonaba los gemelos, y observó que las hormigas habían desaparecido de todos los sitios visibles; mas en los rincones sobrios le pareció distinguir el brillo de innumerables ojos brillantes, en acecho.

Entre el capitán y el teniente se decidió que la *Santa Rosa*, demasiado llena de hormigas para consentir la permanencia de un destacamento, debía ser remolcada; y Da Cunha marchó de nuevo a proa para recibir el cable y amarrarlo, mientras los marineros, de pie en el bote del *Benjamín Constant*, miraban curiosos sin poder prestarle ayuda. Cada vez más impresionado, Holroyd se daba cuenta de que una actividad al mismo tiempo unánime y furtiva agitaba a los misteriosos insectos. Por lo pronto descubrió que gran número de hormigas gigantes, no menores de tres o cuatro centímetros, iba de una zona oscura a otra arrastrando objetos inidentificables. No marchaban en columnas compactas,

sino en líneas que evocaban los avances, alternados de carreras y ocultaciones, de la moderna infantería bajo el fuego; y como hace ésta en cada trinchera o montículo, se detenían en los accidentes favorables de la cubierta antes de ir a reunirse en multitud innúmera junto a la escalerilla de la bodega por donde indefectiblemente Da Cunha tenía que pasar al regreso.

Holroyd no las vio asaltar al teniente, pero tuvo la certeza de que el ataque había sido ejecutado con terrible método. El grito de Da Cunha fue tan repentino, tan angustioso, que les heló la sangre:

—¡Me han picado, me han picado!

Un instante lo vieron volver hacia ellos su cara dolorida y rencorosa, correr a pasos inciertos hacia la borda y lanzarse al agua con tal violencia, que suscitó un gran remolino.

Los marineros lo izaron al bote y lo condujeron a bordo, donde murió pocas horas después.

### 3

Al salir del camarote donde el cuerpo del desventurado Da Cunha yacía inflado y contorsionado por la terrible muerte, Holroyd y el capitán se dirigieron a popa y permanecieron un rato contemplando la barca siniestra que seguía las aguas del *Benjamin Constant*. Las tinieblas de la noche sólo eran interrumpidas de tiempo en tiempo por relámpagos estivales azulosos y trémulos, y la barca de la muerte —vago triángulo oscuro— se deslizaba tras ellos con su velamen flácido, sobre el cual el humo de las chimeneas del cañonero ponía un palió de sombra que a veces surcaban rojas chispas... El pensamiento de Guérilleau se detuvo en el recuerdo del agrio coloquio sostenido por la mañana con su segundo y en las palabras acusadoras proferidas por éste en el delirio de la fiebre postrera.

—Es absurdo que haya dicho que yo lo asesiné... ¿No le parece? ¡Alguno tenía que subir a la lancha!... ¿Es que no va a quedar otro remedio que dejarles el campo libre a esas condenadas hormigas en cuanto se presenten?

Holroyd, sin responder, pensaba en el disciplinado asalto de los pequeños e innumerables monstruos sobre la cubierta desnuda, bajo el fuego del Sol. El capitán insistió aún:

—Era a él a quien correspondía ir: yo no podía abandonar el mando. ¿Puede un militar quejarse de morir cumpliendo su deber?... ¡Asesinado! Lo que pasa es que estaba... ¿cómo diré yo?..., loco, loco, sí... quizá por efecto del veneno. ¿No lo cree usted?

Siguió un largo silencio a esta pregunta, e interpretándolo como favorable respuesta, el capitán dijo:

—¡Hay que hundir esa maldita barca!... Voy a mandar ahora mismo que le prendan fuego.

—¿Para qué?

La pregunta pareció irritarlo, y encogiéndose de hombros y cruzándose de brazos, preguntó a su vez:

—¿Que para qué? Para hacer algo. Lo que es esas hormigas no volverán a matar a ningún hombre.

Holroyd no tenía ganas de conversación y no contradijo a Guérilleau. Lejana algarabía de monos llenó de gritos agoreros la densa noche al acercarse la cañonera a la orilla frondosa y suscitar el croar áspero de las ranas. Después de un largo intervalo durante el cual el capitán repitió varias veces sus propias palabras para buscar la controversia, lo invadió una cólera activa que se tradujo en blasfemias y órdenes. Toda la tripulación pareció alegrarse, cual si un deseo de venganza multiplicara su celo. Se cortó el cable, volvieron a arriar el bote, y brazos fornidos lanzaron a la barca siniestra pedazos de estopa saturados de petróleo y luego mechass encendidas. Poco después surgió detrás del cañonero una llama alegre y crujiente; y Holroyd veía la lanza de oro elevarse en la sombra e iluminar el agua, el buque, la ribera, con luz tan pronto amarilla como verdosa. Hasta los maquinistas subieron a ver el espectáculo... Detrás de Holroyd la voz del mulato dijo después de un gran esfuerzo filológico:

—«Sauba» hacer era, era... ¡Oh, yo contento, contento!

Y estalló en ancha risa que no logró comunicar al ingeniero, quien, recordando el drama de la mañana, estaba pensando que las innumerables hormigas abrasadas en la hoguera flotante tenían también ojos para ver y cerebro para pensar.

La interrogación desesperada de Guérilleau «¿qué hacer contra ellas?» se había también incrustado en su mente, y se la repetía a sí mismo todavía cuando el cañonero fondeó delante de Badama. El caserío, con sus techos de palma seca, sus establos, su quieto molino verdecido de enredaderas y su paseo ribereño orillado de rosales que se inclinaban para mirarse en la corriente, dormía en la quietud matinal; y a medida que el Sol iba subiendo, parecía muerto en vez de dormido. En cuanto a las hormigas, su pequeñez y la distancia impedían comprobar su presencia.

—Todos los habitantes deben haber huido —dijo Guérilleau—; pero como hay que hacer algo pitaremos con la sirena por si queda alguno.

Holroyd tiró del alambre del silbato, y un lamento agudo y tembloroso llenó el aire y fue a arrancar ecos al bosque. Cuando se extinguió, el capitán tuvo una idea laboriosamente concebida:

—Podemos hacer una cosa —dijo.

—Usted dirá.

—Tocar la sirena otra vez.

Y mientras el alarido volvió a vibrar en la quietud del día naciente, Guérilleau medía a grandes zancadas la cubierta, agitado por pensamientos múltiples que, a veces, temerosos de romper la prisión del cerebro, asomaban a los labios en fragmentos discordes, ya en español, ya en portugués. Parecía dirigirse a un tribunal invisible y justificar ante él su conducta; Holroyd percibió algunas frases

referentes a las municiones y se puso a mirarlo extrañado. Entonces Guérilleau le habló en inglés:

—¿Quiere usted decirme, mi querido ingeniero, qué puede hacerse?

Embarcaron en un bote y fueron acercándose a la playa para examinar minuciosamente con los anteojos «al enemigo». Poco a poco las formidables hormigas fueron apareciendo en posturas inmóviles, con los ojos alerta, fijos en el botecillo que se aproximaba. Y cuando estuvieron cerca, ya una multitud estaba belicosamente apiñada junto al embarcadero donde era necesario atracar, dispuestas sin duda a cerrarles el paso. Guérilleau sacó el revólver y, con cólera estéril, se puso a dispararles tiros. Holroyd, apretándose contra las cavidades oculares los gemelos, creyó percibir que de casa a casa iban extrañas zanjas llenas de una actividad incansable. Cuando estuvieron a pocos metros pudieron ver del otro lado del muelle un esqueleto perfectamente mondado y reluciente, cubierto a medias con los harapos del vestido... Los marineros habían dejado de bogar para hablar mejor, y el capitán dijo desesperado:

—¡Y la nota del almirante me dice que todas las vidas de Badama están a mi cargo, ya ve usted! Y como también están las de la tripulación, no puedo mandar un destacamento a tierra: serían atacados y envenenados como Da Cunha; y a la vuelta los veríamos hincharse e insultarme lo mismo que él, para morir retorciéndose en contorsiones espantosas... No, no, es imposible. Caso de desembarcar alguien, debo ser yo... Iré con botas fuertes y decidido a todo... Aunque me parece que tampoco yo debo desembarcar... ¡no sé, no sé!...

Holroyd comprendió que en estas dudas estaba implícita la decisión sensata de no exponerse, y nada dijo. La cólera del capitán volvió a recaer sobre su manía primitiva:

—Esta comisión no ha tenido otro objeto que ponerme en ridículo.

Anduvieron de aquí para allá sin acercarse mucho, examinando el avisador esqueleto desde diferentes lugares, y luego volvieron a bordo. La incertidumbre del capitán se exacerbaba por momentos. A mediodía levantaron presión y el cañonero se dirigió velozmente río abajo, cual si fuese en busca de algo muy urgente, para girar a las pocas horas y volver a anclar al caer la tarde frente al caserío destruido, con su quietud hostil, su muellecito orlado de rosales, sus zanjas amenazadoras y su esqueleto que hablaba con muda elocuencia del dolor, de la impotencia y de la muerte. Una enorme turbonada agitó la atmósfera, y tras la lluvia y los truenos vino la noche fresca profunda, espléndida de astros; y tanto en el pueblo como en el buque pareció dormir todo, excepto Guérilleau, que paseaba como fiera enjaulada por el puente. Holroyd despertó con el alba, y dirigiéndose al insomne, le preguntó:

—¿Hay algo nuevo?

—Nada, nada... pero ya he decidido.

—¿Va usted a desembarcar?

Había en la pregunta del ingeniero una alegría maligna, mas Guérilleau no pareció percibirla, y poniendo a prueba la ansiedad del ingeniero, dijo:

—He decidido, pero no eso... He decidido tirarles con el cañón de proa.

Así lo hizo; y Dios sabe lo que las terribles hormigas pensaron de tan madura decisión. Dos veces, con belicosa solemnidad, mandó en persona el fuego, y toda la tripulación hubo de ponerse algodones en los oídos y formar en zafarrancho de combate, como si se tratase de una batalla. Al primer cañonazo el antiguo molino de azúcar cayó a tierra, y al segundo, el almacén situado cerca del muelle se derribó con pardo estrépito. Sólo entonces se produjo en el ánimo colérico del capitán la reacción razonable:

—Todo es inútil, inútil —suspiró—. No nos queda más que volver a pedir instrucciones precisas. ¡Y por si no era bastante, ahora me reñirán también por el despilfarro de municiones!... ¡Han querido ponerme en ridículo...! No me cabe duda, mi querido Holroyd.

Todavía un momento, antes de decidir, permaneció con los ojos fijos en el vacío, presa de infinita perplejidad, y volvió a su ritornelo doloroso:

—¿Qué puede hacer el hombre contra las hormigas? ¡Nada, nada!

Durante el día el cañonero descendió perezosamente por el río, y a media tarde un destacamento fue a enterrar bajo los copudos árboles, en un lugar libre aún de la invasión, el cuerpo terriblemente desfigurado de Da Cunha.

#### 4

Holroyd mismo me contó aún no hará tres semanas la historia transcrita anteriormente; y luego se la he oído referir también a otros. Llena la imaginación del recuerdo de las hormigas invencibles, ha regresado a Inglaterra con la idea, según dice, de concitar al país contra las invasoras antes de que sea demasiado tarde.

Asegura que ya amenazan la Guayana, apenas separada por mil millas de su presente zona de acción, y que el ministro de las Colonias debe ocuparse sin tardanza del asunto. Si alguien sonríe al oírlo, se exalta y argumenta así:

—¿Ha pensado usted en que se trata de hormigas inteligentes? Medite en lo que este hecho significa, y suponga que puedan, como nosotros, llegar a servirse de utensilios, a descubrir el fuego y los metales, y a ejecutar, por verdaderos prodigios de mecánica, maravillas superiores a cuantas la ignorancia europea desconoce aún. ¿No saben ustedes que las «sauvas» en 1841 horadaron bajo el Paraíba un túnel no menos ancho que el Támesis a su paso por Londres? Estoy seguro de que se sirven de sus maravillosos medios actuales con un método lógico y minucioso, sin despreciar ninguna lección de la práctica, lo que equivale a nuestros libros guardadores y propulsores de cultura. Hasta aquí su acción se limita a una invasión progresiva que fuerza a perecer o a huir a todo ser humano; pero su número aumenta formidablemente, y estoy persuadido de que pronto el hombre habrá tenido que abandonarles íntegra la América del Sur...

—Usted no habla en serio; usted no cree...

–Creo más. ¿Por qué han de detenerse en la América del Sur? En 1915 o poco más tarde habrán llegado, si no aumentan la velocidad de su avance, a las primeras estaciones del ferrocarril, y entonces los capitalistas europeos no tendrán otro remedio que ocuparse de ellas. Hacia 1920 poseerán de seguro la mitad de la cuenca del Marañón; y no me parece aventurado vaticinar para el 1950 ó 60 la fecha de su descubrimiento de Europa.

# Anaconda

Horacio Quiroga

## **Primera parte: Anaconda**

1

Eran las diez de la noche y hacía un calor sofocante. El tiempo cargado pesaba sobre la selva, sin un soplo de viento. El cielo de carbón se entreabría de vez en cuando en sordos relámpagos de un extremo a otro del horizonte; pero el chubasco silbante del sur estaba aún lejos.

Por un sendero de vacas en pleno espartillo blanco, avanzaba Lanceolada<sup>1,2</sup>, con la lentitud genérica de las víboras. Era una hermosísima yarará de un metro cincuenta, con los negros ángulos de su flanco bien cortados en sierra, escama por escama. Avanzaba tanteando la seguridad del terreno con la lengua, que en los ofidios reemplaza perfectamente a los dedos.

<sup>1</sup> – *Lachesis lanceolatus*; es la yarará que más abunda en Misiones.

<sup>2</sup> – Este y otros cuentos de Horacio Quiroga que se desarrollan en torno a animales podrían ser alegorías de la sociedad humana. De acuerdo a esto el uso de mayúsculas para enfatizar algunos substantivos podría interpretarse como una alusión satírica a ciertos valores o preocupaciones de los hombres. ¿?

Iba de caza. Al llegar a un cruce de senderos se detuvo, se arrolló prolijamente sobre sí misma, se removió aún un momento acomodándose y después de bajar la cabeza al nivel de sus anillos, asentó la mandíbula inferior y esperó inmóvil.

Minuto tras minuto esperó cinco horas. Al cabo de este tiempo continuaba en igual inmovilidad. ¡Mala noche! Comenzaba a romper el día e iba a retirarse, cuando cambió de idea. Sobre el cielo lívido del este se recortaba una inmensa sombra.

–Quisiera pasar cerca de la Casa –se dijo la yarará–. Hace días que siento ruido, y es menester estar alerta...

Y marchó prudentemente hacia la sombra.

La casa a que hacía referencia Lanceolada era un viejo edificio de tablas rodeado de corredores y todo blanqueado. En torno se levantaban dos o tres galpones. Desde tiempo inmemorial el edificio había estado deshabitado. Ahora se sentían ruidos insólitos, golpes de fierros, relinchos de caballo, conjunto de cosas en que trascendía a la legua la presencia del Hombre. Mal asunto...

Pero era preciso asegurarse, y Lanceolada lo hizo mucho más pronto de lo que hubiera querido.

Un inequívoco ruido de puerta abierta llegó a sus oídos. La víbora irguió la cabeza, y mientras notaba que una rubia claridad en el horizonte anunciaba la aurora, vio una angosta sombra, alta y robusta, que avanzaba hacia ella. Oyó también el ruido de las pisadas –el golpe seguro, pleno, enormemente distanciado que denunciaba también a la lengua al enemigo.

–¡El Hombre! –murmuró Lanceolada. Y rápida como el rayo se arrolló en guardia.

La sombra estuvo sobre ella. Un enorme pie cayó a su lado, y la yará, con toda la violencia de un ataque al que jugaba la vida, lanzó la cabeza contra aquello y la recogió a la posición anterior.

El Hombre se detuvo: había creído sentir un golpe en las botas. Miró el yuyo a su alrededor sin mover los pies de su lugar; pero nada vio en la obscuridad apenas rota por el vago día naciente, y siguió adelante.

Pero Lanceolada vio que la Casa comenzaba a vivir, esta vez real y efectivamente con la vida del Hombre. La yará emprendió la retirada a su cubil llevando consigo la seguridad de que aquel acto nocturno no era sino el prólogo, del gran drama a desarrollarse en breve.

## 2

Al día siguiente, la primera preocupación de Lanceolada fue el peligro que con la llegada del Hombre se cernía sobre la Familia entera. Hombre y Devastación son sinónimos desde tiempo inmemorial en el Pueblo entero de los Animales. Para las víboras en particular, el desastre se personificaba en dos horrores: el machete escudriñando, revolviendo el vientre mismo de la selva, y el fuego aniquilando el bosque en seguida, y con él los recónditos cubiles.

Se tornaba, pues, urgente prevenir aquello. Lanceolada esperó la nueva noche para ponerse en campaña. Sin gran trabajo halló a dos compañeras, que lanzaron la voz de alarma. Ella, por su parte, recorrió hasta las doce los lugares más indicados para un feliz encuentro, con suerte tal que a las dos de la mañana el Congreso se hallaba, si no en pleno, por lo menos con mayoría de especies para decidir qué se haría.

En la base de un murallón de piedra viva, de cinco metros de altura, y en pleno bosque, desde luego, existía una caverna disimulada por los helechos que obstruían casi la entrada. servía de guarida desde mucho tiempo atrás a Terrífica<sup>3</sup>, una serpiente de cascabel, vieja entre las viejas, cuya cola contaba treinta y dos cascabeles. Su largo no pasaba de un metro cuarenta, pero en cambio su grueso alcanzaba al de una botella. Magnífico ejemplar, cruzada de rombos amarillos; vigorosa, tenaz, capaz de quedar siete horas en el mismo lugar frente al enemigo, pronta a enderezar los colmillos con canal interno que son, como se sabe, si no los más grandes, los más admirablemente constituidos de todas las serpientes venenosas.

<sup>3</sup> – *Crotalus terrificus* o serpiente de cascabel.

Fue allí en consecuencia donde, ante la inminencia del peligro y presidido por la víbora de cascabel, se reunió el Congreso de las Víboras. Estaban allí, fuera de Lanceolada y Terrífica, las demás yaras del país: La pequeña Coatiarita<sup>4</sup>, benjamín de la Familia, con la línea rojiza de sus costados bien visible y su cabeza particularmente afilada. Estaba allí, negligentemente tendida como si se tratara de todo menos de hacer admirar las curvas blancas y cafés de su lomo sobre largas bandas color salmón, la esbelta Neuwied<sup>5</sup>, dechado de belleza, y que había guardado para sí el nombre del naturalista que determinó su especie. Estaba Cruzada<sup>6</sup> –que en el sur llaman víbora de la cruz–, potente y audaz rival de Neuwied en punto a belleza de dibujo. Estaba Atroz<sup>7</sup>, de nombre suficientemente fatídico; y por último, Urutú Dorado, la yarasú<sup>8</sup>, disimulando discretamente en el fondo de la caverna sus ciento setenta centímetros de terciopelo negro cruzado oblicuamente por bandas de oro.

<sup>4</sup> – *Lachesis alternatus* o yará alternada, conocida también como urutú o coatiara. Apenas alcanza los cincuenta centímetros.

<sup>5</sup> – *Bothrops neuwiedii* o “yará chica”, la más abundante en la Argentina.

<sup>6</sup> – *Bothrops alternatus* o víbora de la cruz.

<sup>7</sup> – *Bothrops atrox*, variedad de yará. Llamada también “quemadora” por las ampollas que produce en el lugar donde muerde. Su picadura es muy grave, como las de todas las víboras de su género.

<sup>8</sup> – Otra variedad de yará.

Es de notar que las especies del formidable género *Lachesis* o yaras, a que pertenecían todas las congresales menos Terrífica, sostienen una vieja rivalidad por la belleza del dibujo y el color. Pocos seres, en efecto, tan bien dotados como ellas.

Según las leyes de las víboras, ninguna especie poco abundante y sin dominio real en el país puede presidir las asambleas del Imperio. Por esto Urutú Dorado, magnífico animal de muerte, pero cuya especie es más bien rara, no pretendía este honor, cediéndolo de buen grado a la víbora de cascabel, más débil, pero que abunda milagrosamente.

El Congreso estaba, pues, en mayoría, y Terrífica abrió la sesión.

–¡Compañeras! –dijo–. Hemos sido todas enteradas por Lanceolada de la presencia nefasta del Hombre. Creo interpretar el anhelo de todas nosotras, al tratar de salvar nuestro Imperio de la invasión enemiga. Sólo un medio cabe, pues la experiencia nos dice que el abandono del terreno no remedia nada. Este medio, ustedes lo saben bien, es la guerra al Hombre, sin tregua ni cuartel, desde esta noche misma, a la cual cada especie aportará sus virtudes. Me halaga en esta circunstancia olvidar mi especificación humana: no soy ahora una serpiente de cascabel; soy una yará, como ustedes. Las yaras, que tienen a la Muerte por negro pabellón. ¡Nosotras somos la Muerte, compañeras! Y entre tanto, que alguna de las presentes proponga un plan de campaña.

Nadie ignora, por lo menos en el Imperio de las Víboras, que todo lo que Terrífica tiene de largo en sus colmillos, lo tiene de corto en su inteligencia. Ella lo sabe también, y aunque incapaz por lo tanto de idear plan alguno, posee, a fuerza de vieja reina, el suficiente tacto para callarse.

Entonces Cruzada, desperezándose, dijo:

–Soy de la opinión de Terrífica, y considero que mientras no tengamos un plan, nada podemos ni debemos hacer. Lo que lamento es la falta en este Congreso de nuestras primas sin veneno: las Culebras<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> – Las serpientes se dividen en dos grandes grupos: las víboras venenosas y las culebras, que son inofensivas para el hombre.

Se hizo un largo silencio. Evidentemente, la proposición no halagaba a las víboras. Cruzada se sonrió de un modo vago y continuó:

–Lamento lo que pasa... Pero quisiera solamente recordar esto: Si entre todas nosotras pretendiéramos vencer a una culebra, no lo conseguiríamos. Nada más quiero decir.

–Si es por su resistencia al veneno –objetó perezosamente Urutú Dorado, desde el fondo del antro–, creo que yo sola me encargaría de desengañarlas...

–No se trata de veneno –replicó desdeñosamente Cruzada–. Yo también me bastaría... –agregó con una mirada de reojo a la yararacusú–. Se trata de su fuerza, de su destreza, de su nerviosidad, como quiera llamársele. Cualidades de lucha que nadie pretenderá negar a nuestras primas. Insisto en que en una campaña como la que queremos emprender, las serpientes nos serán de gran utilidad; más: de imprescindible necesidad.

Pero la proposición desagradaba siempre.

–¿Por qué las culebras? –exclamó Atroz–. Son despreciables.

–Tienen ojos de pescado<sup>10</sup> –agregó la presuntuosa Coatiarita.

<sup>10</sup> – Las culebras tienen pupila circular; la de las víboras, en cambio, es vertical, lo que les permite ver mejor de noche, como los gatos

–¡Me dan asco! –protestó desdeñosamente Lanceolada.

–Tal vez sea otra cosa lo que te dan... –murmuró Cruzada mirándola de reojo.

–¿A mí? –silbó Lanceolada, irguiéndose–. ¡Te advierto que haces mala figura aquí, defendiendo a esos gusanos corredores!

–Si te oyen las Cazadoras<sup>11</sup>... –murmuró irónicamente Cruzada.

<sup>11</sup> – Las culebras se valen de su fuerza y velocidad para apoderarse de su presa. No tienen veneno.

Pero al oír este nombre, *Cazadoras*, la asamblea entera se agitó.

–¡No hay para qué decir eso! –gritaron–. ¡Ellas son culebras, y nada más!

–¡Ellas se llaman a sí mismas las Cazadoras! –replicó secamente Cruzada–. Y estamos en Congreso.

También desde tiempo inmemorial es fama entre las víboras la rivalidad particular de las dos yaras: Lanceolada, hija del extremo norte, y Cruzada, cuyo hábitat se extiende más al sur. Cuestión de coquetería en punto a belleza, según las culebras.

–¡Vamos, vamos! –intervino Terrífica–. Que Cruzada explique para qué quiere la ayuda de las culebras, siendo así que no representan la Muerte como nosotras.

–¡Para esto! –replicó Cruzada ya en calma–. Es indispensable saber qué hace el Hombre en la casa; y para ello se precisa ir hasta allá, a la casa misma. Ahora bien, la empresa no es fácil, porque si el pabellón de nuestra especie es la Muerte, el pabellón del Hombre es también la Muerte, y bastante más rápida que la nuestra.. Las culebras nos aventajan inmensamente en agilidad<sup>12</sup>. Cualquiera de nosotras iría y vería. Pero ¿volvería? Nadie mejor para esto que la Ñacatiná<sup>13</sup>. Estas exploraciones forman parte de sus hábitos diarios, y podría, trepada al techo, ver, oír y regresar a informarnos antes de que sea de día.

<sup>12</sup> – Hace referencia a las culebras, más veloces que las víboras.

<sup>13</sup> – Culebra oscura y larga, que se desplaza a gran velocidad y levantando la cabeza. Tiene fama de audaz y agresiva. Vive en los esteros y proximidades de ríos y arroyos.

La proposición era tan razonable que esta vez la asamblea entera asintió, aunque con un resto de desagrado.

–¿Quién va a buscarla? –preguntaron varias voces.

Cruzada desprendió la cola de un tronco y se deslizó afuera.

–¡Voy yo! –dijo–. En seguida vuelvo.

–¡Eso es! –le lanzó Lanceolada de atrás–. ¡Tú que eres su protectora la hallarás en seguida!

Cruzada tuvo aún tiempo de volver la cabeza hacia ella, y le sacó la lengua, reto a largo plazo.

### 3

Cruzada halló a la Ñacatiná cuando ésta trepaba a un árbol.

–¡Eh, Ñacatiná! –llamó con un leve silbido.

La Ñacatiná oyó su nombre; pero se abstuvo prudentemente de contestar hasta nueva llamada.

–¡Ñacatiná! –repitió Cruzada, levantando medio tono su silbido.

–¿Quién me llama? –respondió la culebra.

–¡Soy yo, Cruzada!...

–¡Ah, la prima!... ¿qué quieres, prima adorada?

–No se trata de bromas, Ñacatiná... ¿Sabes lo que pasa en la Casa?

–Sí, que ha llegado el Hombre... ¿qué más?

–Y, ¿sabes que estamos en Congreso?

–¡Ah, no; esto no lo sabía! –repuso la Ñacatiná deslizándose cabeza abajo contra el árbol, con tanta seguridad como si marchara sobre un plano horizontal–. Algo grave debe pasar para eso... ¿Qué ocurre?

–Por el momento, nada; pero nos hemos reunido en Congreso precisamente para evitar que nos ocurra algo. En dos palabras: se sabe que hay varios hombres en la Casa, y que se van a quedar definitivamente. Es la Muerte para nosotras.

–Yo creía que ustedes eran la Muerte por sí mismas... ¡No se cansan de repetirlo!  
–murmuró irónicamente la culebra.

–¡Dejemos esto! Necesitamos de tu ayuda, Ñacatiná.

–¿Para qué? ¡Yo no tengo nada que ver aquí!

–¿Quién sabe? Para desgracia tuya, te pareces bastante a nosotras; las Venenosas. Defendiendo nuestros intereses, defiendes los tuyos.

–¡Comprendo! –repuso la Ñacatiná después de un momento en el que valoró la suma de contingencias desfavorables para ella por aquella semejanza.

–Bueno; ¿contamos contigo?

–¿Qué debo hacer?

–Muy poco. Ir en seguida a la Casa, y arreglarte allí de modo que veas y oigas lo que pasa.

–¡No es mucho, no! –repuso negligentemente Ñacatiná, restregando la cabeza contra el tronco–. Pero es el caso –agregó– que allá arriba tengo la cena segura... Una pava del monte a la que desde anteayer se le ha puesto en el copete anidar allí...

–Tal vez allá encuentres algo que comer –la consoló suavemente Cruzada.

Su prima la miró de reojo.

–Bueno en marcha –reanudó la yarárá–. Pasemos primero por el Congreso.

–¡Ah, no! –protestó la Ñacatiná–. ¡Eso no! ¡Les hago a ustedes el favor, y en paz! Iré al Congreso cuando vuelva... si vuelvo. Pero ver antes de tiempo la cáscara rugosa de Terrífica, los ojos de ratón de Lanceolada y la cara estúpida de Coralina<sup>14</sup>. ¡Eso, no!

<sup>14</sup> – Víbora de coral, de vistosas franjas negras, blancas, y rojas.

–No está Coralina.

–¡No importa! Con el resto tengo bastante.

–¡Bueno, bueno! –repuso Cruzada, que no quería hacer hincapié–. Pero si no disminuyes un poco la marcha, no te sigo.

En efecto, aun a todo correr, la yarará no podía acompañar el deslizarse veloz de la Ñacaniná.

–Quédate, ya estás cerca de las otras –contestó la culebra. Y se lanzó a toda velocidad, dejando en un segundo atrás a su prima Venenosa.

#### 4

Un cuarto de hora después la Cazadora llegaba a su destino. Velaban todavía en la Casa. Por las puertas, abiertas de par en par, salían chorros de luz, y ya desde lejos la Ñacaniná pudo ver cuatro hombres sentados alrededor de la mesa.

Para llegar con impunidad sólo faltaba evitar el problemático tropiezo con un perro. ¿Los habría? Mucho lo temía Ñacaniná. Por esto se deslizó adelante con gran cautela, sobre todo cuando llegó ante el corredor.

Ya en él, observó con atención. Ni enfrente, ni a la derecha, ni a la izquierda había perro alguno. Sólo allá, en el corredor opuesto y que la culebra podía ver por entre las piernas de los hombres, un perro negro dormía echado de costado.

–La plaza, pues, estaba libre. Como desde el lugar en que se encontraba podía oír, pero no ver el panorama entero de los hombres hablando, la Culebra, tras una ojeada arriba, tuvo lo que deseaba en un momento. Trepó por una escalera recostada a la pared bajo el corredor y se instaló en el espacio libre entre pared y techo, tendida sobre el tirante. Pero por más precauciones que tomara al deslizarse, un viejo clavo cayó al suelo y un hombre levantó los ojos.

–¡Se acabó! –se dijo Ñacaniná, conteniendo la respiración.

Otro hombre miró también arriba.

–¿Qué hay? –preguntó.

–Nada –repuso el primero Me pareció ver algo negro por allá.

–Una rata.

–Se equivocó el Hombre –murmuró para sí la culebra.

–O alguna ñacaniná.

–Acertó el otro Hombre –murmuró de nuevo la aludida, aprestándose a la lucha.

Pero los hombres bajaron de nuevo la vista, y la Ñacaniná vio y oyó durante media hora.

## 5

La Casa, motivo de preocupación de la selva, se había convertido en establecimiento científico de la más grande importancia. Conocida ya desde tiempo atrás la particular riqueza en víboras de aquel rincón del territorio, el Gobierno de la Nación había decidido la creación de un Instituto de Seroterapia Ofídica, donde se prepararían sueros contra el veneno de las víboras. La abundancia de éstas es un punto capital, pues nadie ignora que la carencia de víboras de que extraer el veneno es el principal inconveniente para una vasta y segura preparación del suero.

El nuevo establecimiento podía comenzar casi en seguida, porque contaba con dos animales –un caballo y una mula– ya en vías de completa inmunización. Se había logrado organizar el laboratorio y el serpentario. Este último prometía enriquecerse de un modo asombroso, por más que el Instituto hubiera llevado consigo no pocas serpientes venenosas, las mismas que servían para inmunizar a los animales citados. Pero si se tiene en cuenta que un caballo, en su último grado de inmunización, necesita seis gramos de veneno en cada inyección (cantidad suficiente para matar doscientos cincuenta caballos), se comprenderá que deba ser muy grande el número de víboras en disponibilidad que requiere un Instituto del género.

Los días, duros al principio, de una instalación en la selva, mantenían al personal superior del Instituto en vela hasta media noche, entre planes de laboratorio y demás.

–Y los caballos, ¿cómo están hoy? –preguntó uno, de lentes negros, y que parecía ser el jefe del Instituto.

–Muy caídos –repuso otro–. Si no podemos hacer una buena recolección en estos días...

La Ñacatiná, inmóvil sobre el tirante, ojos y oídos alertos, comenzaba a tranquilizarse.

–Me parece –Se dijo– que las primas venenosas se han llevado un susto magnífico. De estos hombres no hay gran cosa que temer....

Y avanzando más la cabeza, a tal punto que su nariz pasaba ya de la línea del tirante, observó con más atención.

Pero un contratiempo evoca otro.

–Hemos tenido hoy un día malo –agregó uno–. Cinco tubos de ensayo se han roto...

La Ñacatiná se sentía cada vez más inclinada a la compasión.

–¡Pobre gente! –murmuró–. Se les han roto cinco tubos...

Y se disponía o abandonar su escondite para explorar aquella inocente casa, cuando oyó:

–En cambio, las víboras están magníficas... Parece sentarles el país.

–¿Eh? –dijo una sacudida la culebra, jugando velozmente con la lengua–. ¿Qué dice ese pelado de traje blanco?

Pero el hombre proseguía:

–Para ellas, sí, el lugar me parece ideal... Y las necesitamos urgentemente, los caballos y nosotros.

–Por suerte, vamos a hacer una famosa cacería de víboras en este país. No hay duda de que es el país de las víboras.

–Hum..., hum..., hum... –murmuró Ñacatiná, arrollándose. en el tirante cuanto le fue posible– Las cosas comienzan a ser un poco distintas... Hay que quedar un poco más con esta buena gente... Se aprenden cosas curiosas.

Tantas cosas curiosas oyó, que cuando, al cabo de media hora, quiso retirarse, el exceso de sabiduría adquirida le hizo hacer un falso movimiento, y la tercera parte de su cuerpo cayó, golpeando la pared de tablas. Como había caído de cabeza, en un instante la tuvo enderezada hacia la mesa, la lengua vibrante.

La Ñacatiná, cuyo largo puede alcanzar a tres metros, es valiente, con seguridad la más valiente de nuestras serpientes. Resiste un ataque serio del hombre, que es inmensamente mayor que ella, y hace frente siempre. Como su propio coraje le hace creer que es muy temida, la nuestra se sorprendió un poco al ver que los hombres, enterados de lo que se trataba, se echaban a reír tranquilos.

–Es una Ñacatiná... Mejor; así nos limpiará la casa de ratas.

–¿Ratas?... –silbó la otra. Y como continuaba provocativa, un hombre se levantó al fin.

–Por útil que sea, no deja de ser un mal bicho... Una de estas noches la voy a encontrar buscando ratones dentro de mi cama...

Y cogiendo un palo próximo, lo lanzó contra la Ñacatiná a todo vuelo. El palo pasó silbando junto a la cabeza de la intrusa y golpeó con terrible estruendo la pared.

Hay ataque y ataque. Fuera de la selva y entre cuatro hombres, la Ñacatiná no se hallaba a gusto. Se retiró a escape, concentrando toda su energía en la cualidad que, conjuntamente con el valor, forman sus dos facultades primas: la velocidad para correr.

Perseguida por los ladridos del perro, y aun rastreada buen trecho por éste –lo que abrió nueva luz respecto a las gentes aquellas–, la culebra llegó a la caverna. Pasó por encima de Lanceolada y Atroz, y se arrolló a descansar, muerta de fatiga.

## 6

–¡Por fin! –exclamaron todas, rodeando a la exploradora–. Creíamos que te ibas a quedar con tus amigos los hombres...

–¡Hum!... –murmuró Ñacatiná.

–¿Qué nuevas nos traes? –preguntó Terrífica.

–¿Debemos esperar un ataque, o no tomar en cuenta a los Hombres?

–Tal vez fuera mejor esto... Y pasar al otro lado del río repuso Ñacatiná.

–¿Qué?... ¿Cómo?... –saltaron todas–. ¿Estás loca?

–Oigan, primero.

–¡Cuenta, entonces!

Y Ñacatiná contó todo lo que había visto y oído: la instalación del Instituto Seroterápico, sus planes, sus fines y la decisión de los hombres de cazar cuanta víbora hubiera en el país.

–¡Cazarnos! –saltaron Urutú Dorado, Cruzada y Lanceolada, heridas en lo más vivo de su orgullo–. ¡Matarnos, querrás decir!

–¡No! ¡Cazarlas, nada más! Encerrarlas, darles bien de comer y extraerles cada veinte días el veneno. ¿Quieren vida más dulce?

La asamblea quedó estupefacta. Ñacatiná había explicado muy bien el fin de esta recolección de veneno; pero lo que no había explicado eran los medios para llegar a obtener el suero.

¡Un suero antivenenoso! Es decir, la curación asegurada, la inmunización de hombres y animales contra la mordedura; la Familia entera condenada a perecer de hambre en plena selva natal.

–¡Exactamente! –apoyó Ñacatiná–. .No se trata sino de esto.

Para la Ñacatiná, el peligro previsto era mucho menor. ¿Qué le importaba a ella y sus hermanas las cazadoras– a ellas, que cazaban a diente limpio, a fuerza de músculos que los animales estuvieran o no inmunizados? Un solo punto obscuro veía ella, y es el excesivo parecido de una culebra con una víbora<sup>15</sup>, que favorecía confusiones mortales. De ahí el interés de la culebra en suprimir el Instituto.

<sup>15</sup> – Se distinguen por ciertos rasgos externos: las víboras tienen la cabeza triangular y cubierta de escamas, y la cola corta y bien marcada. En cambio, las culebras muestran una cabeza alargada y casi sin cuello, cubierta de placas, y la cola es una prolongación del cuerpo casi indistinta.

–Yo me ofrezco a empezar la campaña –dijo Cruzada.

–¿Tienes un plan? –preguntó ansiosa Terrífica, siempre falta de ideas.

–Ninguno. iré sencillamente mañana en la tarde a tropezar con alguien.

–¡Ten cuidado! –le dijo Ñacatiná, con voz persuasiva–. Hay varias jaulas vacías... ¡Ah, me olvidaba! –agregó, dirigiéndose a Cruzada–. Hace un rato, cuando salí de allí... Hay un perro negro muy peludo... Creo que sigue el rastro de una víbora... ¡Ten cuidado!

–¡Allá veremos! Pero pido que se llame a Congreso pleno para mañana en la noche. Si yo no puedo asistir, tanto peor...

Mas la asamblea había caído en nueva sorpresa.

–¿Perro que sigue nuestro rastro?... ¿Estás segura?

–Casi. ¡Ojo con ese perro, porque puede hacernos más daño que todos los hombres juntos!

–Yo me encargo de él –exclamó Terrífica, contenta de (sin mayor esfuerzo mental) poder poner en juego sus glándulas de veneno, que a la menor contracción nerviosa se escurría por el canal de los colmillos.

Pero ya cada víbora se disponía a hacer correr la palabra en su distrito, y a Ñacaniná, gran trepadora, se le encomendó especialmente llevar la voz de alerta a los árboles, reino preferido de las culebras.

A las tres de la mañana la asamblea se disolvió. Las víboras, vueltas a la vida normal, se alejaron en distintas direcciones, desconocidas ya las unas para las otras, silenciosas, sombrías, mientras en el fondo de la caverna la serpiente de cascabel quedaba arrollada e inmóvil fijando sus duros ojos de vidrio en un ensueño de mil perros paralizados.

## 7

Era la una de la tarde. Por el campo de fuego, al resguardo de las matas de espartillo, se arrastraba Cruzada hacia la Casa. No llevaba otra idea, ni creía necesaria tener otra, que matar al primer hombre que se pusiera a su encuentro. Llegó al corredor y se arrolló allí, esperando. Pasó así media hora. El calor sofocante que reinaba desde tres días atrás comenzaba a pesar sobre los ojos de la yarará, cuando un temblor sordo avanzó desde la pieza. La puerta estaba abierta, y ante la víbora, a treinta centímetros de su cabeza, apareció el perro, el perro negro y peludo, con los ojos entornados de sueño.

–¡Maldita bestia!... –se dijo Cruzada–. Hubiera preferido un hombre.

En ese instante el perro se detuvo husmeando y volvió la cabeza... ¡Tarde ya! Ahogó un aullido de sorpresa y movió desesperadamente el hocico mordido.

–Ya tiene éste su asunto listo... –murmuró Cruzada, replegándose de nuevo. Pero cuando el perro iba a lanzarse sobre la víbora, sintió los pasos de su amo y se arqueó ladrando a la yarará. El hombre de los lentes ahumados apareció junto a Cruzada.

–¿Qué pasa? –preguntaron desde el otro corredor.

–Una alternatus... Buen ejemplar –respondió el hombre. Y antes que la víbora hubiera podido defenderse, se sintió estrangulada en una especie de prensa afirmada al extremo de un palo.

La yarará crujó de orgullo al verse así; lanzó su cuerpo a todos lados, trató en vano de recoger el cuerpo y arrollarlo en el palo. Imposible; le faltaba el punto de apoyo en la cola, el famoso punto de apoyo sin el cual una poderosa boa se encuentra reducida a la más vergonzosa impotencia. El hombre la llevó así colgando, y fue arrojada en el Serpentario.

Lo constituí un simple espacio de tierra cercado con chapas de cinc liso, provisto de algunas jaulas, y que albergaba a treinta o cuarenta víboras. Cruzada cayó en tierra y se mantuvo un momento arrollada y congestionada bajo el sol de fuego.

La instalación era evidentemente provisional; grandes y chatos cajones alquitranados servían de bañera a las víboras, y varias casillas y piedras amontonadas ofrecían reparo a los huéspedes de ese paraíso improvisado.

Un instante después la yarará se veía rodeada y pasada por encima por cinco o seis compañeras que iban a reconocer su especie.

Cruzada las conocía a todas; pero no así a una gran víbora que se bañaba en una jaula cerrada con tejido de alambre. ¿Quién era? Era absolutamente desconocida para la yarará. Curiosa a su vez se acercó lentamente.

Se acercó tanto, que la otra se irguió. Cruzada ahogó un silbido de estupor, mientras caía en guardia, arrollada. La gran víbora acababa de hinchar el cuello, pero monstruosamente, como jamás había visto hacerlo a nadie. Quedaba realmente extraordinaria así.

—¿Quién eres?—murmuró Cruzada—. ¿Eres de las nuestras?

Es decir, venenosa. La otra, convencida de que no había habido intención de ataque en la aproximación de la yarará, aplastó sus dos grandes orejas.

—Sí—repuso—. Pero no de aquí; muy lejos... de la India.

—¿Cómo te llamas?

—Hamadrías... o cobra capelo real<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> — Cobra asiática.

—Yo soy Cruzada.

—Sí, no necesitas decirlo. He visto muchas hermanas tuyas ya... ¿Cuándo te cazaron?

—Hace un rato... No pude matar.

—Mejor hubiera sido para ti que te hubieran muerto...

—Pero maté al perro.

—¿Qué perro? ¿El de aquí? .

—Sí.

La cobra real se echó a reír, a tiempo que Cruzada tenía una nueva sacudida: el perro lanudo que creía haber matado estaba ladrando...

–¿Te sorprende, eh? –agregó Hamadriás–. A muchas les ha pasado lo mismo.

–Pero es que lo mordí en la cabeza... –contestó Cruzada, cada vez más aturdida–. No me queda una gota de veneno concluyó–. Es patrimonio de las yaras vaciar casi en una mordida sus glándulas.

–Para él es lo mismo que te hayas vaciado no...

–¿No puede morir?

–Sí, pero no por cuenta nuestra... Está inmunizado. Pero tú no sabes lo que es esto...

–¡Sé! –repuso vivamente Cruzada–. Ñacaná nos contó.

La cobra real la consideró entonces atentamente.

–Tú me pareces inteligente...

–¡Tanto como tú..., por lo menos! –replicó Cruzada.

El cuello de la asiática se expandió bruscamente de nuevo, y de nuevo la yara cayó en guardia.

Ambas víboras se miraron largo rato, y el capuchón de la cobra bajó lentamente.

–Inteligente y valiente –murmuró Hamadriás–. A ti se te puede hablar... ¿Conoces el nombre de mi especie?

–Hamadriás, supongo.

–O Naja búngaro... o Cobra capelo real. Nosotras somos respecto de la vulgar cobra capelo de la India, lo que tú respecto de una de esas coatiaritas... Y ¿sabes de qué nos alimentamos?

–No.

–De víboras americanas..., entre otras cosas –concluyó balanceando la cabeza ante la Cruzada.

Esta apreció rápidamente el tamaño de la extranjera ofiófaga.

–¿Dos metros cincuenta?... –preguntó.

–Sesenta... dos sesenta, pequeña Cruzada – repuso la otra, que había seguido su mirada.

–Es un buen tamaño... Más o menos, el largo de Anaconda, una prima mía ¿Sabes de qué se alimenta?: de víboras asiáticas –y miró a su vez a Hamadriás.

–¡Bien contestado –repuso ésta, balanceándose de nuevo. Y después de refrescarse la cabeza en el agua agregó perezosamente–: ¿Prima tuya, dijiste?

–Sí.

–¿Sin veneno, entonces?

–Así es... Y por esto justamente tiene gran debilidad por las extranjeras venenosas.

Pero la asiática no la escuchaba ya, absorta en sus pensamientos.

–¡Óyeme! –dijo de pronto–. ¡Estoy harta de hombres, perros, caballos y de todo este infierno de estupidez y crueldad! Tú me puedes entender, porque lo que es ésas... Llevo año y medio encerrada en una jaula como si fuera una rata, maltratada, torturada periódicamente. Y, lo que es peor, despreciada, manejada como un trapo por viles hombres... Y yo, que tengo valor, fuerza y veneno suficientes para concluir con todos ellos, estoy condenada a entregar mi veneno para la preparación de sueros antivenenosos. ¡No te puedes dar cuenta de lo que esto supone para mi orgullo! ¿Me entiendes? –concluyó mirando en los ojos a la yarará.

–Sí –repuso la otra–. ¿qué debo hacer?

–Una sola cosa; un solo medio tenemos de vengarnos. Acércate, que no nos oigan... Tú sabes la necesidad absoluta de un punto de apoyo para poder desplegar nuestra fuerza. Toda nuestra salvación depende de esto. Solamente...

–¿Qué?

La cobra real miró otra vez fijamente a Cruzada.

–Solamente que puedes morir...

–¿Sola?

–¡Oh, no! *Ellos*, algunos de los hombres también morirán...

–¡Es lo único que deseo! Continúa.

–Pero acércate aún... ¡Más cerca!

El diálogo continuó un rato en voz tan baja, que el cuerpo de la yarará frotaba, descamándose, contra las mallas de alambre. De pronto, la cobra se abalanzó y mordió por tres veces a Cruzada. Las víboras, que habían seguido de lejos el incidente, gritaron:

–¡Ya está! ¡Ya la mató! ¡Es una traicionera!

Cruzada, mordida por tres veces en el cuello, se arrastró pesadamente por el pasto. Muy pronto quedó inmóvil, y fue a ella a quien encontró el empleado del Instituto cuando, tres horas después, entró en el Serpentario. El hombre vio a la yarará, y empujándola con el pie, le hizo dar vuelta como a una sogá y miró su vientre blanco.

–Está muerta, bien muerta... –murmuró–. Pero ¿de qué? – Y se agachó a observar a la víbora. No fue largo su examen: en el cuello y en la misma base de la cabeza notó huellas inequívocas de colmillos venenosos.

–¡Hum! –se dijo el hombre–. Esta no puede ser más que la hamadrías... Allí está, arrollada y mirándome como si yo fuera otra alternatus... Veinte veces le he dicho al director que las mallas del tejido son demasiado grandes. Ahí está la prueba... En fin –concluyó, cogiendo a Cruzada por la cola y lanzándola por encima de la barrera de cinc–, ¡un bicho menos que vigilar!

Fue a ver al director:

–La hamadrías ha mordido a la yarará que introdujimos hace un rato. Vamos a extraerle muy poco veneno.

–Es un fastidio grande –repuso aquél– Pero necesitamos para hoy el veneno... No nos queda más que un solo tubo de suero... ¿Murió la alternatus?

–Sí: la tiré afuera... ¿Traigo a la hamadrías?

–No hay más remedio.. Pero para la segunda recolección, de aquí a dos o tres horas.

## 8

.....  
.....

...Se hallaba quebrantada, exhausta de fuerzas. Sentía la boca llena de tierra y sangre. ¿Dónde estaba?

El velo denso de sus ojos comenzaba a desvanecerse, y Cruzada alcanzó a distinguir el contorno. Vio –reconoció– el muro de cinc, y súbitamente recordó todo: el perro negro, el lazo, la inmensa serpiente asiática y el plan de batalla de ésta en que ella misma, Cruzada, iba jugando su vida. Recordaba todo, ahora que la parálisis provocada por el veneno comenzaba a abandonarla. Con el recuerdo tuvo conciencia plena de lo que debía hacer. ¿Sería tiempo todavía?

Intentó arrastrarse, mas en vano; su cuerpo ondulaba, pero en el mismo sitio, sin avanzar. Pasó un rato aún y su inquietud crecía.

–¡Y no estoy sino a treinta metros! –murmuraba–. ¡Dos minutos, un solo minuto de vida, y llegó a tiempo!

Y tras nuevo esfuerzo consiguió deslizarse, arrastrarse desesperada hacia el laboratorio.

Atravesó el patio, llegó a la puerta en el momento en que el empleado, con la dos manos, sostenía, colgando en el aire, la Hamadrías, mientras el hombre de los lentes ahumados le introducía el vidrio de reloj en la boca. La mano se dirigía a oprimir las glándulas, y Cruzada estaba aún en el umbral.

–¡No tendré tiempo! –se dijo desesperada. Y arrastrándose en un supremo esfuerzo, tendió adelante los blanquíssimos colmillos. El peón, al sentir su pie descalzo abrasado por los dientes de la yarará, lanzó un grito y bailó. No mucho; pero lo suficiente para que el cuerpo colgante de la cobra real oscilara y

alcanzase a la pata de la mesa, donde se arrolló velozmente. Y con ese punto de apoyo, arrancó su cabeza de entre las manos del peón y fue a clavar hasta la raíz los colmillos en la muñeca izquierda del hombre de lentes negros, justamente en una vena.

¡Ya estaba! Con los primeros gritos, ambas, la cobra asiática y la yarará, huían sin ser perseguidas.

–¡Un punto de apoyo! –murmuraba la cobra volando a escape por el campo–. Nada más que eso me faltaba. ¡Ya lo conseguí, por fin!

–Sí. –Corría la yarará a su lado, muy dolorida aún–. Pero no volvería a repetir el juego...

Allá, de la muñeca del hombre pendían dos negros hilos de sangre pegajosa. La inyección de una hamadrías en una vena es cosa demasiado seria para que un mortal pueda resistirla largo rato con los ojos abiertos, y los del herido se cerraban para siempre a los cuatro minutos.

## 9

El Congreso estaba en pleno. Fuera de Terrífica y Ñacatiná, y las yararás Urutú Dorado, Coatiarita, Neuwied, Atroz y Lanceolada, habían acudido Coralina –de cabeza estúpida, según Ñacatiná–, lo que no obsta para que su mordedura sea de las más dolorosas. Además es hermosa, incontestablemente hermosa con sus anillos rojos y negros.

Siendo, como es sabido, muy fuerte la vanidad de las víboras en punto de belleza, Coralina se alegraba bastante de la ausencia de su hermana Frontal<sup>17</sup>, cuyos triples anillos negros y blancos sobre fondo de púrpura colocan a esta víbora de coral en el más alto escalón de la belleza ofídica.

<sup>17</sup> – *Elops frontalis* o *Miorurns frontalis*. Esta y la *Coralinus* son las dos principales variedades de víboras de coral. Hay que diferenciarlas de la culebra de coral, parecida pero inofensiva

Las Cazadoras estaban representadas esa noche por Drimobia<sup>18</sup>, cuyo destino es ser llamada yararacusú del monte, aunque su aspecto sea bien distinto. Asistían Cipó<sup>19</sup>, de un hermoso verde y gran cazadora de pájaros; Radínea<sup>20</sup>, pequeña y oscura, que no abandona jamás los charcos; Boipeva<sup>21</sup>, cuya característica es achatarse completamente contra el suelo apenas se siente amenazada; Trigémína<sup>22</sup>, culebra de coral, muy fina de cuerpo, como sus compañeras arborícolas; y por último Esculapia<sup>23</sup>, cuya entrada, por razones que se verá en seguida, fue acogida con generales miradas de desconfianza.

<sup>18</sup> – *Drymobius bifossatus*, culebra.

<sup>19</sup> – *Philodryas*, culebra arborícola.

<sup>20</sup> – *Rhadinea*, culebra pequeña.

<sup>21</sup> – Culebra que se alimenta de sapos. Por el color se parece a la yarará.

<sup>22</sup> – Culebra de coral, no venenosa.

<sup>23</sup> – Otra variedad de culebra.

Faltaban asimismo varias especies de las venenosas y las cazadoras, ausencia está que requiere una aclaración.

Al decir Congreso pleno, hemos hecho referencia a la gran mayoría de las especies, y sobre todo de las que se podrían llamar reales por su importancia. Desde el primer Congreso de las Víboras se acordó que las especies numerosas, estando en mayoría, podían dar carácter de absoluta fuerza a sus decisiones. De aquí la plenitud del Congreso actual, bien que fuera lamentable la ausencia de la yarará Surucusú<sup>24</sup>, a quien no había sido posible hallar por ninguna parte; hecho tanto más de sentir cuanto que esta víbora, que puede alcanzar a tres metros, es, a la vez que reina en América, viceemperatriz del Imperio Mundial de las Víboras, pues sólo una la aventaja en tamaño y potencia de veneno: la hamadrías asiática.

<sup>24</sup> – *Lachesis muta* o yarará del Amazonas, la mayor de las víboras de América del Sur.

Alguna faltaba –fuera de Cruzada–; pero las víboras todas afectaban no darse cuenta de su ausencia.

A pesar de todo, se vieron forzadas a volverse al ver asomar por entre los helechos una cabeza de grandes ojos vivos.

–¿Se puede? –decía la visitante alegremente.

Como si una chispa eléctrica hubiera recorrido todos los cuerpos, las víboras irguieron la cabeza al oír aquella voz.

–¿Qué quieres aquí? –gritó Lanceolada con profunda irritación.

–¡Este no es tu lugar! –exclamó Urutú Dorado, dando por primera vez señales de vivacidad.

–¡Fuera! ¡Fuera! –gritaron varias con intenso desasosiego.

Pero Terrífica, con silbido claro, aunque trémulo, logró hacerse oír.

–¡Compañeras! No olviden que estamos en Congreso, y todas conocemos sus leyes: nadie, mientras dure, puede ejercer acto alguno de violencia. ¡Entra, Anaconda<sup>25</sup>!

<sup>25</sup> – Especie de boa de color verde oscuro con puntos negros, acuática, terrícola, y arborícola, de la que se han visto ejemplares de más de diez metros. Se la encuentra en regiones tropicales de América Central y del Sur; vive en las cercanías de los ríos.

–¡Bien dicho! –exclamó Ñacatiná con sorda ironía–. Las nobles palabras de nuestra reina nos aseguran. ¡Entra, Anaconda!

Y la cabeza viva y simpática de Anaconda avanzó, arrastrando tras de sí dos metros cincuenta de cuerpo oscuro y elástico. Pasó ante todas, cruzando una

mirada de inteligencia con la Ñacaní, y fue a arrollarse, con leves silbidos de satisfacción, junto a Terrífica, quien no pudo menos de estremecerse.

–¿Te incomoda? –le preguntó cortésmente Anaconda.

–¡No, de ninguna manera! –contestó Terrífica–. Son las glándulas de veneno que me incomodan de hinchadas...

Anaconda y Ñacaní tornaron a cruzar una mirada irónica, y prestaron atención.

La hostilidad bien evidente de la asamblea hacia la recién llegada tenía un cierto fundamento, que no se dejará de apreciar. La Anaconda es la reina de todas las serpientes habidas y por haber, sin exceptuar al pitón malayo<sup>26</sup>. Su fuerza es extraordinaria, y no hay animal de carne y hueso capaz de resistir un abrazo suyo. Cuando comienza a dejar caer del follaje sus diez metros de cuerpo liso con grandes manchas de terciopelo negro, la selva entera se crispa y encoge. Pero la Anaconda es demasiado fuerte para odiar a sea quien fuere –con una sola excepción–, y esta conciencia de su valor le hace conservar siempre buena amistad con el Hombre. Si a alguien detesta, es, naturalmente, a las serpientes venenosas; y de aquí la conmoción de las víboras ante la cortés Anaconda.

<sup>26</sup> – Boa de Malasia que alcanza hasta doce metros.

Anaconda no es, sin embargo, hija de la región. Vagabundeando en las aguas espumosas del Paraná había llegado hasta allí con una gran creciente, y continuaba en la región, muy contenta del país, en buena relación con todos, y en particular con la Ñacaní, con quien había trabado viva amistad. Era, por lo demás, aquel ejemplar una joven Anaconda que distaba aún mucho de alcanzar a los diez metros de sus felices abuelos. Pero los dos metros cincuenta que media ya valían por el doble, si se considera la fuerza de esta magnífica boa, que por divertirse, al crepúsculo atraviesa el Amazonas entero con la mitad del cuerpo erguido fuera del agua.

Pero Atroz acababa de tomar la palabra ante la asamblea, ya distraída.

–Creo que podríamos comenzar ya –dijo–. Ante todo, es menester saber algo de Cruzada. Prometió estar aquí en seguida.

–Lo que prometió –intervino la Ñacaní– es estar aquí cuando pudiera. Debemos esperarla.

–¿Para qué? –replicó Lanceolada, sin dignarse volver la cabeza a la culebra.

–¿Cómo para qué? –exclamó ésta, irguiéndose–. Se necesita toda la estupidez de una Lanceolada para decir esto... ¡Estoy cansada ya de oír en este Congreso disparate tras disparate! ¡No parece sino que las Venenosas representan a la Familia entera! Nadie, menos ésa –señaló con la cola a Lanceolada–, ignora que precisamente de las noticias que traiga Cruzada depende nuestro plan... ¿Que para qué esperarla?... ¡Estamos frescas si las inteligencias capaces de preguntar esto dominan en este Congreso!

–No insultes –le reprochó gravemente Coatiarita.

La Ñacatiná se volvió a ella:

–¿Y a ti quién te mete en esto?

–No insultes –repitió la pequeña, dignamente. Ñacatiná consideró al pundonoroso benjamín y cambió de voz.

–Tiene razón la minúscula prima –concluyó tranquila–. Lanceolada, te pido disculpa.

–¡No es nada! –replicó con rabia la yará.

–¡No importa!; pero vuelvo a pedirte disculpa.

Felizmente, Coralina, que acechaba a la entrada de la caverna, entró silbando:

–¡Ahí viene Cruzada!

–¡Por fin! –exclamaron las congresales, alegres. Pero su alegría se transformó en estupefacción cuando, detrás de la yará, vieron entrar a una inmensa víbora, totalmente desconocida de ellas.

Mientras Cruzada iba a tenderse al lado de Atroz, la intrusa se arrolló lenta y paulatinamente en el centro de la caverna y se mantuvo inmóvil.

–¡Terrífica! –dijo Cruzada–. Dale la bienvenida. Es de las nuestras.

–¡Somos hermanas! –se apresuró la de cascabel, observándola, inquieta.

Todas las víboras, muertas de curiosidad, se arrastraron hacia la recién llegada.

–Parece una prima sin veneno –decía una, con un tanto de desdén.

–Sí –agregó otra–. Tiene ojos redondos.

–Y cola larga.

–Y además...

Pero de pronto quedaron mudas, porque la desconocida acababa de hinchar monstruosamente el cuello. No duró aquello más que un segundo; el capuchón se replegó, mientras la recién llegada se volvía a su amiga, con la voz alterada.

–Cruzada: díles que no se acerquen tanto... No puedo dominarme.

–¡Sí, déjenla tranquila! –exclamó Cruzada–. Tanto más agregó– cuanto que acaba de salvarme la vida, y tal vez la de todas nosotras.

No era menester más. El Congreso quedó un instante pendiente de la narración de Cruzada, que tuvo que contarle todo: el encuentro con el perro, el lazo del hombre de lentes ahumados, el magnífico plan de Hamadrías con la catástrofe final, y el profundo sueño que acometió luego a la yará hasta una hora antes de llegar.

–Resultado –concluyó– dos hombres fuera de combate, y de los más peligrosos. Ahora no nos resta más que eliminar a los que quedan.

–¡O a los caballos! –dijo Hamadrías.

–¡O al perro! –agregó la Ñacatiná.

–Yo creo que a los caballos –insistió la cobra real–. Y me fundo en esto: mientras queden vivos los caballos, un solo hombre puede preparar miles de tubos de suero con los cuales se inmunizarán contra nosotras. Raras veces, ustedes lo saben bien, se presenta la ocasión de morder una vena... como ayer. Insisto, pues, en que debemos dirigir todo nuestro ataque contra los caballos. ¡Después veremos! En cuanto al perro –concluyó con una mirada de reojo a la Ñacatiná–, me parece despreciable.

Era evidente que desde el primer momento la serpiente asiática y la Ñacatiná indígena se habían disgustado mutuamente. Si la una en su carácter de animal venenoso, representaba un tipo inferior para la Cazadora, esta última, a fuer de fuerte y ágil, provocaba el odio y los celos de Hamadrías. De modo que la vieja y tenaz rivalidad entre serpientes venenosas y no venenosas llevaba miras de exasperarse aún más en aquel último Congreso.

–Por mi parte –contestó Ñacatiná–, creo que caballos y hombres son secundarios en esta lucha. Por gran facilidad que podamos tener para eliminar a unos y otros, no es nada esta facilidad comparada con la que puede tener el perro el primer día que se les ocurra dar una batida en forma, y la darán, estén bien seguras, antes de veinticuatro horas. Un perro inmunizado contra cualquier mordedura, aun la de esta señora con sombrero en el cuello –agregó señalando de costado a la cobra real– es el enemigo más temible que podamos tener, y sobre todo si se recuerda que ese enemigo ha sido adiestrado a seguir nuestro rastro. ¿qué opinas, Cruzada?

No se ignora tampoco en el Congreso la amistad singular que unía a la víbora y la culebra; posiblemente más que amistad, era aquello una estimación recíproca de su mutua inteligencia.

–Yo opino como Ñacatiná –repuso–. Si el perro se pone a trabajar, estamos perdidas.

–¡Pero adelantémonos! –replicó Hamadrías.

–¡No podríamos adelantarnos tanto!... Me inclino decididamente por la prima.

–Estaba segura –dijo ésta tranquilamente.

Era esto más de lo que podía oír la cobra real sin que la ira subiera a inundarle los colmillos de veneno.

No sé hasta qué punto puede tener valor la opinión de esta señorita conversadora –dijo, devolviendo a Ñacatiná su mirada de reojo–. El peligro real en esta circunstancia es para nosotras, las Venenosas, que tenemos por negro pabellón a la Muerte. Las culebras saben bien que el hombre no las teme, porque son completamente incapaces de hacerse temer.

–¡He aquí una cosa bien dicha! –dijo una voz que no había sonado aún.

Hamadrías se volvió vivamente, porque en el tono tranquilo de la voz había creído notar una vaguísima ironía, y vio dos grandes ojos brillantes que la miraban apaciblemente.

—¿A mí me hablas? —preguntó con desdén.

—Sí, a ti —repuso mansamente la interruptora—. Lo que has dicho está empapado en profunda verdad.

La cobra real volvió a sentir la ironía anterior, y como por un presentimiento, midió a la ligera con la vista el cuerpo de su interlocutora, arrollada en la sombra.

—¡Tú eres Anaconda!

—¡Tú lo has dicho! —repuso aquélla inclinándose. Pero la Ñacatiná quería de una vez por todas aclarar las cosas.

—¡Un instante! —exclamó.

—¡No! —interrumpió Anaconda—. Permíteme, Ñacatiná. Cuando un ser es bien formado, ágil, fuerte y veloz, se apodera de su enemigo con la energía de nervios y músculos que constituye su honor, como el de todos los luchadores de la creación. Así cazan el gavián, el gato onza, el tigre, nosotras, todos los seres de noble estructura. Pero cuando se es torpe, pesado, poco inteligente e incapaz, por lo tanto, de luchar francamente por la vida, entonces se tiene un par de colmillos para asesinar a traición, como esa dama importada que nos quiere deslumbrar con su gran sombrero.

En efecto, la cobra real, fuera de sí, había dilatado el monstruoso cuello para lanzarse sobre la insolente. Pero también el Congreso entero se había erguido amenazador al ver esto.

—¡Cuidado! —gritaron varias a un tiempo—. ¡El Congreso es inviolable!

—¡Abajo el capuchón! —se alzó Atroz, con los ojos hechos ascua.

Hamadrías se volvió a ella con un silbido de rabia.

—¡Abajo el capuchón! —se adelantaron Urutú Dorado y Lanceolada.

Hamadrías tuvo un instante de loca rebelión, pensando en la facilidad con que hubiera destrozado una tras otra a cada una de sus contrincantes. Pero ante la actitud de combate del Congreso entero, bajó el capuchón lentamente.

—¡Está bien! —silbó— Respeto el Congreso. Pero pido que cuando se concluya... ¡no me provoquen!

—Nadie te provocará —dijo Anaconda.

La cobra se volvió a ella con reconcentrado odio:

—¡Y tú menos que nadie, porque me tienes miedo!

—¡Miedo yo! —contestó Anaconda, avanzando.

–¡Paz, paz! –clamaron todas de nuevo–. ¡Estamos dando un pésimo ejemplo!  
¡Decidamos de una vez lo que debemos hacer!

–Sí, ya es tiempo de esto –dijo Terrífica–. Tenemos dos planes a seguir: el propuesto por Ñacatiná, y el de nuestra aliada. ¿Comenzamos el ataque por el perro, o bien lanzamos todas nuestras fuerzas contra los caballos?

Ahora bien, aunque la mayoría se inclinaba acaso a adoptar el plan de la culebra, el aspecto, tamaño e inteligencia demostrada por la serpiente asiática había impresionado favorablemente al Congreso en su favor. Estaba aún viva su magnífica combinación contra el personal del Instituto; y fuera lo que pudiese ser su nuevo plan, es lo cierto que se le debía ya la eliminación de dos hombres. Agréguese que, salvo la Ñacatiná y Cruzada, que habían estado ya en campaña, ninguna se había dado cuenta del terrible enemigo que había en un perro inmunizado y rastreador de víboras. Se comprenderá así que el plan de la cobra real triunfara al fin.

Aunque era ya muy tarde, era también cuestión de vida o muerte llevar el ataque en seguida, y se decidió partir sobre la marcha.

–¡Adelante, pues! –concluyó la de cascabel–. ¿Nadie tiene nada más que decir?

–¡Nada...! –gritó la Ñacatiná–, ¡sino que nos arrepentiremos!

Y las víboras y culebras, inmensamente aumentadas por los individuos de las especies cuyos representantes salían de la caverna, se lanzaron hacia el Instituto.

–¡Una palabra! –advirtió aún Terrífica–. ¡Mientras dure la campaña estamos en Congreso y somos inviolables las unas para las otras! ¿Entendido?

–¡Sí, sí, basta de palabras! –silbaron todas.

La cobra real, a cuyo lado pasaba Anaconda, le dijo mirándola sombríamente;

–Después...

–¡Ya lo creo! –la cortó alegremente Anaconda, lanzándose como una flecha a la vanguardia.

## 10

El personal del Instituto velaba al pie de la cama del peón mordido por la yará. Pronto debía amanecer. Un empleado se asomó a la ventana por donde entraba la noche caliente y creyó oír ruido en uno de los galpones. Prestó oído un rato y dijo:

–Me parece que es en la caballeriza... Vaya a ver Fragoso.

El aludido encendió el farol de viento y salió, en tanto que los demás quedaban atentos, con el oído alerta.

No había transcurrido medio minuto cuando sentían pasos precipitados en el patio y Fragoso aparecía, pálido de sorpresa.

–¡La caballeriza está llena de víboras! –dijo.

–¿Llena? –preguntó el nuevo jefe–. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

–No sé...

–Vayamos...

Y se lanzaron afuera.

–¡Daboy! ¡Daboy! –llamó el jefe al perro que gemía soñando bajo la cama del enfermo. Y corriendo todos entraron en la caballeriza.

Allí, a la luz del farol de viento, pudieron ver al caballo y a la mula debatiéndose a patadas contra sesenta u ochenta víboras que inundaban la caballeriza. Los animales relinchaban y hacían volar a coces los pesebres; pero las víboras, como si las dirigiera una inteligencia superior, esquivaban los golpes y mordían con furia.

Los hombres, con el impulso de la llegada, habían caído entre ellas. Ante el brusco golpe de luz, las invasoras se detuvieron un instante, para lanzarse en seguida silbando a un nuevo asalto, que, dada la confusión de caballos y hombres, no se sabía contra quién iba dirigido.

El personal del Instituto se vio así rodeado por todas partes de víboras. Fragoso sintió un golpe de colmillos en el borde de las botas, a medio centímetro de su rodilla, y descargó su vara –vara dura y flexible que nunca falta en una casa de bosque– sobre al atacante. El nuevo director partió en dos a otra, y el otro empleado tuvo tiempo de aplastar la cabeza, sobre el cuello mismo del perro, a una gran víbora que acababa de arrollarse con pasmosa velocidad al pescuezo del animal.

Esto pasó en menos de diez segundos. Las varas caían con furioso vigor sobre las víboras que avanzaban siempre, mordían las botas, pretendían trepar por las piernas. Y en medio del relinchar de los caballos, los gritos de los hombres, los ladridos del perro y el silbido de las víboras, el asalto ejercía cada vez más presión sobre los defensores, cuando Fragoso, al precipitarse sobre una inmensa víbora que creyera reconocer, pisó sobre un cuerpo a toda velocidad, y cayó, mientras el farol, roto en mil pedazos, se apagaba.

–¡Atrás! –gritó el nuevo director–. ¡Daboy, aquí!

Y saltaron atrás, al patio, seguidos por el perro, que felizmente había podido desenredarse de entre la madeja de víboras.

Pálidos y jadeantes, se miraron.

–Parece cosa del diablo... –murmuró el jefe–. Jamás he visto cosa igual... ¿qué tienen las víboras de este país? Ayer, aquella doble mordedura, como matemáticamente combinada... Hoy... Por suerte ignoran que nos han salvado a los caballos con sus mordeduras... Pronto amanecerá, y entonces será otra cosa.

–Me pareció que allí andaba la cobra real –dejó caer Fragoso, mientras se ligaba los músculos doloridos de la muñeca.

–Si –agregó el otro empleado–. Yo la vi bien... Y Daboy, ¿no tiene nada?

–No; muy mordido... Felizmente puede resistir cuanto quieran.

Volvieron los hombres otra vez al enfermo, cuya respiración era mejor. Estaba ahora inundado en copiosa transpiración.

–Comienza a aclarar –dijo el nuevo director, asomándose a la ventana–. Usted, Antonio, podrá quedarse aquí. Fragoso y yo vamos a salir.

–¿Llevamos los lazos? –preguntó Fragoso. –¡Oh, no! –repuso el jefe, sacudiendo cabeza–. Con otras víboras, las hubiéramos cazado a todas en un segundo. Estas son demasiado singulares. Las varas y, a todo evento, el machete.

## 11

No singulares, sino víboras, que ante un inmenso peligro sumaban la inteligencia reunida de las especies, era el enemigo que había asaltado el Instituto Seroterápico.

La súbita obscuridad que siguiera al farol roto había advertido a las combatientes el peligro de mayor luz y mayor resistencia. Además, comenzaban a sentir ya en la humedad de la atmósfera la inminencia del día.

–Si nos quedamos un momento más –exclamó Cruzada–, nos cortan la retirada. ¡Atrás!

–¡Atrás, atrás! –gritaron todas. Y atropellándose, pasándose las unas sobre las otras, se lanzaron al campo. Marchaban en tropel, espantadas, derrotadas, viendo con consternación que el día comenzaba a romper a lo lejos.

Llevaban ya veinte minutos de fuga cuando un ladrido claro y agudo, pero distante aún, detuvo a la columna jadeante.

–¡Un instante! –gritó Urutú Dorado–. Veamos cuántas somos, y qué podemos hacer.

A la luz aún incierta de la madrugada examinaron sus fuerzas. Entre las patas de los caballos habían quedado dieciocho serpientes muertas, entre ellas las dos culebras de coral. Atroz había sido partida en dos por Fragoso, y Drimobia yacía allá con el cráneo roto, mientras estrangulaba al perro. Faltaban además Coatiarita, Radínea y Boipeva. En total, veintitrés combatientes aniquilados. Pero las restantes, sin excepción de una sola, estaban todas magulladas, pisadas, pateadas, llenas de polvo y sangre entre las escamas rotas.

–He aquí el éxito de nuestra campaña –dijo amargamente Ñacatiná, deteniéndose un instante a restregar contra una piedra su cabeza–. ¡Te felicito, Hamadrías!

Pero para sí sola se guardaba lo que había oído tras la puerta cerrada de la caballeriza, pues había salido la última. ¡En vez de matar, habían salvado la vida a los caballos, que se extenuaban precisamente por falta de veneno!

Sabido es que para un caballo que se está inmunizando, el veneno le es tan indispensable para su vida diaria como el agua misma, y muere si le llega a faltar.

Un segundo ladrido de perro sobre el rastro sonó tras ellas.

–¡Estamos en inminente peligro! –gritó Terrífica–. ¿Qué hacemos?

–¡A la gruta! –clamaron todas, deslizándose a toda velocidad.

–¡Pero, están locas! –gritó la Ñacatiná, mientras corría–, ¡Las van a aplastar a todas! ¡Van a la muerte! Oíganme: ¡desbandémonos!

Las fugitivas se detuvieron, irresolutas. A pesar de su pánico, algo les decía que el desbande era la única medida salvadora, y miraron alocadas a todas partes. Una sola voz de apoyo, una sola, y se decidían.

Pero la cobra real, humillada, vencida en su segundo esfuerzo de dominación, repleta de odio para un país que en adelante debía serle eminentemente hostil, prefirió hundirse del todo, arrastrando con ella a las demás especies.

–¡Está loca Ñacatiná! –exclamó–. ¡A la caverna!

–¡Sí, a la caverna! –respondió la columna despavorida, huyendo–. ¡A la caverna!

La Ñacatiná vio aquello y comprendió que iban a la muerte. Pero viles, derrotadas, locas de pánico, las víboras iban a sacrificarse, a pesar de todo. Y con una altiva sacudida de lengua, ella, que podía ponerse impunemente a salvo por su velocidad, se dirigió como las otras directamente a la muerte.

Sintió así un cuerpo a su lado, y se alegró al reconocer a Anaconda.

–Ya ves –le dijo con una sonrisa– a lo que nos ha traído la asiática.

–Sí, es un mal bicho... –murmuró Anaconda, mientras corrían una junto a otra.

–¡Y ahora las lleva a hacerse masacrar todas juntas!...

–Ella, por lo menos– advirtió Anaconda con voz sombría–, no va a tener ese gusto...

Y ambas, con un esfuerzo de velocidad, alcanzaron a la columna.

Ya habían llegado.

–¡Un momento! –Se adelantó Anaconda, cuyos ojos brillaban–. Ustedes lo ignoran, pero yo lo sé con certeza, que dentro de diez minutos no va a quedar viva una de nosotras. El Congreso y sus leyes están, pues, ya concluidos. ¿No es eso, Terrífica?

Se hizo un largo silencio.

–Sí –murmuró abrumada Terrífica–. Está concluido...

–Entonces –prosiguió Anaconda volviendo la cabeza a todos lados–, antes de morir quisiera... ¡Ah, mejor así! –concluyó satisfecha al ver a la cobra real que avanzaba lentamente hacia ella.

No era aquél probablemente el momento ideal para un combate. Pero desde que el mundo es mundo, nada ni la presencia del Hombre sobre ellas podrá evitar que una Venenosa y una Cazadora solucionen sus asuntos particulares.

El primer choque fue favorable a la cobra real: sus colmillos se hundieron hasta la encía en el cuello de Anaconda. Esta, con la maravillosa maniobra de las boas de devolver en ataque una cogida casi mortal, lanzó su cuerpo adelante como un látigo y envolvió en él a la Hamadrías, que en un instante se sintió ahogada. La boa, concentrando toda su vida en aquel abrazo, cerraba progresivamente sus anillos de acero; pero la cobra real no soltaba presa. Hubo aún un instante en que Anaconda sintió crujir su cabeza entre los dientes de la Hamadrías. Pero logró hacer un supremo esfuerzo, y este postrer relámpago de voluntad decidió la balanza a su favor. La boca de la cobra, semiasfixiada, se desprendió babeando, mientras la cabeza libre de Anaconda hacia presa en el cuerpo de la Hamadrías.

Poco a poco, segura del terrible abrazo con que inmovilizaba a su rival, su boca fue subiendo a lo largo del cuello, con cortas y bruscas dentelladas, en tanto que la cobra sacudía desesperada la cabeza. Los 96 agudos dientes de Anaconda subían siempre, llegaron al capuchón, treparon, alcanzaron la garganta, subieron aún, hasta que se clavaron por fin en la cabeza de su enemiga, con un sordo y larguísimo crujido de huesos masticados.

Ya estaba concluido. La boa abrió sus anillos, y el macizo cuello de la cobra se escurrió pesadamente a tierra, muerta.

—Por lo menos estoy contenta... —murmuró Anaconda, cayendo a su vez exánime sobre el cuerpo de la asiática.

Fue en ese instante cuando las víboras oyeron a menos de cien metros el ladrido agudo del perro.

Y ellas, que diez minutos antes atropellaban aterradas la entrada de la caverna, sintieron subir a sus ojos la llamarada salvaje de la lucha a muerte por la selva entera.

—¡Entremos! —agregaron, sin embargo, algunas.

—¡No, aquí! ¡Muramos aquí! —ahogaron todas con sus silbidos. Y contra el murallón de piedra que les cortaba toda retirada, el cuello y la cabeza erguidos sobre el cuerpo arrollado, los ojos hechos ascua, esperaron.

No fue larga su espera. En el día aún lívido y contra el fondo negro del monte, vieron surgir ante ellas las dos altas siluetas del nuevo director y de Frago, reteniendo en trailla al perro, que, loco de rabia, se abalanzaba adelante.

—¡Se acabó! ¡Y esta vez definitivamente! —murmuró Nacaniná, despidiéndose— con esas seis palabras de una vida bastante feliz, cuyo sacrificio acababa de decidir. Y con un violento empuje se lanzó al encuentro del perro, que, suelto y con la boca blanca de espuma, llegaba sobre ellas. El animal esquivó el golpe y cayó hirioso sobre Terrífica, que hundió los colmillos en el hocico del perro. Daboy agitó furiosamente la cabeza, sacudiendo en el aire a la de cascabel; pero ésta no soltaba.

Neuwied aprovechó el instante para hundir los colmillos en el vientre del animal; mas también en ese momento llegaban los hombres. En un segundo Terrífica y Neuwied cayeron muertas, con los riñones quebrados.

Urutú Dorado fue partida en dos, y lo mismo Cipó. Lanceolada logró hacer presa en la lengua del perro; pero dos segundos después caía tronchada en tres pedazos por el doble golpe de vara, al lado de Esculapia.

El combate, o más bien exterminio, continuaba furioso, entre silbidos y roncós ladridos de Daboy, que estaba en todas partes. Cayeron una tras otra, sin perdón –que tampoco pedían–, con el cráneo triturado entre las mandíbulas del perro o aplastadas por los hombres. Fueron quedando masacradas frente a la caverna de su último Congreso. Y de las últimas cayeron Cruzada y Ñacatiná.

No quedaba una ya. Los hombres se sentaron, mirando aquella total masacre de las especies, triunfantes un día. Daboy, jadeando a sus pies, acusaba algunos síntomas de envenenamiento, a pesar de estar poderosamente inmunizado. Había sido mordido 64 veces.

Cuando los hombres se levantaban para irse, se fijaron por primera vez en Anaconda, que comenzaba a revivir

–¿Qué hace esta boa por aquí? –dijo el nuevo director–, No es éste su país. A lo que parece; ha trabado relación con la cobra real, y nos ha vengado a su manera. Si logramos salvarla haremos una gran cosa, porque parece terriblemente envenenada. Llévemola. Acaso un día nos salve a nosotros de toda esta chusma venenosa.

Y se fueron, llevando en un palo que cargaban en los hombros, a Anaconda, que, herida y exhausta de fuerzas, iba pensando en Ñacatiná, cuyo destino, con un poco menos de altivez, podía haber sido semejante al suyo.

Anaconda no murió. Vivió un año con los hombres, curioseando y observándolo todo, hasta que una noche se fue. Pero la historia de este viaje remontando por largos meses el Paraná hasta más allá del Guayra, más allá todavía del golfo letal donde el Paraná toma el nombre de río Muerto –la vida extraña que llevó Anaconda y el segundo viaje que emprendió por fin con sus hermanos sobre las aguas sucias de una gran inundación–, toda esta historia de rebelión y asalto de camalotes, pertenece al próximo relato.

Edición digital de Verónica para [LIBRODOT.COM](http://LIBRODOT.COM)

Revisión de urijenny (odoniano@yahoo.com.ar)

## **Segunda parte: El regreso de Anaconda**

Cuando Anaconda, en complicidad con los elementos nativos del trópico, meditó y planeó la reconquista del río, acababa de cumplir treinta años.

Era entonces una joven serpiente de diez metros, en la plenitud de su vigor. No había en su vasto campo de caza, tigre o ciervo capaz de sobrellevar con aliento un abrazo suyo. Bajo la contracción de sus músculos toda vida se escurría, adelgazada hasta la muerte. Ante el balanceo de las pajas que delataban el paso de la gran boa con hambre, el juncal, todo alrededor, se empenachaba de altas orejas aterradas. Y cuando al caer el crepúsculo en las horas mansas, Anaconda bañaba en el río de fuego sus diez metros de oscuro terciopelo, el silencio la circundaba como un halo.

Pero siempre la presencia de Anaconda desalojaba ante sí la vida, como un gas mortífero. Su expresión y movimientos de paz, insensibles para el hombre, la denunciaban desde lejos a los animales. De este modo:

–Buen día –decía Anaconda a los yacarés, a su paso por los fangales.

–Buen día –respondían mansamente las bestias al sol, rompiendo dificultosamente con sus párpados globosos el barro que los soldaba.

–¡Hoy hará mucho calor! –la saludaban los monos trepados, al reconocer en la flexión de los arbustos a la gran serpiente en deslíz.

–Sí, mucho calor...–respondía Anaconda, arrastrando consigo la cháchara y las cabezas torcidas de los monos, tranquilos sólo a medias.

Porque mono y serpiente, pájaro y culebra, ratón y víbora, son conjunciones fatales que apenas el pavor de los grandes huracanes y la extenuación de las interminables sequías logran retardar. Sólo la adaptación común a un mismo medio, vivido y propagado desde el remoto inmemorial de la especie, puede sobreponerse en los grandes cataclismos a esta fatalidad del hambre. Así, ante una gran sequía, las angustias del flamenco, de las tortugas, de las ratas y de las anacondas, formarán un solo desolado lamento por una gota de agua.

Cuando encontramos a nuestra Anaconda, la selva se hallaba próxima a precipitar en su miseria esta sombría fraternidad.

Desde dos meses atrás, no tronaba la lluvia sobre las polvorientas hojas. El rocío mismo, vida y consuelo de la flora abrasada, había desaparecido. Noche a noche, de un crepúsculo a otro, el país continuaba desecándose como si todo él fuera un horno. De lo que había sido cauce de umbríos arroyos sólo quedaban piedras lisas y quemantes; y los esteros densísimos de agua negra y camalotes, se hallaban convertidos en páramos de arcilla surcada de rastros durísimos que entrecubría una red de filamentos deshilachados como estopa, y que era cuanto quedaba de la gran flora acuática. A toda la vera del bosque, los cactus, enhiestos como candelabros, aparecían ahora doblados a tierra, con sus brazos caídos hacia la extrema sequedad del suelo, tan duro que resonaba al menor choque.

Los días, unos tras otros, se deslizaban ahumados por la bruma de las lejanas quemazones, bajo el fuego de un cielo blanco hasta enceguecer, y a través del cual se movía un sol amarillo y sin rayos, que al llegar la tarde comenzaba a caer envuelto en vapores como una enorme masa asfixiada.

Por las particularidades de su vida vagabunda, Anaconda, de haberlo querido, no hubiera sentido mayormente los efectos de la sequía. Más allá de la laguna y sus bañados enjutos, hacia el sol naciente, estaba el gran río natal, el Parahyba<sup>27</sup> refrescante, que podía alcanzar en media jornada.

<sup>27</sup> – Río que nace en Serra da Canastra (Brasil) y se une al Río Grande para formar el Paraná.

Pero ya no iba la boa a su río. Antes, hasta donde alcanzaba la memoria de sus antepasados, el río había sido suyo. Aguas, cachoeiras<sup>28</sup>, lobos, tormentas y soledad, todo le pertenecía.

<sup>28</sup> – Cachoeira, cachoeira, o cacheira son voces brasileñas que significan cascada o salto de agua.

Ahora, no. Un hombre, primero, con su miserable ansia de ver, tocar y cortar había emergido tras del cabo de arena con su larga piragua. Luego otros hombres, con otros más, cada vez más frecuentes. Y todos ellos sucios de olor, sucios de machetes y quemazones incesantes. Y siempre remontando el río, desde el sur...

A muchas jornadas de allí, el Parahyba cobraba otro nombre, ella lo sabía bien. Pero más allá todavía, hacia ese abismo incomprensible del agua bajando siempre, ¿no habría un término, una inmensa restinga de través que contuviera las aguas eternamente en descenso?

De allí, sin duda, llegaban los hombres, y las alzaprimas, y las mulas sueltas que infectan la selva. ¡Si ella pudiera cerrar el Parahyba, devolverle su salvaje silencio, para reencontrar el deleite de antaño, cuando cruzaba el río silbando en las noches oscuras, con la cabeza a tres .metros del agua humeante!...

Sí; crear una barrera que cegara el río y bruscamente pensó en los camalotes.

La vida de Anaconda era breve aún; pero ella sabía de dos o tres crecidas que habían precipitado en el Paraná millones de troncos desarraigados, y plantas acuáticas y espumosas y fango. ¿Adónde había ido a pudrirse todo eso? ¿Qué cementerio vegetal sería capaz de contener el desagüe de todos los camalotes que un desborde sin precedentes vaciara en la sima de ese abismo desconocido?

Ella recordaba bien: crecida de 1883; inundación de 1894... Y con los once años transcurridos sin grandes lluvias, el régimen tropical debía sentir como ella en las fauces, sed de diluvio.

Su sensibilidad ofídica a la atmósfera le rizaba las escamas de esperanza. Sentía el diluvio inminente. Y como otro Pedro el Ermitaño<sup>29</sup>, Anaconda se lanzó a predicar la cruzada a lo largo de los riachos y .fuentes fluviales.

<sup>29</sup> – *Pedro el Ermitaño* (¿1050?–1115) fue un monje y predicador francés. Según la tradición, una visión que tuvo en la Iglesia del santo Sepulcro lo impulsó a la empresa de rescatar Jerusalem del dominio árabe. Comandó una expedición a Tierra Santa y fue derrotado en la batalla de Nicea en

1096. Al año siguiente se incorporó al ejército de Godofredo de Bouillon. Murió en el monasterio agustino de Huy.

La sequía de su hábitat no era, como bien se comprende, general a la vasta cuenca. De modo que tras largas jornadas, sus narices se expandieron ante la densa humedad de los esteros, plenos de victorias regias, y al vaho de formol de las pequeñas hormigas que amasaban sus túneles sobre ellas.

Muy poco costó a Anaconda convencer a los animales. El hombre ha sido, es y será el más cruel enemigo de la selva.

—...Cegando, pues, el río —concluyó Anaconda después de exponer largamente su plan—, los hombres no podrán más llegar hasta aquí.

—¿Pero las lluvias necesarias? —objetaron las ratas de agua, que no podían ocultar sus dudas—. ¡No sabemos si van a venir!

—¡Vendrán! y antes de lo que imaginan. ¡Yo lo sé!

—Ella lo sabe —confirmaron las víboras—. Ella ha vivido entre los hombres. Ella los conoce.

—Sí, los conozco. y sé que un solo camalote, uno solo, arrastra, a la deriva de una gran creciente, la tumba de un hombre.

—¡Ya lo creo! —sonrieron suavemente las víboras—. Tal vez de dos...

—O de cinco... —bostezó un viejo tigre desde el fondo de sus ijares—. Pero dime —se desperezó directamente hacia Anaconda—: ¿estás segura de que los camalotes alcanzarán a cegar el río? Lo pregunto por preguntar.

—Claro que no alcanzarán los de aquí, ni todos los que puedan desprenderse en doscientas leguas a la redonda... Pero te confieso que acabas de hacer la única pregunta capaz de inquietarme. ¡No, hermanos! Todos los camalotes de la cuenca del Paranahyba y del Río Grande<sup>30</sup> con todos sus afluentes, no alcanzarían a formar una barra de diez leguas de largo a través del río. Si no contara más que con ellos, hace tiempo que me hubiera tendido a los pies del primer caipira<sup>31</sup> con machete... Pero tengo grandes esperanzas de que las lluvias sean generales e Inunden también la cuenca del Paraguay<sup>32</sup>. Ustedes no lo conocen... Es un gran río. Si llueve allá, como indefectiblemente lloverá aquí, nuestra victoria es segura. Hermanos: ¡hay allá esteros de camalotes que no alcanzaríamos a recorrer nunca, sumando nuestras vidas!

<sup>30</sup> — Junto con el Paranahyba forman el Paraná.

<sup>31</sup> — Voz brasileña que significa campesino habitante de la selva

<sup>32</sup> — Río de llanura, principal afluente del Paraná y uno de los mayores ríos de América del Sur. Nace en la meseta del Mato Grosso (Brasil).

—Muy bien... —asintieron los yacarés con pesada modorra—. Es aquél un hermoso país... ¿Pero cómo sabremos si ha llovido también allá? Nosotros tenemos las patitas débiles...

–No, pobrecitos sonrió Anaconda, cambiando una irónica mirada con los carpinchos, sentados a diez prudenciales metros–. No los haremos ir tan lejos... Yo creo que un pájaro cualquiera puede venir desde allá en tres volidos<sup>33</sup> a traernos la buena nueva...

<sup>33</sup> – Vuelos.

–Nosotros no somos pájaros cualesquiera –dijeron los tucanes–, y vendremos en cien volidos, porque volamos muy mal. Y no tenemos miedo a nadie. Y vendremos volando, porque nadie nos obliga a ello, y queremos hacerlo así. Y a nadie tenemos miedo.

Y concluido su aliento, los tucanes miraron impávidos a todos, con sus grandes ojos de oro cercados de azul.

–Somos nosotros quienes tenemos miedo... —chilló a la sordina una arpía<sup>34</sup> plumiza esponjándose de sueño.

<sup>34</sup> – Especie de águila que se alimenta de aves y animales pequeños.

–Ni a ustedes, ni a nadie. Tenemos el vuelo corto; pero miedo, no –insistieron los tucanes, volviendo a poner a todos de testigos.

–Bien, bien... –intervino Anaconda, al ver que el debate se agriaba, como eternamente se ha agriado en la selva toda exposición de méritos–. Nadie tiene miedo a nadie, ya lo sabemos. ..y los admirables tucanes vendrán, pues, a informarnos del tiempo que reine en la cuenca aliada.

–Lo haremos así porque nos gusta: pero nadie nos obliga a hacerlo –tornaron los tucanes.

De continuar así, el plan de lucha iba a ser muy pronto olvidado, y Anaconda lo comprendió.

–¡Hermanos! –se irguió con vibrante silbido–. Estamos perdiendo el tiempo estérilmente. Todos somos iguales, pero juntos. Cada uno de nosotros, de por sí, no vale gran cosa. Aliados, somos toda la zona tropical. ¡Lancémosla contra el hombre, hermanos! ¡Él todo lo destruye! ¡Nada hay que no corte y ensucie! ¡Echemos por el río nuestra zona entera, con sus lluvias, su fauna, sus camalotes, sus fiebres y sus víboras! ¡Lancemos el bosque por el río, hasta cegar! ¡Arranquémonos todos, desarraiguémonos a muerte, si es preciso, pero lancemos el trópico aguas abajo!

El acento de las serpientes fue siempre seductor. La selva, enardecida, se alzó en una sola voz:

–¡Sí, Anaconda! ¡Tiene razón! ¡Precipitemos la zona por el río! ‘Bajemos, bajemos!

Anaconda respiró por fin libremente: la batalla estaba ganada. El alma –diríamos– de una zona entera, con su clima, su fauna y su flora, es difícil de conmover; pero cuando sus nervios se han puesto tirantes en la prueba de una atroz sequía, no

cabe entonces mayor certidumbre que su resolución bienhechora en un gran diluvio.

\* \* \*

Pero en su hábitat, al que la gran boa regresaba, la sequía llegaba ya a límites extremos.

—¿Y bien? —preguntaron las bestias angustiadas—. ¿Están allá de acuerdo con nosotros? ¿Volverá a llover otra vez, dínos? ¿Estás segura, Anaconda?

—Lo estoy. Antes de que concluya esta luna oiremos tronar de agua el monte. ¡Agua, hermanos, y que no cesará tan pronto!

A esta mágica voz: ¡Agua!, la selva entera clamó, como un eco de desolación:

—¡Agua! ¡Agua!

—¡Sí, e inmensa! Pero no nos precipitemos cuando brome. Contamos con aliados invalorable, y ellos nos enviarán mensajeros cuando llegue el instante. Escudriñen constantemente el cielo, hacia el noroeste. De allí deben llegar los tucanes. Cuando ellos lleguen, la victoria es nuestra. Hasta entonces, paciencia.

¿Pero cómo exigir paciencia a seres cuya piel se abría en grietas de sequedad, que tenían los ojos rojos por la conjuntivitis, y cuyo trote vital era ahora un arrastre de patas, sin brújula?

Día tras día, el sol se levantó sobre el barro de intolerable resplandor, y se hundió asfixiado en vapores de sangre, sin una sola esperanza. Cerrada la noche, Anaconda se deslizaba hasta el Paranahyba a sentir en la sombra el menor estremecimiento de lluvia que debía llegar sobre las aguas desde el implacable norte. Hasta la costa, por lo demás, se habían arrastrado los animales menos exhaustos. Y juntos todos, pasaban las noches sin sueño y sin hambre, aspirando en la brisa, como la vida misma, el más leve olor a tierra mojada.

Hasta que una noche, por fin, se realizó el milagro. Inconfundible con otro alguno, el viento precursor trajo a aquellos míseros un sutil vaho de hojas empapadas.

—¡Agua! ¡Agua! —se oyó clamar de nuevo en el desolado ámbito. y la dicha fue definitiva cuando cinco horas después, al romper el día, se oyó en el silencio, lejanísimo aún, el sordo tronar de la selva bajo el diluvio que se precipitaba por fin.

—Esa mañana el sol brilló, pero no amarillo, sino anaranjado, y a mediodía no se le vio más. Y la lluvia llegó, espesísima y opaca y blanca como plata oxidada, a empapar la tierra sedienta.

Diez noches y diez días continuos el diluvio se cernió sobre la selva flotando en vapores; y lo que fuera páramo de insoportable luz, se tendía ahora hasta el horizonte en sedante napa líquida. La flora acuática rebrotaba en planísimas balsas verdes que a simple vista se veía dilatar sobre el agua hasta lograr contacto con sus hermanas. Y cuando nuevos días pasaron sin traer a los emisarios del noroeste, la inquietud tornó a inquietar a los futuros cruzados.

–¡No vendrán nunca! –clamaban–. ¡Lancémonos, Anaconda! Dentro de poco no será ya tiempo. Las lluvias cesan.

–Y recomenzarán. ¡Paciencia, hermanitos! ¡Es imposible que no llueva allá! Los tucanes vuelan mal; ellos mismos lo dicen. Acaso estén en camino. ¡Dos días más!

Pero Anaconda estaba muy lejos de la fe que aparentaba. ¿Y si los tucanes se habían extraviado en los vapores de la selva humeante? ¿y si por una inconcebible desgracia, el noroeste no había acompañado al diluvio del norte? A media jornada de allí, el Paranahyba atronaba con las cataratas pluviales que le vertían sus afluentes.

Como ante la espera de una paloma de arca<sup>35</sup>, los ojos de las ansiosas bestias estaban sin cesar vueltos al noroeste, hacia el cielo anunciador de su gran empresa. Nada. Hasta que en las brumas de un chubasco, mojados y ateridos, los tucanes llegaron graznando:

<sup>35</sup> – Alusión a la versión bíblica del diluvio universal, en que se hace referencia a las aves enviadas por Noé desde el arca en que estaba refugiado, para averiguar si había tierra en algún lugar.

–¡Grandes lluvias! ¡Lluvia general en toda la cuenca! ¡Todo blanco de agua!

Y un alarido salvaje azotó la zona entera.

–¡Bajemos! ¡El triunfo es nuestro! ¡Lancémonos en seguida!

Y ya era tiempo, podría decirse, porque el Paranahyba desbordaba hasta allí mismo, fuera de cauce. Desde el río hasta la gran laguna, los bañados eran ahora un tranquilo mar, que se balanceaba de tiernos camalotes. Al norte, bajo la presión del desbordamiento, el mar verde cedía dulcemente, trazaba una gran curva lamiendo el bosque, y derivaba lentamente hacia el sur, succionado por la veloz corriente.

Había llegado la hora. Ante los ojos de Anaconda, la zona al asalto desfiló. Victorias nacidas ayer, y viejos cocodrilos rojizos; hormigas y tigres; camalotes y víboras; espumas, tortugas y liebres, y el mismo clima diluviano que descargaba otra vez, la selva pasó, aclamando a la boa, hacia el abismo de las grandes crecidas.

Y cuando Anaconda lo hubo visto así, se dejó a su vez arrastrar flotando hasta el Paranahyba, donde arrollada sobre un cedro arrancado de cuajo, que descendía girando sobre sí mismo en las corrientes encontradas. suspiró por fin con una sonrisa, cerrando lentamente a la luz crepuscular sus ojos de vidrio.

Estaba satisfecha.

\* \* \*

Comenzó entonces el viaje milagroso hacia lo desconocido, pues de lo que pudiera haber detrás de los grandes cantiles de asperón rosa que mucho más allá del Guayra<sup>36</sup> entrecierran el río, ella lo ignoraba todo. Por el Tacuari<sup>37</sup> había

llegado una vez hasta la cuenca del Paraguay, según lo hemos visto. Del Paraná medio e inferior, nada conocía.

<sup>36</sup> – Una serie de 18 cascadas en el río Paraná, a lo largo de cinco kilómetros, en el límite entre Brasil y Paraguay.

<sup>37</sup> – Río que nace en el departamento de Cerro Largo, Uruguay, y desemboca en la laguna Mirim

Serena, sin embargo, a la vista de la zona que bajaba triunfal y danzando sobre las aguas encajonadas, refrescada de mente y de lluvia, la gran serpiente se dejó llevar hamacada bajo el diluvio blanco que la adormecía.

Descendió en este estado el Parahyba natal, entrevió el aplacamiento de los remolinos al salvar el río Muerto, y apenas tuvo conciencia de sí cuando la selva entera flotante, y el cedro, y ella misma, fueron precipitados a través de la bruma en la pendiente del Guayra, cuyos saltos en escalera se hundían por fin en un plano inclinado abismal. Por largo tiempo el río estrangulado revolvió profundamente sus aguas rojas. Pero dos jornadas mas adelante los altos ribazos se separaban otra vez, y las aguas, en estiramiento de aceite, sin un remolino ni un rumor, filaban<sup>38</sup> por la canal<sup>39</sup> a nueve millas por hora.

<sup>38</sup> – Corrían, se deslizaban.

<sup>39</sup> – El canal; género ambiguo.

A nuevo país, nuevo clima. Cielo despejado ahora y sol radiante, que apenas alcanzaban a velar un momento los vapores matinales. Como una serpiente muy joven, Anaconda abrió curiosamente los ojos al día de Misiones, en un confuso y casi desvanecido recuerdo de su primera juventud.

Tornó a ver la playa, al primer rayo de sol, elevarse y flotar sobre una lechosa niebla que poco a poco se disipaba, para persistir en las ensenadas umbrías, en largos chales prendidos a la popa mojada de las piraguas. Volvió aquí a sentir, al abordar los grandes remansos de las restingas, el vértigo del agua a flor de ojo, girando en curvas lisas y mareantes, que al hervir de nuevo al tropiezo de la corriente, borbotaban enrojecidas por la sangre de las palometas. Vio tarde a tarde al sol recomenzar su tarea de fundidor incendiando. los crepúsculos en abanico, con el centro vibrando al rojo albeante, mientras allá arriba, en el alto cielo, blancos cúmulos bogaban solitarios, mordidos en todo el contorno por chispas de fuego.

Todo le era conocido, pero como en la niebla de un ensueño. Sintiendo, particularmente de noche, el pulso caliente de la inundación que descendía con ella, la boa se dejaba llevar a la deriva, cuando súbitamente se arrolló con una sacudida de inquietud.

El cedro acababa de tropezar con algo inesperado o, por lo menos, poco habitual en el río.

Nadie ignora todo lo que arrastra, a flor de agua o semisumergido, una gran crecida. Ya varias veces habían pasado a la vista de Anaconda, ahogados allá en el extremo norte, animales desconocidos de ella misma, y que se hundían poco a

poco bajo un aleteante. picoteo de cuervos<sup>40</sup>. Había visto a los caracoles trepando a centenares a las altas ramas columpiadas por la corriente, y a los annós<sup>41</sup> rompiéndolos a picotazos. Y al esplendor de la luna, había asistido al desfile de los carambatás<sup>42</sup> remontando el río con la aleta dorsal a flor de agua, para hundirse todos de pronto con una sacudida de cañonazo.

<sup>40</sup> – Desplazamiento calificativo: el adjetivo *alleteante*, que en verdad corresponde a *cuervos*, se aplica a la acción que estos realizan. La realidad es captada así de un modo más emocional e intuitivo, es decir, más poético. Estas innovaciones expresivas son uno de los aportes del modernismo.

<sup>41</sup> – Especie de paloma silvestre.

<sup>42</sup> – Voz guaraní que designa a peces de río que nadan velozmente contra la corriente

Como en las grandes crecidas.

Pero lo que acababa de trabar contacto con ella era un cobertizo de dos aguas, como el techo de un rancho caído a tierra, y que la corriente arrastraba sobre un embalsado<sup>43</sup> de camalotes.

<sup>43</sup> – Balsa.

¿Rancho construido a pique sobre un estero, y minado por las aguas? ¿Habitado tal vez por un náufrago que alcanzara<sup>44</sup> hasta él?

<sup>44</sup> – Por: “que había alcanzado” o “que había llegado”.

Con infinitas precauciones, escama tras escama, Anaconda recorrió la isla flotante. Se hallaba habitada, en efecto, y bajo el cobertizo de paja estaba acostado un hombre. Pero enseñaba una larga herida en la garganta, y se estaba muriendo.

Durante largo tiempo, sin mover siquiera un milímetro la extremidad de la cola, Anaconda mantuvo la mirada fija en su enemigo.

En ese mismo gran golfo del río, obstruido por los cantiles de arenisca rosa, la boa había conocido al hombre. No guardaba de aquella historia recuerdo alguno preciso; sí una sensación de disgusto, una gran repulsión de sí misma, cada vez que la casualidad, y sólo ella, despertaba en su memoria algún vago detalle de su aventura.

Amigos de nuevo, jamás. Enemigos, desde luego, puesto que contra ellos estaba desencadenada la lucha.

Pero, a pesar de todo, Anaconda no se movía; y las horas pasaban. Reinaban todavía las tinieblas cuando la gran serpiente se desenrolló de pronto y fue hasta el borde del embalsado a tender la cabeza hacia las negras aguas.

Había sentido la proximidad de las víboras en su olor a pescado.

En efecto, las víboras llegaban a montones.

–¿Qué pasa? –preguntó Anaconda–. Saben ustedes bien que no deben abandonar sus camalotes en una inundación.

–Lo sabemos –respondieron las intrusas–. Pero aquí hay un hombre. Es un enemigo de la selva. Apártate, Anaconda.

–¿Para qué? No se pasa. Ese hombre está herido... Está muerto.

–¿Y a ti qué te importa? Si no está muerto, lo estará en seguida... ¡Danos paso, Anaconda!

La gran boa se irguió, arqueando hondamente el cuello.

–¡No se pasa, he dicho! ¡Atrás! He tomado a ese hombre enfermo bajo mi protección. ¡Cuidado con la que se acerque!

–¡Cuidado tú! –gritaron en un agudo silbido las víboras, hinchando las parótidas asesinas.

–¿Cuidado de qué?

–De lo que haces. ¡Te has vendido a los hombres!... ¡Iguana de cola larga!

Apenas acababa la serpiente de cascabel de silbar la última palabra, cuando la cabeza de la boa iba, como un terrible ariete, a destrozarse las mandíbulas del crótalo, que flotó en seguida muerto, con el lacio vientre al aire.

–¡Cuidado! –Y la voz de la boa se hizo agudísima–. ¡No va a quedar víbora en todo Misiones, si se acerca una sola! ¡Vendida yo, miserables...! ¡Al agua! Y ténganlo bien presente: ni de día, ni de noche, ni a hora alguna, quiero víboras alrededor del hombre. ¿Entendido?

–¡Entendido! –repuso desde las tinieblas la voz sombría de una gran yararacusú–. Pero algún día te hemos de pedir cuenta de esto, Anaconda.

–En otra época –contestó Anaconda–, rendí cuenta a alguna de ustedes... Y no quedé contenta. ¡Cuidado tu misma, hermosa yarará! Y ahora, mucho ojo... ¡Y feliz viaje!

Tampoco esta vez Anaconda se sentía satisfecha. ¿Por qué había procedido así? ¿Qué la ligaba ni podía ligar jamás a ese hombre –un desgraciado mensú<sup>45</sup>, a todas luces–, que agonizaba con la garganta abierta.

<sup>45</sup> – Peón, jornalero.

El día clareaba ya.

–¡Bah! –murmuró por fin la gran boa, contemplando por última vez al herido–. Ni vale la pena que me moleste por ese sujeto... Es un pobre individuo, como todos los otros, a quien queda apenas una hora de vida...

Y con una desdeñosa sacudida de cola, fue a arrollarse en el centro de su isla flotante.

Pero en todo el día sus ojos no dejaron un instante de vigilar los camalotes.

Apenas entrada la noche, altos conos de hormigas que derivaban sostenidas por los millares de hormigas ahogadas en la base, se aproximaron al embalsado.

–Somos las hormigas, Anaconda –dijeron–, y venimos a hacerte un reproche. Ese hombre que está sobre la paja es un enemigo nuestro. Nosotras no lo vemos, pero las víboras saben que está allí. Ellas lo han visto, y el hombre está durmiendo bajo el techo. Mátao, Anaconda.

–No, hermanas. Vayan tranquilas.

–Haces mal, Anaconda. Deja entonces que las víboras lo maten.

–Tampoco. ¿Conocen ustedes las leyes de las crecidas? Este embalsado es mío, y yo estoy en él. Paz, hormigas.

–Pero es que las víboras lo han contado a todos... Dicen que te has vendido a los hombres... No te enojés, Anaconda.

–¿Y quiénes lo creen?

–Nadie, es cierto... Sólo los tigres no están contentos.

–¡Ah... ! ¿Y por qué no vienen ellos a decírmelo?

–No lo sabemos, Anaconda.

–Yo sí lo sé. Bien, hermanitas: apártense tranquilamente, y cuiden de no ahogarse todas, porque harán pronto mucha falta. No teman nada de su Anaconda. Hoy y siempre, soy y seré la fiel hija de la selva. Díganse a todos así. Buenas noches, compañeras.

–¡Buenas noches, Anaconda! –se apresuraron a responder las hormiguitas. y la noche las absorbió.

Anaconda había dado sobradas pruebas de inteligencia y lealtad para que una calumnia viperina le enajenara el respeto y el amor de la selva. Aunque su escasa simpatía a cascabeles y yaráras de toda especie no se ocultaba a nadie, las víboras desempeñaban en la inundación tal inestimable papel, que la misma boa se lanzó en largas nadadas a conciliar los ánimos.

–Yo no busco guerra –dijo a las víboras–. Como ayer, y mientras dure la campaña, pertenezco en alma y cuerpo a la crecida. Solamente que el embalsado es mío, y hago de él lo que quiero. Nada más.

Las víboras no respondieron una palabra, ni volvieron siquiera los fríos ojos a su interlocutora, como si nada hubieran oído.

–¡Mal síntoma! –croaron los flamencos juntos, que contemplaban desde lejos el encuentro.

–¡Bah! –lloraron trepando en un tronco los yacarés chorreantes–. Dejemos tranquila a Anaconda... Son cosas de ella. Y el hombre debe estar ya muerto.

Pero el hombre no moría. Con gran extrañeza de Anaconda, tres nuevos días habían pasado, sin llevar consigo el hipo final del agonizante. No dejaba ella un

instante de montar guardia; pero aparte de que las víboras no se aproximaban más, otros pensamientos preocupaban a Anaconda.

Según sus cálculos –toda serpiente de agua sabe más de hidrografía que hombre alguno– debían hallarse ya próximos al Paraguay. Y sin el fantástico aporte de camalotes que este río arrastra en sus grandes crecidas, la lucha estaba concluida al comenzar. ¿Qué significaban, para colmar y cegar el Paraná en su desagüe, los verdes manchones que bajaban del Paranahyba, al lado de los 180.000 kilómetros cuadrados de camalotes de los grandes bañados de Xarayes<sup>46</sup>? La selva que derivaba en ese momento lo sabía también, por los relatos de Anaconda en su cruzada. De modo que cobertizo de paja, hombre herido y rencores fueron olvidados ante el ansia de los viajeros, que hora tras hora auscultaban las aguas para reconocer la flora aliada.

<sup>46</sup> – Región selvática y pantanosa del Brasil, en Mato Grosso, cerca del límite con Bolivia.

¿Y si los tucanes –pensaba Anaconda– habían errado, apresurándose a anunciar una mísera llovizna?

–¡Anaconda! –se oía en las tinieblas desde distintos puntos–. ¿No reconoces las aguas todavía? ¿Nos habrán engañado, Anaconda?

–No lo creo –respondía la boa, sombría–. Un día más, y las encontraremos.

–¡Un día más! Vamos perdiendo las fuerzas en este ensanche del río. ¡Un nuevo día...! ¡Siempre dices lo mismo, Anaconda!

–¡Paciencia, hermanos! Yo sufro mucho más que ustedes.

Fue el día siguiente un duro día, al que se agregó la extrema sequedad del ambiente, y que la gran boa sobrellevó inmóvil de vigía en su isla flotante, encendida al caer la tarde por el reflejo del sol, tendido como una barra de metal fulgurante a través del río, y que la acompañaba.

En las tinieblas de esa misma noche, Anaconda, que desde horas atrás nadaba entre los embalsados sorbiendo ansiosamente sus aguas, lanzó de pronto un grito de triunfo: acababa de reconocer en una inmensa balsa a la deriva, el salado sabor de los camalotes del Olidén.

–¡Salvados, hermanos! –exclamó–. ¡El Paraguay baja ya con nosotros! ¡Grandes lluvias allá también!

Y .la moral de la selva, remontada como por encanto, aclamó a la inundación limítrofe, cuyos camalotes, densos como tierra firme, entraban por fin en el Paraná.

\* \* \*

El sol iluminó al día siguiente esta epopeya de las dos grandes cuencas aliadas que se vertían en las mismas aguas.

La gran flora acuática bajaba, soldada en islas extensísimas que cubrían el río. Una misma voz de entusiasmo flotaba sobre la selva cuando los camalotes

próximos a la costa, absorbidos por un remanso, giraban indecisos sobre el rumbo a tomar.

—¡Paso! ¡Paso! —se oía pulsar a la crecida entera ante el obstáculo. Y los camalotes, los troncos con su carga de asaltantes, escapaban por fin a la succión, filando como un rayo por la tangente.

—¡Sigamos! ¡Paso! ¡Paso! —se oía desde una orilla a la otra—. ¡La victoria es nuestra!

Así lo creía también Anaconda. Su sueño estaba a punto de realizarse. Y envanecida de orgullo, echó hacia la sombra del cobertizo una mirada triunfal.

El hombre había muerto. No había el herido cambiado de posición ni encogido un solo dedo, ni su boca se había cerrado. Pero estaba bien muerto, y posiblemente desde horas atrás.

Ante esa circunstancia, más que natural y esperada, Anaconda quedó inmóvil de extrañeza, como si el obscuro mensú hubiera debido conservar para ella, a despecho de su raza y sus heridas, su miserable existencia.

¿Qué le importaba ese hombre? Ella lo había defendido, sin duda; lo había resguardado de las víboras, velando y sosteniendo a la sombra de la inundación un resto de vida hostil.

¿Por qué? Tampoco le importaba saberlo. Allí quedaría el muerto, bajo su cobertizo, sin que ella volviera a acordarse más de él. Otras cosas la inquietaban.

En efecto, sobre el destino de la gran crecida se cernía una amenaza que Anaconda no había previsto. Macerado por los largos días de flote en aguas calientes, el sargazo fermentaba. Gruesas burbujas subían a la superficie entre los intersticios de aquél, y las semillas reblandecidas se adherían aglutinadas todo al contorno del sargazo. Por un momento, las costas altas habían contenido el desbordamiento, y la selva acuática había cubierto entonces totalmente el río, al punto de no verse agua sino un mar verde en todo el cauce. Pero ahora, en las costas bajas, la crecida, cansada y falta del coraje de los primeros días, defluía agonizante hacia el interior anegadizo que, como una trampa, le tendía la tierra a su paso.

Más abajo todavía, los grandes embalsados se rompían aquí y allá, sin fuerzas para vencer los remansos, e iban a gestar en las profundas ensenadas su ensueño de fecundidad. Embriagados por el vaivén y la dulzura del ambiente, los camalotes cedían dóciles a las contracorrientes de la costa, remontaban suavemente el Paraná en dos grandes curvas, y se paralizaban por fin a lo largo de la playa a florecer.

Tampoco la gran boa escapaba a esta fecunda molicie que saturaba la inundación. Iba de un lado a otro en su isla flotante, sin hallar sosiego en parte alguna. Cerca de ella, a su lado casi, el hombre muerto se descomponía. Anaconda se aproximaba a cada instante, aspiraba, como en un rincón de la selva, el calor de la fermentación, e iba a deslizar por largo trecho el cálido vientre sobre el agua, como en los días de su primavera natal.

Pero no era esa agua ya demasiado fresca el sitio propicio. Bajo la sombra del techo, yacía el mensú muerto. ¿Podía no ser esa muerte más que la resolución final y estéril del ser que ella había velado? ¿Y nada, nada le quedaría de él?

Poco a poco, con la lentitud que ella habría puesto ante un santuario natural, Anaconda fue arrollándose. Y junto al hombre que ella había defendido como a su vida propia; al fecundo calor de su descomposición –póstumo tributo de agradecimiento, que quizá la selva hubiera comprendido–, Anaconda comenzó a poner sus huevos.

\* \* \*

De hecho, la inundación estaba vencida. Por vastas que fueran las cuencas aliadas, y violentos hubieran sido los diluvios, la pasión de la flora había quemado el brío de la gran crecida. Pasaban aún los camalotes, sin duda; pero la voz de aliento: ¡Paso! ¡Paso!, se había extinguido totalmente.

Anaconda no soñaba más. Estaba convencida del desastre. Sentía, inmediata, la inmensidad en que la inundación iba a diluirse, sin haber cerrado el río. Fiel al calor del hombre, continuaba poniendo sus huevos vitales, propagadores de su especie, sin esperanza alguna para ella misma.

En un infinito de agua fría, ahora, los camalotes se disgregaban, desparramándose por la superficie sin fin. Largas y redondas olas balanceaban sin concierto la selva desgarrada, cuya fauna terrestre, muda y sin oriente, se iba hundiendo aterida en la frialdad del estuario.

Grandes buques –los vencedores– ahumaban a lo lejos el cielo límpido, y un vaporcito empenachado de blanco, curioseaba entre las islas rotas. Más lejos todavía, en la infinitud celeste, Anaconda se destacaba erguida sobre su embalsado, y aunque disminuidos por la distancia, sus robustos diez metros llamaron la atención de los curiosos.

–¡Allá! –se alzó de pronto una voz en el vaporcito–. ¡En aquel embalsado! ¡Una enorme víbora!

–¡Qué monstruo! –gritó otra voz–. ¡Y fíjense! ¡Hay un rancho caído! Seguramente ha matado a su habitante.

–¡O lo ha devorado vivo! Estos monstruos no perdonan a nadie. Vamos a vengar al desgraciado con una buena bala.

–¡Por Dios, no nos acerquemos! –clamó el que primero había hablado–. El monstruo debe de estar furioso. Es capaz de lanzarse contra nosotros en cuanto nos vea. ¿Está seguro de su puntería desde aquí?

–Veremos... No cuesta nada probar un primer tiro...

Allá, al sol naciente que doraba el estuario puntillado de verde, Anaconda había visto la lancha con su penacho de vapor. Miraba indiferente hacia aquello, cuando distinguió un pequeño copo de humo en la proa del vaporcito, y su cabeza golpeó contra los palos del embalsado.

La boa se irguió de nuevo, extrañada. Había sentido un golpecito seco en alguna parte de su cuerpo, tal vez en la cabeza. No se explicaba cómo. Tenía, sin embargo, la impresión de que algo le había pasado. Sentía su cuerpo dormido, primero; y luego, una tendencia a balancear el cuello, como si las cosas, y no su cabeza, se pusieran a danzar, obscureciéndose.

Vio de pronto ante sus ojos la selva natal en un viviente panorama, pero invertida; y transparentándose sobre ella, la cara sonriente del mensú.

–Tengo mucho sueño... –pensó Anaconda, tratando de abrir todavía los ojos. Inmensos y azulados ahora, sus huevos desbordaban del cobertizo y cubrían la balsa entera.

–Debe ser hora de dormir... –murmuró Anaconda. Y pensando deponer suavemente la cabeza a lo largo de sus huevos, la aplastó contra el suelo en el sueño final.

## Anclaje

Eric Frank Russell

*Tieline*, © 1955 (*Astounding Science Fiction*, Julio de 1955). Traducción de urijenny.

*Originalmente publicada bajo el nombre de Duncan H. Munro. Esta historia respecto a un hombre solitario que mantiene una vigilancia galáctica desde un mundo acuático realmente hace pensar con cariño en las gaviotas.*

Vio la aguja del medidor de salida saltar, oscilar, y caer nuevamente. Treinta segundos después lo mismo: subió, se estremeció y cayó. Treinta segundos después lo mismo nuevamente. Ha estado haciéndolo por semanas, meses, años...

Fuera del edificio de piedra fundida una antena en celosía se eleva hacia lo alto en el aire y apunta una gigantesca copa hacia las estrellas. Y desde la copa, a intervalos de medio minuto, se envía una voz silenciosa de largo alcance.

—Bunda uno. ¡Eep-eep-bop! Bunda uno. ¡Eep-eep-bop!

Desde ocho estaciones repetidoras sincronizadas, en islas solitarias alrededor del ecuador del planeta, se emite la misma llamada, radiando como los rayos de una rueda, tan lentamente como gira el mundo sobre su eje.

Afuera, en el abismo internebular donde se esconden los cuerpos oscuros sin soles que puedan descubrirlos, una nave eventual podría escuchar la voz, cambiar curso en sus propios planos horizontal o vertical y rugir directo hacia adelante.

Con qué frecuencia podía ocurrir esto, no tenía modo de saberlo. Permanecía en tremenda soledad, señalando el camino a aquellos que nunca dirían “¡Gracias!”. Demasiado pequeña y fugaz para ser vista alguna vez, su estela titiló brevemente en el espacio entre las espirales de estrellas y luego se perdió. Como “las naves que pasan en la noche”.

Bunda uno. Un faro en el espacio. Un mundo con atmósfera semejante a la de la Tierra pero escasa tierra firme. Una esfera de océanos inmensos salpicados de escarpadas islas en las que no vivía nada que fuera compañía y consuelo para alguien con forma humana.

Esta isla en particular era la mayor superficie sólida en un mundo de desechos acuosos. Treinta y cinco kilómetros de largo por once de ancho, un verdadero continente en los términos de Bunda. Sin árboles, ni animales, ni pájaros, ni flores. Habían arbustos achaparrados, bajos y retorcidos, líquenes, y pequeños hongos. Había unas cincuenta especies de insectos anfibios que mantenían estables sus poblaciones a través del enfrentamiento de unos con otros. Y nada más.

Sobre todo el planeta se extendía un silencio espantoso. Esto era lo horrible: el silencio. Los vientos eran suaves, consistentes, nunca declinando a un suspiro o creciendo hasta un aullido. Los mares avanzando perezosamente, arrastrándose veinticinco lentos centímetros hasta las rocas, y deslizándose de nuevo los veinticinco centímetros hacia abajo sin un sobresalto, un chapoteo, un sonido de aspersión de rocío. Los insectos eran silenciosos, sin un chirrido o chillido en el montón. Los pálidos líquenes y los deformes arbustos se mantenían inmóviles, como extravagantes entidades paralizadas por la eterna calma.

Detrás del edificio hay un jardín. Cuando los constructores de la baliza establecieron por primera vez el lugar en que se ubicaría la instalación, convirtieron un cuarto de hectárea de dura roca en terreno cultivable, y plantaron allí raíces y semillas de la Tierra. No aparecieron flores, pero prosperaron algunos vegetales. Tenía cincuenta surcos de remolacha, espinacas, y brócoli. Y tenía cebollas del tamaño de pelotas football.

Nunca comió una cebolla. Las detestaba. Pero las mantenía junto con el resto, cuidándolas con esmero, por variar la rutina y por el placer de escuchar el grueso empuje de una pala, el firme tintineo de una azada.

La aguja saltó, se estremeció, y cayó nuevamente. Si observaba con demasiada frecuencia y durante demasiado tiempo, se volvía hipnótico. Había veces en que desarrollaba un insano deseo de cambiar sus características: la oscilación en algo idiota pero refrescantemente nuevo; destrozar el código en clave del gran transmisor y substituirlo por alguna insensatez que la copa podría enviar hacia las sorprendidas estrellas.

–Wossop na bullwacka. ¡Bammer-bam-whop! Wossop na bullwacka. ¡Bammer-bam-whop!

Había pasado antes y algún día podría pasar de nuevo.

No había pasado tanto tiempo desde que un crucero liviano tuvo que eliminar una estación del grupo Wolf después que su baliza comenzó a radiar en forma incoherente. La locura de un hombre puso en peligro a un transporte que llevaba dos mil personas a bordo. Al poner un faro fuera de servicio hay que avanzar a ciegas en la obscuridad del espacio profundo.

Para unirse al Servicio de Balizamiento había que aceptar diez años de confinamiento solitario con una remuneración muy elevada y la satisfacción de realizar un servicio de necesidad pública. El prospecto trataba de atraer personas jóvenes, adaptables y aún firmes sobre la buena y vieja Tierra. La realidad, era sombría, prohibitiva, y había demostrado ser demasiado para muchos. *El hombre no sirve para vivir solo.*

–¿Así que eres de las Islas Occidentales, eh? ¡Justamente la clase de hombres que necesitamos! Tenemos una estación llamada Bunda uno que está hecha a medida para ti. Serás capaz de aguantar mejor que la mayoría. Las personas de las ciudades no sirven en lugares como ese; sin importar cuán excelentes sean sus calificaciones técnicas, tarde o temprano se quiebran por la falta de “luces brillantes”. Sí, un hombre de las Islas Occidentales está cortado a la medida para Bunda uno. No añorarás aquello que nunca has tenido. En Bunda uno

encontrarás todo aquello a lo que estás acostumbrado: islas rocosas y grandes mares, igual que en casa... Igual que en casa.

El hogar.

Abajo, en la playa sin olas había guijarros y bellas conchillas, y pequeñas cosas que se arrastraban, como cangrejos. En el océano cimbreados campos de algas marinas a través de los que se lanzaban vastos cardúmenes de peces, grandes y pequeños, igual que los peces de los océanos terrestres. Lo sabía, porque tiraba líneas de pesca desde la orilla, los pescaba, los desenganchaba, y los arrojaba de nuevo a la libertad de la que él carecía.

Pero ningún malecón de piedras gastadas proyectado en las aguas verdes, ni pequeños y oxidados vapores rodando a través de la bahía, nadie en la playa trabajando con tarros de alquitrán o remendando redes. Ni barriles rodando y traqueteando desde la tonelería, ni bloques brillantes arrastrados fuera de la planta de hielo, ni hordas plateadas tambaleándose y avanzando a los tumbos bajo los cascarones. Y en el ocaso ninguna voz en la capilla pidiendo por los que están en peligro en el mar.

En la Tierra los grandes cerebros científicos trabajaban muy bien cuando tenían que tratar con problemas netamente técnicos. La estación maestra de Bunda uno era semiautomática, sus ocho balizas esclavas plenamente automáticas, y extraían su energía de generadores atómicos que podían funcionar sin mantenimiento durante una centuria o más. La fuerza de las voces de aviso era suficiente para empujarla a través de un poderoso abismo entre cúmulos de incontables soles. Todo lo que se necesitaba para alcanzar un cien por ciento de eficiencia era un ojo vigilante respaldado por conocimiento, capacidad e iniciativa, un mecanismo de emergencia que pudiera hacer de la baliza una unidad autoreparable. En otras palabras, un hombre.

Aquí es donde su ingenio no resiste. Un hombre. Un hombre no es un dispositivo. No puede ser evaluado, tratado, o ser hecho para funcionar como un dispositivo.

Con algún retraso tuvieron que reconocer el hecho, después que el tercer demente tuvo que ser retirado de su puesto. Tres colapsos mentales en una organización que contaba con cuatrocientas estaciones aisladas no es una gran proporción. Menos del uno por ciento. Pero tres casos eran demasiado. Y el número podría acrecentarse a medida que con el transcurso del tiempo se fueran quebrando otros encargados de estaciones de balizamiento. Analizaron el problema. Ah, exclamaron, la respuesta es el precondicionamiento.

De modo que los próximos candidatos tendrían que atravesar un tamiz científicamente diseñado, un formidable y extenso curso calculado para quebrar lo quebrable y dejar un duro resto adecuado para el servicio. No se pudo implementar. La necesidad de hombres era demasiado grande, el número de candidatos demasiado bajo, y se quebrarían demasiados.

Después examinaron otra media docena de teorías sin mejor suerte. El precepto y la práctica no siempre concuerdan. Los grandes cerebros lo podían haber hecho ellos mismos con una pizca de sentido común.

Su última novedad fue la teoría del anclaje [tieline]. Afirmaron que los hombres han nacido en la Tierra y necesitan un anclaje a Tierra. Dándoles tal anclaje, se mantendrían sujetos a la cordura. Se podría resistir a través de los diez años de confinamiento solitario.

¿Qué es un anclaje?

*Cherchez la femme*, sugirió alguien, mirando hacia el mundo sobre sus gafas. Lo discutieron, desechándolo por una docena de razones. Las complicaciones imaginables iban desde el asesinato hasta los bebés. Además, significaba duplicar en masa el transporte periódico de suministros para una entidad no técnica.

¿Un perro, entonces? Perfecto para aquellos pocos mundos en los que un perro puede arreglarse por sí mismo. ¿Pero qué respecto a otros mundos, tales como Bunda? Los cargamentos en el espacio se valuaban en gramos, no en toneladas, y no era aún el tiempo en que pudiera embarcarse alimento para perros alrededor del cosmos para beneficio de los simples y extensamente dispersos perros callejeros.

El primer anclaje que se intentó fue improvisado y completamente mecánico, y tuvo la virtud de romper el silencio que era el anatema de Bunda. La nave de suministro anual dejó caer su carga de alimentos junto con un grabador y una docena de cintas.

Para el siguiente mes tenía ruidos, no sólo palabras y música, sino también sonidos característicos de la Tierra: el estruendo del tráfico junto a una curva en día feriado, el tronar de los trenes, el repicar de las campanas de la mañana de domingo, el agudo parloteo de los niños saliendo de la escuela. La evidencia auditiva de la vida lejana, muy lejana. En la primera audición se deleitó. En la veintava se aburrió. No hubo treintava vez.

La aguja de salida saltó, se estremeció, y cayó.

El grabador estaba abandonado en un rincón. Fuera de allí, en las nieblas estelares se encontraban sus hermanos solitarios. Aún no podía hablarles, o escucharlos. Estaban fuera del alcance del radio y sus mundos giraban como el suyo. Se sentó y vigiló la aguja y sintió el abominable silencio de Bunda.

Ocho meses atrás, en tiempo de la Tierra, la nave de suministros había traído evidencia de que aún se embaucaba con la teoría del anclaje. Junto con la provisión anual había dejado una caja pequeña y un pequeño libro.

Extrayendo la caja de su embalaje, la abrió y se encontró enfrentado a un monstruo con ojos de insecto. La cosa había girado su cabeza triangular y lo miraba con horrible frialdad. Luego se movió a lo largo, con torpes movimientos de sus patas para trepar. Cerró la caja rápidamente y consultó el libro.

Este le informaba que el nombre del recién llegado era Jason, que era un mantis predicador, manso, inofensivo y completamente capaz de arreglarse por sí mismo en Bunda. Jason, decía el libro, ha sido testeado en su dieta con varias especies de insectos de Bunda y los ha comido ansiosamente. En algunos lugares de la Tierra los mantis eran la mascota de los niños.

Esto mostraba como trabajaban sus mentes obstinadamente en pos de su objetivo. Se había decidido que el anclaje debía ser una criatura viva, nacida naturalmente en Terra. También que debía ser capaz de mantenerse por sí misma en un planeta extraño. Pero, encontrándose cómodamente en sillones y no perdidos en los campos estelares, pasaron por alto la cualidad esencial de la familiaridad. Habría sido mejor que le hubieran enviado un gato callejero. A él no le gustaban los gatos y no había leche, pero al menos los mares estaban repletos de peces. Además, los gatos hacen ruidos. Ronronean y maúllan. La cosa en la caja era amenazadora y silenciosa.

¿Quién, en las Islas Occidentales, había encontrado alguna vez un mantis predicador? Él nunca había visto uno en su vida anterior. Se parecía a la representación de pesadilla de un marciano.

Nunca había tocado uno. Lo mantenía en su caja, donde se paraba sobre largas patas, girando bizarramente su cabeza, lo miraba con mirada fría, y nunca emitía un sonido. El primer día que le entregó un saltamontes de Bunda, atrapado entre los líquenes, se asqueó por el modo en que arrancó la cabeza de la víctima y la masticó. Un par de veces soñó con un gigantesco Jason alzándose sobre él, las fauces abiertas como una grande y hambrienta trampa.

Luego de un par de semanas, ya había tenido suficiente. Tomó la caja, y seis millas al norte de la instalación, la abrió, inclinándola; vio a Jason alejarse entre los arbustos y líquenes. Lo favoreció con una mirada de basilisco antes de desaparecer. Había dos terranos en Bunda y estaban mutuamente perdidos.

—Bunda One. ¡Eep-eep-bop!

Salto, oscilación, caída. Ninguna palabra de reconocimiento por parte de una nave asistida atravesando la distante obscuridad. Ningún sonido de vida aparte de los grabados en una cinta magnética. Ninguna realidad dentro de una realidad extraña que crece cada día en lo irreal y elusivo.

Podría ser valioso sabotear la estación con objeto de repararla y volverla a poner en servicio, creando así una fingida justificación para la propia existencia. Pero un millar de formas de vida en una nave podrían pagar por esto con la muerte. El precio por la distracción que podría romper la monotonía era demasiado elevado.

O podría gastar las horas fuera de servicio haciendo una búsqueda en el norte por el pequeño monstruo, llamando, llamando, y sin esperar encontrarlo.

—¡Jason! ¡Jason!

Y en alguna parte, entre los peñascos y las hendiduras, una angulosa cabeza de ojos prominentes se volvió hacia su voz, sin responder. Si Jason hubiera sido capaz de “cantar” como un grillo, tal vez habría podido soportar a la criatura, llegando a amarla, sabiendo que los chirridos eran la conversación del mantis. Pero Jason era tan sombrío y silencioso como el sereno y proscrito mundo de Bunda.

Hizo una verificación final del transmisor, monitoreó sus ocho retransmisores esclavos llamando en la distancia, y se fue a la cama; acostado allí se preguntó

por milésima vez si vería el final de los diez años, o si estaba condenado a quebrarse antes de llegar al final.

Si no enloquecía, los científicos en la Tierra podrían usarlo como conejillo de Indias, un precedente para los que trabajan en el tema, en sus esfuerzos para la determinación de la causa y la cura. Sí, eran ingeniosos, muy ingeniosos. Pero había algunas cosas respecto a las que no eran tan perspicaces. Con ese pensamiento cayó en un sueño intranquilo.

Alguna estupidez a veces demuestra ser la chispa que impulsa a encontrar una solución. Todos los problemas se pueden resolver con tiempo suficiente. El tiempo para este era ahora.

La nave vagamundos Henderson rodó fuera del campo de estrellas, descendió en jadeantes antigravs, y se sostuvo un momento a seiscientos metros sobre la baliza. Carecía de reservas para aterrizar, así que retornó a la inmensidad del espacio profundo a continuar su periplo. Simplemente se detuvo, dejó caer el último anclaje pensado por los grandes cerebros y retornó hacia la obscuridad. El cargamento se arremolinó abajo, en la noche de Bunda, como un torbellino de grandes copos de nieve grises.

Al amanecer se despertó inconsciente de la visita. La nave de suministros no llegaría hasta después de cuatro meses. Echó una mirada a su reloj con los ojos entrecerrados, frunciendo el ceño con desconcierto ante el motivo que lo había hecho despertar tan temprano. Algo, un impreciso algo que se introdujo en sus sueños.

¿Qué fue eso? Un ruido.

¡Un ruido!

Se enderezó, escuchó. De nuevo, desde fuera, atenuado por la distancia. El gemido de un gato abandonado. No, no es eso. Más como el llanto de un bebé perdido.

Es la imaginación. El proceso de fractura psíquica debe haber comenzado. Había subsistido cuatro años. Algún otro ermitaño podría haber aguantado los seis restantes. Estaba escuchando cosas y esto era un signo seguro de desequilibrio mental.

De nuevo el sonido.

Se levantó de la cama, se vistió, se examinó en el espejo. No le pareció que lo miraba el rostro de un idiota. Un poco tenso, quizá, pero por lo demás normal. Se dirigió hacia la sala de control, estudió el panel de instrumentos. Salto, oscilación, caída.

—Bunda uno. ¡Eep-eep-bop!

Todo estaba en orden allí. Regresó a su propia habitación, se frotó sus orejas, escuchó. Alguien —alguna cosa— estaba afuera gimiendo en el amanecer en las aguas crecientes. ¿Qué? Una vez que destrabó la puerta con dedos nerviosos,

miró hacia afuera. El sonido aumentó, derramándose a su alrededor, por todas partes, inundando completamente su ser. Estuvo largo tiempo de pie, temblando. Luego recomponiéndose corrió hacia el depósito, relleno sus bolsillos de galletas, se llenó también ambas manos.

Tropezó al cambiar abruptamente la velocidad para cerrar la puerta.

Corrió apresurado, bajando hacia la playa de guijarros con las manos cargadas extendidas, su respiración jadeante de alegría.

Y allí, en el borde del calmo océano, se quedó con los ojos brillantes, los brazos ampliamente abiertos mientras setecientas gaviotas se arremolinaban a su alrededor, tomando galletas de sus dedos, pavoneándose entre sus pies.

Todo el tiempo chillaban el himno de las islas, la canción del interminable mar, la salvaje, salvaje música que era genuinamente de la Tierra.

## Pomada azul

Theodore Sturgeon

*Blue butter*, © 1974 by Mercury Press Inc.. Traducción de Fernando Corripio en *Ciencia Ficción Selección-25 volumen extraordinario*, Libro Amigo 438, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Septiembre de 1976.

*Cuando en octubre de 1949 apareció el primer número de Fantasy & Science Fiction, la firma de Theodore Sturgeon figuraba en él. Es el único de los autores incluidos en este número conmemorativo (25 aniversario) que también colaboró en el número uno, así que nada más lógico que abrir esta selección especial con su inquietante relato sobre la Extrapolación final.*

*La idea de que toda la vida sobre la Tierra produce un efecto semejante al de las ladillas en un persona, es ciertamente notable.*

No había oído nada semejante en mucho tiempo. Me acerqué a su laboratorio y golpeé en la puerta: *bip, bip, bam, bam*.

—¡Eh, pasa!

Era la voz de Stromberg, que añadió mi nombre.

Hacía treinta y ocho años que conocía a Stromberg y, a pesar de ello, aquel reconocimiento instantáneo de mi forma de golpear a la puerta, aquel inmediato *¡Eh, pasa!*, era algo de lo que me sentía muy orgulloso. No sé cómo me habré ganado semejante distinción. Por un tercero me enteré cierta vez de que a Stromberg le gustaba mi compañía porque podía hablar conmigo acerca de cualquier cosa, de todo aquello que mantenía ocupado aquel gran cerebro suyo: física, química, pintura, música, electrónica, poesía, cocina, amor, política, filosofía, humor. Aquella tercera persona estaba equivocada. Stromberg podría hablarme *a mí* de todos esos asuntos. No *conmigo*. Nadie podía hablar con él de esas cosas. De todas esas cosas.

De modo que crucé la puerta y pasé por la obscura oficina del laboratorio hasta llegar a éste, con sus filas de frascos de Miller, sus recipientes, las increíblemente hermosas vidrieras, la hilera de computadoras con sus luces indicadoras y sus cuadrantes luminosos, rojos, anaranjados, verdes y blancos; el gran tablero de control situado encima del banco de electrónica con sus filas de herramientas, las brillantes cajas negras y los manojos de cables, como minúsculas serpientes.

A través de una puerta interior pude ver una parte del laboratorio de química y biología, donde entre el rumor de los visores luminosos, el relucir del vidrio causaba una impresión sedante. Al otro lado de la pared posterior, donde yo no alcanzaba a ver ahora, sabía que se encontraban unas cajas con instrumental quirúrgico, un fregadero con válvulas automáticas, una mesa de examen —de acero inoxidable, microscopios, microtomos, dos centrifugadoras, un autoclave y otra pila.

Dos paredes, desde el suelo hasta el techo, estaban cubiertas de vitrinas de cristal con productos químicos. Cruzando otra puerta más alejada, sabía yo que se llegaba a una biblioteca con su propia computadora terminal para la localización de un determinado libro, y para recurrir a fuentes exteriores.

El laboratorio principal, donde yo me encontraba, se hallaba iluminado únicamente por un rayo de luz amarillenta. Este procedía de la puerta abierta de una pequeña estancia en la cual Stromberg tenía sólo su catre, su cafetera y un refulgente cono de luz fluorescente «diurna» que pendía del techo. En un pequeño taburete situado bajo la luz estaba sentado Stromberg a medio vestir – sólo cubierta la parte superior del cuerpo–, con las piernas separadas, orientada una al sur y la otra al oeste, en tanto que se untaba abundantemente la zona pública con una pomada densa de color azul grisáceo. Me dedicó una sonrisa.

–No es nada alarmante –manifestó, mientras continuaba con su tarea.

No respondí, sino que aguardé a que concluyese lo que estaba haciendo. A continuación se limpió los dedos con una serie de trapos, ajustó de nuevo la tapa del frasco de la pomada, y tras aplicar varios trozos de gasa en la zona afectada donde se adhirieron firmemente, se puso en pie.

Le seguí hasta la habitación del catre y la tetera, y Stromberg me dijo sonriendo:

–En realidad, no necesitaba haber dicho eso de que no había que alarmarse. Al menos, no debía habértelo dicho a ti. Tú posees la virtud, ¿nunca te lo dijeron?, de aceptar las cosas como vienen. No te dedicas a hacer juicios ni especulaciones de tipo moral o social acerca de lo que hace la gente. Tan sólo lo aceptas, y te limitas a esperar. Eso es algo elogiabile.

Se dirigió al pequeño cuarto de aseo que había en una esquina y se lavó las manos minuciosamente, como un cirujano. Me dijo luego:

–Haz café.

Poco después, estaba hecho. Lo vertí en grandes tazas de loza, y añadí al mío miel y leche, mientras que el de él quedó en café puro.

Pude haber criticado sus manifestaciones. Lo cierto es que yo tenía tantos prejuicios y hacía tantas especulaciones morales como cualquier otra persona, o más aún. Lo que Stromberg no podía saber era que yo no quería ni podía aplicarle eso a él; nunca lo habría hecho. Así diré, como ejemplo, que cuando Stromberg salió del baño con sólo una camisa de polo y con su prominencia masculina sobresaliendo entre un montón de gasas pringadas de pomada gris, no me pareció ridículo. Stromberg nunca parecía ridículo, al menos para mí.

De un cajón de la pared extrajo un par de pantalones blancos de boxeador y una fina bata blanca. Se puso ambos y se calzó los pies con unas zapatillas. Luego sacó de otro cajón una gran bolsa de plástico, la abrió de un golpe y me la entregó. Despojó por completo el catre de sus ropas, enrolló el colchón de espuma plástica junto con las sábanas y la manta, y mientras yo conservaba abierta la bolsa, él introdujo todo el bulto dentro.

Retorció la boca de la bolsa para cerrarla, salió chancleteando de la estancia y en seguida volvió con una gran etiqueta blanca donde se podía leer: CONTAMINADO.

–Ve a lavarte las manos –me dijo, arrastrando el saco hacia la habitación exterior, y luego añadió–: No es nada mortal.

Tras decirme estas palabras tranquilizadoras, me encaminé hacia el cuarto de aseo. En el baño había algunas inscripciones, no muchas:

«NADA ES TOTALMENTE ABSOLUTO.»

« $E=MC^2$  puede ser, después de todo, un fenómeno local.    Albert Einstein»

«Una respuesta no tiene por qué ser necesariamente la única.    Charles Fort.»

«ME REVIENTAS LOS SESOS y YO SORBO LOS TUYOS.»

Al salir del baño le dije:

–Joey se ha roto el pulgar.

–¿Roto? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Con qué? ¿Acaso...?

Yo alcé las manos tratando de aplacarle. Stromberg era capaz de hablar a veces como una ametralladora.

–Se trata de una fractura limpia y simple. Se la produjo hace tres semanas y no ha tenido complicaciones. Metió el pulgar a través de los radios de la polea de su torno de joyero.

–¿Por qué no le coloca un protector?

–Ya lo tiene. Lo quitó para enseñar a otro chico por qué tenía un protector.

La tensión pareció fluir de los hombros y el cuello de Stromberg y comprimí las comisuras de su boca. Alzó la mano izquierda y agitó el dedo meñique. A! flexionarlo vi que estaba un poco desviado en la segunda articulación. Nunca había notado eso anteriormente.

–Yo hice exactamente lo mismo cuando tenía su edad –declaró–. ¿Cómo está..., cómo está Curie?

–Perfectamente. Comienza a darse cuenta de que ser una chica no es lo mismo que ser un muchacho.

Le gustó eso. Ya sabía yo que iba a gustarle. Me guiñó un ojo y bromeando me dijo suavemente:

–¿Un chauvinismo incipiente?

–Mío, no de ella. Nunca de ella.

Nos encaminamos al laboratorio principal, donde Stromberg recogió la pomada y las gasas que habla dejado junto al taburete. Un hombre ordenado. Al fin lo preguntó. Tenía que hacerlo:

–¿Y Mitty?

–Bastante bien, bastante bien. Se llevó a los chicos hasta Arrowhead durante una semana. Consiguió su nuevo vestido verde.

–Bueno, pero ¿es feliz?

Tuve que aguardar un rato, antes de poder responder a aquello.

–Más que feliz –aseguré con cautela.

–Es de imaginar –dijo, asintiendo una y otra vez–. No hay más sitio para ir que hacia arriba. Iré..., iré por allí pronto, para verlos.

–Buena idea.

Me echó una mirada especial, de las suyas. Le obliga a uno a parpadear, cuando lo hace. Los rayos láser no necesitan dispositivo de mira.

–Tú los ves bastante a menudo –aseguró.

–Hum.

Lo cierto es que los veía casi a diario y también muchas noches, pero no había necesidad de decirlo.

–Eso es bueno.

Se quedó quieto un momento y luego hizo uno de sus gestos característicos, alzando las manos y dejándolas luego caer hasta golpearse los muslos. Como si quisiera cambiar de tema, se dirigió hacia la puerta del despacho y accionó los interruptores de la pared. Unas luces provistas de pantalla que había sobre los bancos más alejados parpadearon, mientras que el hiriente cono de luz del techo se apagó. Así resultaba mucho más agradable.

–Todo forma parte del todo –aseguró.

–¿Quién dijo eso? –pregunté, pues tuve la certeza de que se trataba de una cita.

–El cantante Donovan. También el I Ching, el oráculo por las entrañas de carnero, y yo.

–Está bien –dije, y aguardé.

–Para medir un círculo, se puede comenzar por cualquier parte.

Sabía a quién estaba aludiendo. Se refería a Charles Fort.

—Al fin había hallado Stromberg un punto para empezar. Y era cierto. Bien pudo comenzar por cualquier lugar. Conocía a aquel hombre; había estado con él anteriormente. Tenía la virtud de empujar a algunas personas más allá de los límites de la paciencia, debido a la forma con que iba de un tema a otro, aunque lo hiciese con autoridad. La gente pretendía que se etiquetara todo claramente, como la pomada del frasco; querían saber antes de tiempo lo que había dentro, el material que contenía, y para qué servía. Pero con Stromberg había que aguardar mientras él hacía un ladrillo y lo dejaba a un lado; mientras cortaba una viga y la dejaba a un lado; mientras forjaba los clavos, preparaba el alquitrán para el techo, y colocaba los canalones y los marcos de puertas y ventanas. Cuando todo eso estaba hecho, quedaba una estructura completa. Podía uno tener confianza de que así iba a ser.

—Algunas personas están dotadas —o más bien «afectadas»— por una escala de tiempo distinta a la de la demás gente —prosiguió—. No creen en el tiempo biográfico. Aludo a *mi* era, a las cosas que ocurrieron desde que yo nací. Tampoco creen en el tiempo histórico, el mísero tictac del tiempo —agregó chasqueando los dedos— desde que comenzamos a escribir nuestras aventuras y las mentiras acerca de nuestras aventuras. Ellos creen en el tiempo geológico, en el tiempo astronómico, en el tiempo cosmológico. Estoy hablando de los idiotas que se dejan enredar por la ciencia ficción, que la leen, que la escriben. De algunos científicos, algunos filósofos.

—Algunos místicos —dije, y me pesó haberle interrumpido, conociéndole como le conocía.

No obstante, casi admitió mi punto de vista.

—Tal vez. Tal vez, aunque prefiero creer que muchos de ellos, y muchos compositores y pintores, y los teólogos, todos de un espectro más amplio, despegan en ángulo recto de lo que yo considero como el camino directo de las cosas, el avance desde la causa al efecto. No lo sé con exactitud. Tal vez eso les proporcione una perspectiva tan importante como la del pensamiento cosmológico temporal. No lo sé. No lo sé. No son intransigentes, sino que hacen sitio a cualquiera. Se trata de un amplio universo.

Nos sentamos. Stromberg se sentó ayudándose con las manos, apoyando una posadera después de la otra.

—Tratan endemoniadamente de no pelearse —explicó—. De todos modos, la gente con una mentalidad como esa suele ser considerada poco menos que inhumana. Fría, insensible, carente de algo... No es así, no. Es tan sólo que los contratos matrimoniales, y la caballería, y el que se informe o no a la iglesia, o se lleve el hueso distintivo de la propia tribu en la nariz, todo ello no influye demasiado. en la separación geológica de los continentes ni en el nacimiento y la muerte de las estrellas.

»Puedes amarla y acariciarle los pies, y tratar de conseguir entradas para el estreno, a fin de hacerla feliz; pero ¿cómo vas a reconocer que ella, y tú, y todos

vuestros esfuerzos y pensamientos no son más que trivialidades? Sobre todo, cuando no puedes decírselo a ella. No, nunca, nunca.

–Ah –musité.

Me lanzó una mirada y agregó:

–Creí haber oído abrirse una puerta.

–En efecto –manifesté–. Nunca me di cuenta de eso. Más aún, *ella* nunca lo supo, ni lo sabe ahora. Cree que ha fracasado contigo de un modo u otro. Se ha tomado en serio lo de los periódicos: «Premio Nobel en las carreras.» «El doctor Stromberg ha sido visto en Hollywood bien acompañado.» «El doctor Stromberg en prisión temporal tras una riña en el puerto.» Ella cree que fue la causa de todo eso, de un modo u otro.

–Pues no ha sido así –dijo Stromberg; luego señaló con la diestra hacia la computadora de la pared y agregó–: Esa fue la causa. La gran extrapolación. Eh, antes empecé a hablarte de algo. Tu hermana pequeña.

Asentí con la cabeza. El asunto aún me producía un nudo en el estómago.

–Se precipitó contra el cristal de una puerta –dije–. Del rostro, las manos, los brazos y las piernas le salían veinte chorros de sangre.

–Horrible –admitió–. Pero cuando hubieron concluido las primeras curas y ya estuvo en camino de recuperarse, ¿qué fue lo que siguió trastornándote?

Lo recordé.

–Lo que pudo hacer ella para merecer eso –declaré.

–Cierto. Y creo que entonces te dije que «lo malo», «lo bueno» y el «merecer algo» pertenecen a otra escala, a otro país y otro lenguaje distintos de la secuencia de causa y efecto que resultan de toda esa sangre de virgen.

–Fue un consuelo –asegué.

–Desde luego. Por desgracia, no hay forma de aplicar el mismo bálsamo a mi mujer, sin ofenderla.

Entonces dije, con prudencia:

–Es algo repentino. Cierta día, un familiar. Al siguiente, las cartas de banqueros y abogados, un amplio acuerdo, y al día siguiente comienzan los titulares de los periódicos. Resulta demasiado fácil achacarlo a una fantasía de la edad madura, a la paranoia de la juventud que se extingue. Algo tuvo que ocurrir.

Stromberg asintió y, tras golpearse con el puño la cabeza, volvió a ponerse la mano bajo la nalga derecha.

–Todo el asunto residía ahí. Estaba ahí desde hacía mucho tiempo. Pero aquel día las luces se encendieron para mí.

Terminó de hablar mientras señalaba de nuevo con la cabeza hacia las computadoras.

Me limité a esperar hasta que Stromberg llegó, a tomar interiormente alguna decisión y comenzó a hablar. Me dijo:

–Escucha esto:

*Ella te hiere, como lo haría una rosa,  
no siempre, como cabría esperar, con sus espinas.  
La rosa te hiere siempre con su flor.*

–Escalofrío.

–En efecto, *escalofrío*. Harry Martinson, un sueco, fue quien lo escribió. Escalofrío también para el *Pasacalle y fuga en mi menor*, de Bach; para el último movimiento de la Novena Sinfonía de Beethoven, para un planeador, para Nureyev, para Gagarin, que dijo «soy un águila». Escalofrío asimismo para la estructura de las catedrales góticas, y para Ellington, y para Dylan Thomas. Escalofrío, si tú quieres, para el *pons asinorum* y la uña del meñique de tu primer hijo.

»Pero ¿por qué increíble arrogancia achacamos trascendencia a cualquiera de esas cosas? Importancia para nosotros, desde luego, cuyos hechos nos resultan naturales. Pero ¿y para un piojo? ¿Qué tiene que ver la trascendencia humana con un piojo, sino que algunos de los humanos se sienten inquietos al ser picados por él?

»¿Y por qué engreída idea llegamos a creer con seguridad que un piojo no tiene sus Shakespeares ni sus Mozarts? Nadie ha pensado nunca en eso, nadie. Toleramos el piojo mientras no pensamos en él, incluso porque a veces creemos que no existe. Pero cuando tenemos certeza de su presencia, entonces lo embadurnamos con pomada azul, sin preocuparnos de que los piojos puedan sufrir el equivalente, para ellos, de "Una ciudad rosa y roja, antigua como la mitad del tiempo."

Stromberg se inclinó hacia adelante y prosiguió hablando con terrible intensidad.

–Pues bien –manifestó–; te diré lo que vi cuando las luces se encendieron, cuando la computadora me leyó la extrapolación final. Todos somos piojos sobre la Tierra, vida que vive de la vida, hasta llegar a la bacteria, que vive de la substancia de la tierra misma. Hasta ahora la Tierra no se ha dado cuenta, ni le ha importado. Pero ahora lo sabe, y le importa. No como una entidad consciente, desde luego; no pretendo hacerte creer lo de *Cuando la Tierra gimió*. Causas encadenadas: un raro accidente de nuestra atmósfera y sus componentes especiales produjeron vida, y ahora .la vida se ha puesto lo bastante de manifiesto como para trastornar el equilibrio natural.

–Ecológicamente... –comencé a decir.

–Maldición, no voy a darte más de ese moderno y popular rollo acerca de la ecología y la conservación de la naturaleza. No hay conservación que pueda

hacer nada; ya nos encontramos en la pendiente. La muerte de los océanos y la pérdida de la atmósfera respirable no suponen el fin del planeta. Este, en sí, no va a morir hasta que transcurran varios miles de millones de años más.

»La Tierra, a su modo, siempre nos ha combatido de una forma pasiva. La lucha por la existencia, por la vida, siempre ha sido lucha porque por propia naturaleza el planeta no nos quiere. Lo mismo nos pasa a nosotros con el piojo. Todo lo más, podemos soportarlo mientras no nos pique.

Pues bien, hemos picado a la Tierra, y como no hemos respondido ante un par de rascados, ante una plaga o un terremoto, entonces ha llegado el momento de la pomada azul.

»Ahora volvemos hacia atrás, recorriendo todo el camino hasta el metano y el amoníaco, al ácido sulfúrico, al vapor de agua y al hidrógeno de la atmósfera. Regresamos a las lluvias de cincuenta años y a una Tierra sin la protección de una capa de ozono. No será exactamente la atmósfera primitiva, pero será algo muy semejante, al menos en lo que concierne a la vida terrestre. No será una minucia, como la Era Glacial. Será, claramente, un retroceso hasta antes del principio.

»*Lo será.* No estoy fantaseando. No estoy especulando. Será así. De modo que, sabiendo eso, me contemplé a mí mismo: Cincuenta y un años, austero, digno de confianza. No bebo, no peleo, no juego, no voy a buscar mujeres a los bares, nunca patiné, ni esquí y nunca comí callos ni cous-cous. Por eso ahora voy a vivir de verdad hasta que me muera; voy a sentir, voy a ser. Tengo dinero y salud hasta ahora, ¡Y por Dios, que voy a hacer uso de ambos!

Durante algún tiempo no me fue posible hablar. Cuando pude hacerlo, hice una seña hacia las computadoras Y le pregunté:

–Entonces, ¿realmente no hay esperanzas?

Se echó a reír en voz alta.

–¿Esperanzas? ¡Claro que las hay! ¡Por propia naturaleza, la Tierra está condenada a tener parásitos!

Se liberó una mano y se dio unos golpecitos en el escroto, mientras decía:

–Durante aquel diluvio de pomada mercurial –un remedio anticuado, pero eficaz–, entre los gritos de muerte de la civilización parásita, escuché la voz de una ladilla, anciano filósofo, que decía: «Tened esperanza, amigos míos, tened esperanza. Sólo están preparando el camino para una nueva generación de ladillas.» No hay duda de que estaba en lo cierto, y sólo deseo, en bien del futuro de esos parásitos, que el nuevo y limpio ambiente origine una ladilla que no produzca picores.

Me puse en pie, me marché, y fui a buscar a la señora Stromberg para contarle lo que pasaba, si podía.

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>